



**EMMA
MADDEN**

ALEX

SEGUNDO LIBRO DE LA
SERIE AUSTRALIA

ALEX

Segundo libro de la Serie Australia

EMMA MADDEN

ISBN: 9798596855012

@Emma Madden

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

El Kakadu National Park, en Darwin, es uno de los parques nacionales más hermosos de Australia. Una reserva natural biodiversa, Patrimonio de la Humanidad, enclavada en el Territorio Norte, con humedales, ríos y escarpaduras de arenisca, con más de dos mil especies de plantas y vida salvajes. Con unas vistas de ensueño, con un clima diverso, apasionante y a veces extremo.

Un verdadero paraíso.

Se estiró en la tumbona, pensando en la suerte que tenía de estar allí, y tomó un sorbo de café aceptando que se estaba mal acostumbrando a dormir hasta tarde, a no hacer nada, y a pasar las horas muertas observando el paisaje, oyendo el sonido de la naturaleza o haciendo deporte sin mirar el reloj. Algo que no había hecho nunca, al menos nunca de forma tan continua.

Miró el teléfono móvil y contestó un mensaje de Jackson, su hijo, luego otro a su madre, a sus dos socios, y varios a Linda, que reclamaba su atención desde Sydney. A ninguno, salvo a Jackson, les dijo que pensaba volver a casa al día siguiente, porque no quería que lo presionaran, y acabó apagando el aparatito para estar más tranquilo.

Respiró hondo, cerró los ojos y oyó la voz de Sashi, que estaba hablando por teléfono dentro del bungalow, y de repente se dio cuenta de que estaba llorando. Prestó atención y se levantó de un salto para ver si estaba bien.

—Lo sé, cariño, es maravilloso. Te quiero mucho, os quiero mucho a los dos —Estaba diciendo mientras caminaba con el teléfono por la habitación, y él la miró con cara de pregunta, aunque no le hizo ningún caso—. Sí, yo también me acuerdo de ellos, estarían tan felices... sí... ahora a cuidarse... claro que voy a Escocia con vosotros, este año será muy especial... muy bien... adiós a los dos. Un abrazo muy grande, os quiero.

—¿Qué ha pasado?, ¿estás bien? —le preguntó cuando al fin colgó y ella lo miró enjugándose las lágrimas.

—Sí, estoy bien, lloro de felicidad. Se trata de Sophie, está embarazada. William va a ser padre. Madre mía, creo que nunca lo había oído tan feliz.

—Ah... no sabía que querían ser padres.

—Él está loco por ser padre, y ahora...

—Solo espero que sea mejor padre de lo que fue el suyo.

En cuanto se oyó decir eso en voz alta se arrepintió, pero ya era tarde para recular, y Sashi lo miró indignada. Se puso las manos en las caderas y se le acercó despacio entornando los ojos.

—No me puedo creer que, incluso en un momento así de importante para tu hermano, seas capaz de ser tan mezquino y desagradable, Alex.

—Ha sido una broma, no...

—Tú no bromeas con esas cosas. Y pensé que había quedado claro que si quieres ser mi amigo, de mi tío John o de William, ni una palabra.

—Ok, lo siento, ha sido un lapsus, yo...

—Adiós, Alexander.

Agarró su mochila y salió a grandes zancadas del bungalow, él la siguió tragándose la réplica y la detuvo antes de que bajara los cuatro escalones de madera que los separaban del césped.

—Sashi, he dicho que lo siento.

—No creo que lo sientas, no al menos de corazón.

—Mira, yo...

—No digas nada, no me interesa. Adiós —bajó rápido camino de su *jeep* y él la siguió.

—Me vuelvo a Sydney. ¿Quedamos a cenar para despedirnos?

—No.

—Sashi...

No le contestó, ni lo miró, cerró la puerta de su cacharro, se puso el cinturón de seguridad y aceleró hacia el camino de tierra que la llevaba directo a las instalaciones del parque, del Kakadu National Park, donde tenía su alojamiento y su trabajo, y dónde no lo había dejado volver a entrar desde que se habían liado hacía más de seis meses.

1

—¡Jefe!

Marion, su secretaria, se le acercó con la mano en alto, pero él la detuvo y le hizo un gesto para que guardara silencio y lo dejara seguir hablando por teléfono. Entró en su despacho, tiró la chaqueta en un sofá y cerró la puerta de cristal respirando hondo.

—Fred, solo es un traspie, no es para que te pongas así.

—Lo que me fastidia es que nuestro banco nos niegue una línea de crédito, eso es lo que de verdad me parece ofensivo.

—Son negocios, nadie te está ofendiendo.

—Movemos millones al año, no debiste salir de ahí sin el dinero.

—La decisión estaba tomada, tío, no había margen de negociación, aunque, si quieres volver e intentarlo tú, adelante.

—Alex, tú eres el potentado de la empresa, si no te lo dan a ti, a mí mucho menos.

—Madre mía —se pasó la mano por la cara y tragó saliva—. Es inútil seguir hablando de esto, te dejo, tengo un montón de temas pendientes.

—No me extraña.

—¿Disculpa?

—Pasas más tiempo en Darwin que en Sydney últimamente y ya sabes lo que dicen: “el ojo del amo engorda el caballo”. Te necesitamos aquí.

—Macho, no voy a discutir contigo. Adiós.

Colgó mordiéndose la lengua, porque no tenía socios para que lo controlaran, sino para que le facilitaran el trabajo, y se sentó en su butaca abriendo el ordenador. Revisó los correos electrónicos por encima y sintió como Marion entraba en la oficina con una taza de café, se la agradeció y le hizo un gesto para que hablara.

—Tienes dos reuniones antes de una hora con los gerentes de Circular Quay. A las dos, comida con Peter Wilson en el Bistró Columbus y tu madre pregunta si puedes cenar con ella.

—A todo ok, menos a lo de mi madre, solo necesita dinero. Te haré un cheque y que se lo lleve un mensajero, por favor.

—Muy bien.

Sacó la chequera y le firmó un talón por una cantidad considerable, un poco más de lo que su madre le había pedido por teléfono, para que se relajara y lo dejara un poquito en paz. Se lo pasó a Marion y decidió concentrarse en el trabajo pendiente, aunque sin querer su mente voló hacia Laura, su madre, con la que se relacionaba principalmente por asuntos económicos, como había sido siempre, desde que era bien joven.

Al ser madre soltera, Laura Williams siempre había tirado de él. Primero, cuando era pequeño, lo utilizaba sin piedad como moneda de cambio con su padre biológico, John Campbell, un rico empresario de origen escocés con el que había tenido una aventura fugaz, extramatrimonial para él, que le había arruinado la vida, o eso decía ella.

Como Campbell se había negado a reconocerlo públicamente, aunque sí lo había hecho de forma legal, se había pasado años sangrándolo, era perfectamente consciente de eso. Sabía que Laura había sido un incordio para su padre, aunque aquello no justificaba en absoluto la desidia

de John Campbell hacia él, su falta de interés y desapego. Su indiferencia.

Se puso de pie y miró el océano que se extendía frente a su edificio pensando en su “hermano” William, el hijo oficial, dentro del matrimonio, de John Campbell. El orgullo de su padre. Un reputado cirujano cardiovascular, formado en las mejores universidades del mundo, al que al fin había conocido en persona hacía poco más de un año, cuando la muerte repentina del viejo lo había obligado a asistir a la lectura de su testamento.

En un despacho de abogados había coincidido por primera vez en su vida con William Campbell, que ese día había descubierto que tenía dos hermanos, porque había un tercero en discordia, otro hijo secreto, aunque sí reconocido por John Campbell, que era una conocida estrella del rugby australiano diez años menor.

Oliver Watson Campbell, el “hermano” pequeño, fruto del romance del viejo con una Top Model de los ochenta, se había presentado a la lectura del testamento sabiendo de la existencia de sus dos hermanos mayores, y él, a su vez, también conocía el nombre y el origen de ambos, sin embargo, el único ignorante de los secretos de su padre había sido, irónicamente, el hijo al que había criado y con el que había vivido toda su vida, William. Un tío muy listo, y muy amable, al que por alguna razón superior e incontrolable apenas podía soportar.

William Campbell no tenía culpa de los actos de su padre, eso, con la cabeza, podía entenderlo, pero había algo en él, algo poderoso, que le recordaba el estilo y la forma de comportarse del viejo y lo tiraba para atrás. Era tan cortés y caballeroso como John Campbell, tan elegante y sereno. Siempre le habían dicho que era él el que más se parecía a su padre, pero viendo a William había decidido que no, que era él el vivo retrato de John Campbell, y solo por eso, sin poder dominarlo, se ponía a la defensiva y acababa fastidiando cualquier acercamiento, y de verdad que lo lamentaba.

Se sentía fatal por haberlo convertido en el heredero de los malos rollos que le despertaba la figura de su padre biológico, porque objetivamente no era justo, pero no podía contenerse. No obstante, estaba trabajando en ello, por su bien, pero principalmente por su relación con Sashi.

Sashi Campbell.

La lectura del testamento de John Campbell no solo le había legado hermanos, dinero y alguna que otra propiedad, también le había regalado la posibilidad de descubrir a Sashi, la prima de William, bueno, la prima de todos, que se había criado con los Campbell desde los seis años tras la muerte de sus padres en un accidente de tráfico.

Sashi, Luna en Indi, había nacido en la India y había sido adoptada por Arthur Campbell, el hermano mayor de John, y su joven mujer australiana antes de cumplir un año de vida y en seguida se habían trasladado con ella a Sydney. Allí se había criado y había crecido entre algodones a pesar de la pérdida de sus padres, porque John y su mujer, Ethel, la adoraban y se habían volcado con ella, y su primo William también. Tal vez por esa razón era tan encantadora, tan increíblemente divertida y generosa.

Sashi había sido mencionada durante la lectura del testamento, había aparecido de la nada, y desde ese mismo instante le había puesto la vida del revés porque, a pesar de que en un principio su resquemor inicial hacia esa familia lo había hecho mirarla con cierta distancia, su acercamiento sincero y amistoso había traspasado cualquier prejuicio, y contra todo pronóstico se habían hecho amigos.

Ella lo había llamado por primera vez por teléfono, tras un encuentro casual en uno de sus restaurantes, y desde el minuto uno habían conectado, y habían empezado a llamarse, a mandarse mensajes e incluso a verse, porque, aunque ella vivía en Darwin donde trabajaba como veterinaria

del Kakadu National Park, él había decidido organizar varias escapadas para visitarla.

Era una chica estupenda, inteligente, fuerte, con carácter y mucho sentido del humor. Dueña de una belleza demoledora, deslumbrante, y pronto esa amistad que había surgido gracias a un parentesco fortuito, había pasado a transformarse en atracción física, y en seguida habían traspasado la barrera invisible y se habían acostado juntos, y seguían haciéndolo, con naturalidad y sin prejuicios, ni compromisos, aunque nunca hablaran de ello en voz alta.

Ella tenía un medio noviete en Darwin, y él una media relación en Sydney, ambos eran libres y querían seguir siéndolo, les iba estupendamente con ese trato, y se llevaban de maravilla. Su “no relación” era prácticamente perfecta, salvo por la premisa de ella de defender a muerte a su tío John Campbell, y por supuesto a su querido primo William, que para ella era su hermano. Ese tema era tabú, intocable, y habían llegado al acuerdo tácito de no tratarlo, porque de lo contrario siempre acababan discutiendo, ella saltando como una leona para comérselo con argumentos y razones, y él cabreándose en serio y dando algún que otro portazo.

Obviamente, nunca llegarían a un acuerdo con respecto al comportamiento de John Campbell hacia él o hacia Oliver, su otro hijo secreto. Ella jamás podría comprender su postura, y para evitar enfrentamientos, había optado por callarse y dejarlo correr.

Con toda sinceridad, estaba loco por ella, le encantaba meterse en la cama con ella, charlar toda la noche en la playa o mirando las estrellas desde una montaña, comer hasta reventar y beber como dos cosacos. Hacer surf juntos o salir en moto a recorrer rutas nuevas, en resumen, disfrutaba muchísimo compartiendo su tiempo con Sashi Campbell, y no pensaba prescindir de ella por culpa del viejo, aunque aquello significara morderse la lengua continuamente.

—Hola, *Moonlight* (1) —Marcó su número, pero ella no respondió, así que le dejó un mensaje tratando de parecer conciliador—. Estoy en Sydney y ya te echo de menos, llámame cuando puedas. No me ha hecho gracia verme sin despedirnos...

—¿De quién no te has despedido? —preguntó Linda a su espalda y él se giró, colgó el móvil y le sonrió.

—¿No estabas en Wellington?

—Volví anoche. ¿Qué tal en el Territorio Norte?

—Bien, como siempre, mucho deporte y... en fin... ¿necesitas algo?

—¿Cenamos juntos?

—Hoy no, quiero ver a Jackson, pero mañana sí puedo.

—Genial, cielo. —Miró la hora y le hizo un gesto hacia la sala de juntas—. Paul y Frank, de Circular Quay, ya han llegado. ¿Te vienes?

—Claro, vamos allá.

(1) Moonlight, Luz de luna. Hace referencia a su nombre, Sashi, Luna en Indi.

2

Encontrar un Wallaroo negro en pleno parque no era muy buena señal, porque solían habitar las colinas rocosas o las laderas de pedregal, no se acercaban nunca a las instalaciones, y mucho menos en un día con tantos visitantes. Se bajó del *jeep* un poco preocupada y observó junto a Max, el experto más veterano del Kakadu National Park, como el animal se movía despacio y con precaución por la hierba, visiblemente desorientado.

—Es una hembra —susurró Max y ella asintió.

—Y está preñada, ¿qué hacemos?

—No la tocaría.

—¿No deberíamos intentar llevarla de vuelta a las colinas?

—Déjame pensar.

—Bien...

—Señorita, ¿qué clase de canguro es ese? —Le preguntó de pronto un hombre británico, acompañado por un niño pequeño, y ella respiró hondo y les sonrió.

—Es un Wallaroo negro, una especie de marsupial diprotodonto, de la familia de los macropódidos. Es muy común en el Territorio Norte, aunque no debería andar por aquí, sino en las colinas.

—¿Es peligroso?

—No especialmente, pero no suele ser muy sociable.

—¿Qué come? —preguntó el pequeñajo y ella se encogió de hombros.

—Come Spinifex, ¿la conoces? Es una hierba dura y puntiaguda, les hace rechinar los dientes.

—Doctora Campbell... —la interrumpió Max y ella lo siguió despidiéndose de los británicos —. Deberías cobrar un plus por hacer de guía, Sashi.

—No es para tanto. ¿Qué hacemos?

—No vamos a intentar atraparla, porque no queremos malograr a la cría, así pues, la empujaremos de vuelta a las colinas. He mandado llamar a cuatro chicos para que me ayuden a guiarla de vuelta a casa.

—Vale, os acompaño.

—No, no, no hace falta, tú vuelve a la clínica. Te mantendré informada.

—Ok, pero llámame con lo que sea.

Se despidió de Max y de los turistas ingleses, se subió al *jeep* y volvió a la clínica donde tenía una camada de Quolls del norte recién nacidos.

Los Quolls, un marsupial precioso y pequeñito, en peligro de extinción desde hacía décadas en el Territorio del Norte, eran una de las joyas de la corona del Kakadu National Park, y el motivo principal por el que ella trabajaba allí. Por los Quolls había llegado hacía diez años al parque, junto a otros veterinarios y científicos, con un proyecto para intentar salvar la especie y repoblar la zona, y, afortunadamente, lo estaban consiguiendo.

Entró en la clínica acordándose, como casi todos los días, de su tío John, que la había apoyado constantemente con generosos fondos para sacar adelante el proyecto, que además había constituido su tesis doctoral, y entró en la zona donde tenían a los cachorritos para saludar a los auxiliares y echar un vistazo. Luego pasó por administración, se sirvió un café y entró en su

consulta para revisar el teléfono y el ordenador.

—¿Es cierto que te vas a Europa a celebrar la navidad? —Lucy entró sin llamar y ella la miró por encima de las gafas— ¿A pasar frío a Escocia?, ¿en serio?

—Las mejores navidades son las nevadas.

—Eso lo dirás tú. ¿Te llevas a tu primo?

—Claro, si voy, voy con Will y Sophie.

—Me refiero a tu primo Alex.

—No, eso es inviable. ¿Tienes firmados los pedidos de la farmacia?, Sam se estaba quejando...

—¿Por qué no es viable? —preguntó su compañera y ella bufó empezando a incomodarse.

—Primero, porque no lo hemos invitado. No pinta nada en Escocia, tiene hijo, madre y familia en Sydney, y, principalmente, porque se lleva fatal con William. Lo último que haría sería mezclarlos en un viaje, mucho menos en navidad.

—Pues algún día los tendrás que mezclar.

—¿Por qué?

—Porque te estás pillando, él también y al final...

—Qué poco me conoces.

—Sí, sí, no te conozco una mierda. En fin, sí, he firmado los pedidos. Tenemos dos intervenciones programadas para mañana a partir de las ocho y el director Phillips nos ha invitado a cenar a su casa. No podemos negarnos.

—¿Qué?, no, por favor.

—Y viene tu George, así que ánimo.

Lucy, que era su amiga desde la universidad, salió de la consulta arrastrando sus seis meses de embarazo sin despedirse, y ella la siguió con los ojos pensando en George Moore, el director financiero del parque, un tío excelente, con el que tenía una media relación intermitente desde hacía un par de años.

De pronto se sintió muy culpable, porque aún no le había hablado de Alex Campbell, con el que se llevaba acostando seis meses, e hizo el amago de llamarlo por teléfono para charlar con él, pero prefirió esperar a verlo en persona, y miró el ordenador buscando algo que hacer, hasta que de repente vio entrar un email que le llamó poderosamente la atención.

Era precisamente de Alex y el encabezado decía: Puro interés intelectual.

Abrió el correo y comprobó que incluía una versión digital del Kama-sutra. Otra más, porque ella llevaba años coleccionando las que encontraba en cualquier idioma, y sonrió moviendo la cabeza. Leyó el cuerpo del mensaje, donde le hablaba de sus historias, de Jackson y de su vida en Sydney, y le contestó recordándole que prefería las versiones en papel del librito, pero que le agradecía el detalle. Luego abrió al azar una de las páginas, hizo una captura de pantalla y la adjuntó para que se la fuera estudiando. Dio a enviar y cinco minutos después la estaba llamando por teléfono.

—Tengo el ejemplar en papel, *Moonlight*, lo guardo para dártelo en persona.

—Ah, vale, muchas gracias.

—Y creo que los deberes que me mandas ya los hemos hecho.

—¿Estás seguro?, yo creo que no.

—¿Te apuestas algo?

—Vale, lo que quieras, ¿una cena?

—¿En Sydney?

—Donde sea.

—Hecho. ¿Se te ha pasado el enfado? Me tranquiliza saberlo.

—A mí los enfados se me pasan rápido, pero sin insistes en provocarlos, yo...

—Yo no provoco nada, tú tienes una perspectiva de las cosas demasiado rígida, saltas por cualquier cosa que toque, aunque sea de forma indirecta, a tu familia... pero vamos a dejarlo correr.

—¿Decir que ojalá William sea mejor padre que su padre es tocar de forma indirecta a mi familia?

—Estaba bromeando.

—No, tú y yo sabemos que no, Alex. Tú y yo sabemos que no bromeas con eso, y por una parte respeto tus historias, pero por otra me superan. Te lo he dicho mil veces.

—No puedo dejar de ser quién soy.

—Lo sé, pero si cuando estamos juntos evitamos algunos temas, aunque sea en plan broma, nos irá mucho mejor.

—Estoy de acuerdo.

—Estupendo —Respiró hondo oyendo esa voz que le recordaba tanto a los hombres de su familia y decidió cambiar de tema—. ¿Qué tal las prácticas de Jackson?

—Bien, tu primo lo recomendó para cirugía cardiovascular hasta las navidades, un departamento muy codiciado, así que está encantado.

—Genial, me alegro mucho.

—¿Cuándo vienes a Sydney?

—Dentro de dos semanas para coger el vuelo a Reino Unido.

—¿Te vas con ellos a Escocia?

—¿Con William y su mujer?, sí. Pasaremos la navidad con la familia de nuestros padres.

—¿Vendrás con tiempo para vernos?

—Eso espero, trataré de llegar un día antes. También quiero ir a ver la casa de Maroubra Beach.

—Yo te llevo, mándame las fechas y los horarios, y me organizo.

—Genial... —vio como uno de sus ayudantes la llamaba con la mano a través del cristal y se puso de pie—. Alex, tengo que dejarte. Tengo a unos Quolls recién nacidos en el nido y una hembra de Wallaroo negro suelta por el parque, y me están llamando. Voy a ver qué pasa.

—Claro, un beso, *Moonlight*. Cuídate.

—Tú también.

3

Se despertó de un salto y miró la habitación intentando situarse. La casa de Linda, la habitación de Linda y el aire acondicionado de Linda, que solía fallar cuando más se le necesitaba.

Se sentó en la cama, sudando muchísimo, y la miró a ella de reojo. Dormía ajena al tremendo calor que asolaba esos días Nueva Gales del Sur. Se levantó para ir a buscar el mando del aire acondicionado y como no lo encontró abrió las ventanas de par en par, rogando por un poco de aire fresco, sin embargo, no lo había, así que giró hacia el cuarto de baño, abrió la ducha y se metió debajo cerrando los ojos.

Aún era temprano, y estaban en plena temporada navideña, no tenía ninguna prisa por salir corriendo, pero era lo único que le apetecía, huir de ese piso del centro de la ciudad cuanto antes, sobre todo, antes de empezar a enfadarse y a maldecir cualquier cosa que se le pusiera por delante.

Respiró hondo acordándose de Sashi, que estaba en Escocia disfrutando de unas frescas y familiares navidades blancas, y sintió mucha envidia, porque siempre había querido pasar una navidad en el hemisferio norte, en pleno invierno, donde Papá Noël, las velas o los ponches navideños tenían mucho más sentido que bajo cuarenta grados de calor.

Nunca había podido hacerlo, tener una Nochebuena nevada, porque su prioridad siempre había sido Jackson y para él era importante estar con la familia en Sydney durante las fiestas, pero ya había cumplido los veintiún años, era un hombre hecho y derecho, su madre había vuelto a vivir a Australia y tal vez ya era hora de pensar en cumplir su sueño de pasar unas navidades blancas en Europa, tal vez las próximas, y tal vez, por qué no, con Sashi, que solía coger sus vacaciones en esas fechas.

Pensar en ella, en su risa y en su cuerpo color caramelo, lo excitó de inmediato. Se le erizó la piel y deseó con todas sus fuerzas tenerla a mano para hacerle el amor una semana entera, sin parar ni para vestirse. Solo ellos dos y una cama mullida, para amarse sin prisas y con esa intensidad alucinante que compartían y que valía oro, porque, indudablemente, lo que tenía con ella era lo más valioso que había tenido en años con una mujer, aunque ella no quisiera creérselo.

Sonrió, pensando en lo poco en serio que solía tomárselo todo, y abandonó la ducha para llamarla por teléfono. Eran las seis de la mañana en Sydney, las ocho de la noche del día anterior en Edimburgo, y esperaba poder escuchar su voz antes de empezar el caluroso y asfixiante día que tenía por delante.

—Hola, *Moonlight*, ¿dónde te metes?, es imposible hablar contigo —le dijo a su contestador automático después de llamarla dos veces sin éxito, y respiró hondo—. Empezaré a creer que te has fugado con un escocés... en fin... llámame, me gustaría saber qué tal estás. Adiós.

Suspiró, mirando con frustración el puñetero teléfono, se giró y se encontró de bruces con Linda, que lo estaba observando con los brazos cruzados y en silencio.

—Buenas —susurró con normalidad, pero ella no respondió—. ¿Pasa algo?

—No sé, es un poco raro levantarme en mi propia casa y escucharte hablar con tu nueva conquista.

—No es...

—Ya sé que no es nueva, que llevas seis meses acostándote con ella, viajando a Darwin para verla y pegado al teléfono persiguiéndola. No soy idiota, supongo que ya dejó de ser solo una

conquista. La pregunta es: ¿por qué coño te sigues acostando conmigo?

—Tú y yo no somos de dar explicaciones, ni de hacer preguntas, ni siquiera somos pareja. No sé a qué viene esto ahora.

—Tal vez ahora te veo pillado y creo que vas en serio con esa mujer que, te recuerdo, es tu prima. Aunque no tenga tu sangre, sigue siendo una Campbell, y, que yo sepa, tú odias a esos Campbell. ¿O ya lo has superado? ¿Tienes pensado integrarte en la familia como un novio fiel y empezar a relacionarte con tu hermano William?

—Ok, me largo —hizo amago de ir a buscar su ropa y ella le cortó el paso.

—Si te has enamorado de esa chica, o te parece especial, dímelo y yo decidiré si quiero seguir siendo la tercera en discordia, tu plan B para cuando no la tengas a mano. Solo te pido que seas honesto conmigo. No quiero que me utilicen.

—No sé si va en serio, y no te estoy utilizando, por lo que a mí respecta, eres tú la que insiste para que venga a tu casa.

—Y tú te dejas llevar porque no sabes decir que no. Pobrecito.

—Tómalo como quieras, yo me largo, aquí hace un calor infernal y no me apetece discutir.

—Me gustas y me encanta el sexo contigo, Alexander, llevamos dos años estupendos y nos va de puta madre, pero si hemos llegado a este punto, preferiría dejarlo y todos en paz.

—No sé qué punto es ese, pero por mí perfecto.

—Genial, adiós.

La dio la espalda para meterse en la cocina y él no se detuvo ni un segundo, entró al dormitorio, cogió su ropa, su reloj y sus llaves y salió de allí a toda prisa, sin ninguna intención de enzarzarse en una conversación íntima con Linda, que era una buena amiga, una colega de diez y una diosa en la cama, pero que no era su novia ni nada parecido.

Le dijo adiós desde la puerta, ella respondió algo ininteligible, y salió disparado hacia las escaleras, bajó corriendo y llegó al *parking* para coger la moto y volver a su casa, pillar la tabla de surf y pasarse un rato en la playa.

—Hola, colega —respondió a una llamada de Jackson y miró la hora—. ¿Dónde estás?, ¿qué haces despierto a estas horas?

—Estoy en casa de la abuela.

—¿Qué haces ahí?, ¿qué ha pasado?

—Se siente mal, me ha llamado para ver si lo arreglaba con una aspirina, pero me temo que es algo más serio. He llamado a una ambulancia, me la llevo al St. Vincent's Hospital.

—¿Qué? —respiró hondo y se pasó la mano por la cara—. ¿Es grave?

—Tiene una arritmia y está muy mareada. Tiene setenta y dos años, papá, no voy a arriesgarme a dejarla aquí.

—Ok, ok... voy para allá.

—No, tú vete directamente al hospital. La ambulancia acaba de llegar.

—Vale, te veo allí. Adiós.

Se despidió, colgó, se subió a la moto y enfiló hacia Darlington, donde estaba el St. Vincent's Hospital.

Su madre acababa de cumplir setenta y dos años. Era fuerte y deportista, seguía haciendo caminatas, nadando y haciendo yoga. Nunca paraba, pero era cierto que una osteoporosis y una diabetes, diagnosticadas por su médico hacía un año, la tenían en bastante baja forma, sobre todo moral, porque desde que le habían dicho que tenía que cuidarse más se le había caído el mundo encima.

Ella, que no había dejado de fumar en la vida, había tenido que aparcarse el tabaco, aunque él sabía que seguía fumando a escondidas, y cambiar la dieta, dejar el azúcar y medicarse. Incluso le habían aconsejado abandonar los antidepresivos y los ansiolíticos, que había combinado toda la vida, y bajar el consumo de alcohol. En resumen, le habían destrozado su modo de vida habitual y cualquier cosa la convertía en una emergencia médica. Todo era un drama, todo le dolía y a la mínima los llamaba para pedir auxilio, sobre todo a Jackson, que como estudiaba medicina era el remedio recurrente para todos sus males.

Llegó al hospital, aparcó la moto y caminó deprisa hacia la entrada de Urgencias, esperó con calma allí la llegada de la ambulancia y cuando aparecieron, se acercó a su madre, que venía en la camilla con una mascarilla de oxígeno y bien agarrada a la mano de su nieto.

—¿Qué tal, guapa?

—Fatal, menos mal que Jackson estaba cerca.

—Vamos a meterla a un box, ya le avisaremos, señor —le dijo una enfermera de Urgencias y lo apartaron sin ninguna delicadeza.

—Papá, tú tranquilo, entraré con ella, se pondrá bien, aunque es una lástima que William siga en Escocia... —masculló Jackson y él lo observó ceñudo.

—¿Por qué?

No contestó, lo miró de reojo y luego desapareció dentro del hospital con la camilla y el resto del equipo de Urgencias. Él los siguió hasta el mostrador de ingresos, donde le dieron una ficha para rellenar con los datos de su madre, y respiró hondo pensando en su “hermano” William Campbell, el gran cirujano cardiovascular al que todo el mundo admiraba, el primero su hijo, que no paraba de hablarle de las maravillas que hacía ese tío que era una eminencia mundial en su campo, aunque solo tenía treinta y nueve años.

Un portento, pensó y sintió el teléfono móvil vibrándole en el bolsillo, lo cogió y al ver que se trataba de Sashi respondió de inmediato.

—Hola, *Moonlight*.

—Hola, guapo, ¿cómo estás? Veo que has madrugado.

—Estoy en el hospital con mi madre, se ha sentido mal y Jackson ha llamado a una ambulancia. ¿Tú qué tal?

—¿En el hospital?, ¿qué le pasa?

—Estaba mareada y Jackson dice que tiene una arritmia. La hemos traído por precaución.

—Joder, cuanto lo siento. ¿En qué hospital estáis?

—En el St. Vincent. No te preocupes, no creo que sea muy grave, pero mejor si le hacen una valoración completa. Estoy esperando a que la atiendan, Jackson ha entrado con ella.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Tú estás bien?

—Sí, soportando el calor. ¿Qué tal tú?, ¿qué tal Edimburgo?, cuéntame cosas para distraerme.

—Todo bien, estupendo, la familia es genial. Los primos, Ewan y Kyle, sus respectivas mujeres y sus amigos, son increíbles. La tía Fiona y el tío Sean se han volcado con nosotros. Pasar la navidad con tantos niños y tanta familia ha sido una pasada, en serio.

—Me alegro mucho.

—¿Sabes qué?. La mujer de Kyle es médica y ha levantado un hospital en la India con una fundación española que trabaja allí especialmente con niñas y mujeres. Kyle y ella se pasaron seis meses en Hyderabad, al sur del país, poniendo en marcha el proyecto con fondos escoceses. Estoy deseando poder ir a verlo con mis propios ojos.

—Vaya, qué interesante.

—Sí, nos hemos apuntado a colaborar económicamente, y William cree que puede ir a echar un cable, aunque allí no tenga medios técnicos para operar, al menos puede pasar consulta y ayudar un poco.

—Claro —susurró pensando en don perfecto, pero no dijo nada y siguió escuchando.

—También se necesitan veterinarios. Voy a planificarlo todo para ir el año que viene como voluntaria. ¿Sabes que solo he ido a la India dos veces desde que me adoptaron?

—No, no lo sabía.

—Tengo que ir, es una necesidad casi biológica, y si es para poner un granito de arena, mucho mejor.

—Por supuesto.

—Kyle y Anne no han vuelto porque ahora tienen un bebé, pero igual el año que viene pueden ir conmigo.

—También puedo acompañarte yo.

—¿En serio?

—Claro, me encantaría.

—Te tomaré la palabra, podemos alquilar unas motos y viajar un poco. Ellos lo hicieron y dicen que hay unas rutas espectaculares y casi sin turistas cerca de Hyderabad. También podemos visitar Bombay, que es donde nací.

—*Moonlight*, creo que no hay nada en este mundo que me apetezca más que visitar la India contigo... —levantó la vista y vio aparecer a Jackson en la sala de espera, se puso de pie y lo miró a los ojos—. Sashi, espera un segundo. ¿Qué pasa?, ¿qué tal está la abuela?

—Estable, pero claramente es un problema de corazón, le van a hacer una ecografía cardiaca y otras pruebas. No se va de aquí en toda la mañana.

—Muy bien... Sashi, escucha...

—Lo he oído, tranquilo. Luego te llamo para saber qué tal. Manda un beso a Jackson. Adiós.

—¿Era Sashi?, ¿está con William?, porque me gustaría hablar con él —le dijo Jackson mirando el teléfono y él negó con la cabeza.

—No es necesario hablar con él, está de vacaciones.

—Lo sé, pero quiero mandarles las pruebas. Es el mejor en este campo y no voy a prescindir de su opinión.

—Jackson...

—Voy a llamarlo, papá, te guste o no.

4

Doce días en Escocia le habían sentado de maravilla.

El descanso, la familia, el frío, la lluvia, y hasta la nieve en navidad, le habían devuelto la energía y regresaba a casa con muchas ganas de meterse de lleno en el trabajo, y también de disfrutar de lo que quedaba del verano austral, que aún tenía para largo.

Estiró las piernas oyendo como el piloto les anunciaba que ya estaban acercándose a Sydney y giró la cabeza para observar a William, que se había sacado el cinturón de seguridad para despertar a Sophie.

Ella, a sus casi cuatro meses de embarazo, se había sentado en la cómoda butaca de primera clase, se había tapado con una mantita y se había dormido hacía horas. Apenas la habían oído hablar, menos pedir comida o bebida, salvo en el primer tramo del viaje, de Londres a Singapur, pero las últimas ocho horas, de Singapur a Sydney, no le habían visto el pelo y sabía que William la echaba de menos. Así de enamorado estaba su primo, no podía prescindir de la compañía de su mujer en ningún momento, ni siquiera dentro de un avión, y aquello le hizo tanta gracia que sonrió pensando en lo mucho que habían cambiado las cosas para todos, especialmente para William Campbell.

—Cariño, estoy bien, te lo juro, he dormido de maravilla, no estoy nada cansada. Solo necesito ir al baño y tomar un poco de zumo.

—¿Segura?, estás muy pálida.

—¿Me vas a tomar el pulso?, ¿en serio, William?.

—Sophie...

—Estoy bien, mi amor, déjalo ¿quieres? Hola, Sashi.

—Hola, cielo...

La saludó poniéndose de pie y se estiró sonriendo a William, que se había quedado pensativo y en silencio. Se le acercó para darle un golpecito en el hombro y también se fue al cuarto de baño para lavarse la cara, cepillarse los dientes, peinarse y adecentarse un poco tras veinticuatro horas de vuelo. Una verdadera locura que no pensaba repetir en mucho tiempo.

Le encantaba ir a Europa, de pequeña habían visitado muchas veces a la familia en Escocia. Se había pasado años enamorada de Ewan y Kyle MacIntyre, los primos más guapos que una adolescente podía soñar, y de todos sus amigos escoceses. Siempre la habían tratado de maravilla allí, pero a la par que iba cumpliendo años se iba volviendo más perezosa y se le hacía cada vez más pesado viajar tantas horas para ir a verlos. A los treinta y cuatro ya había viajado por cuatro vidas, pensaba a veces, y esta última vez se le había hecho realmente eterno, y aún le quedaba un tramo hasta llegar a Darwin, a su piso y a su cama, y aquello desmoralizaba a cualquiera.

Volvió a su butaca para tomarse un café y miró por la ventana la imponente imagen de Sydney bajo sus pies. Su preciosa ciudad, a la que pensaba regresar definitivamente y cuanto antes, sobre todo ahora que se iba a convertir en tía y quería disfrutar de la experiencia al máximo, dar apoyo a Sophie y a Will, malcriar al bebé, y probar nuevas aventuras profesionales.

Llevaba meses dando vueltas a la idea de regresar a casa. Se había pasado diez años en el Territorio Norte, trabajando al máximo de su resistencia, dejándose la piel en el Kakadu National Park, y estaba feliz de poder haberlo hecho, pero había llegado la hora de cambiar de aires. No

quería empezar a aburrirse o a ser pasto de la rutina, y tenía varias ofertas de trabajo en Nueva Gales de Sur, algunas muy interesantes, como dar clases en la universidad, dirigir una clínica privada, colaborar con el Parque nacional Cumbres Barrington o el Featherdale Sydney Wildlife Park.

Oportunidades no le iban a faltar y ganas de hacer cosas nuevas tampoco, así que, con algo de suerte, antes del otoño volvería a casa, aunque aún no pensaba contárselo a nadie, mucho menos a William, o a Alex, que, desde hacía algún tiempo, también formaba parte de su vida y sus decisiones.

Acordarse de repente de Alex Campbell le produjo varias sensaciones encontradas. Por una parte, añoranza y ganas de verlo, porque le encantaba estar con él, lo deseaba muchísimo y se moría por besarlo, pero, por otra, el rechazo era evidente, lo sobrevolaba todo, y no porque no estuviera muy bien con él, sino por las connotaciones familiares que tenía su “no relación”, y que acabarían estropeándolo todo.

Respiró hondo pensando en él y en sus ojos azules, oscuros y a la vez tan luminosos, iguales a los de su padre, John Campbell. En su sonrisa de medio lado tan familiar, en su tono de voz grave y pausado, como el del tío John y el propio William, y se estremeció entera. A veces no sabía si se había pillado de él o de lo que le evocaba, es decir, del cariño, el cuidado, el mimo y la protección que siempre habían desplegado sobre ella los hombres más importantes de su vida: su padre, su tío y su primo, y aquello la desequilibraba bastante.

Por supuesto, había un elemento sensual, de química, que solo le despertaba él, que con ponerle un dedo encima la desarmaba, pero en el fondo le preocupaba muchísimo estar confundiendo las cosas, estar utilizándolo como sustituto de un afecto superior e inmenso que necesitaba y añoraba con toda su alma cada día, de cada semana, de su vida, y aquello no podía ser bueno, y mucho menos justo, sobre todo para él.

Lo había hablado con su terapeuta y ella le había dicho que le daba demasiadas vueltas a las cosas, que se dejara llevar y que disfrutara de la experiencia de haberlo conocido. Tampoco es que tuviera intenciones de casarse con él y tener media docena de niños, solo estaban saliendo juntos, viéndose de vez en cuando, conociéndose y pasándose en grande, no había necesidad de crear un problema donde objetivamente no lo había, decía Mirtha, y por esa razón seguía viéndolo, por eso lo metía cada vez más dentro de su existencia, y por eso se estaba dejando llevar. No obstante, no sabía a dónde la llevaría ese camino que, además, tarde o temprano se encontraría de bruces con William, que soportaba poco o menos a ese hermano biológico al que había conocido hacía un año y con el que no tenía nada en común, nada salvo un padre al que Alex detestaba y que representaba una barrera infranqueable entre los dos.

Ella había aprendido a lidiar (y a aplacar) los malos recuerdos, los prejuicios y los rencores latentes de Alex, que había crecido oyendo pestes sobre su padre biológico, y sufriendo su distancia y su supuesta indiferencia. Podía con ello, porque lo comprendía y porque veía en él mucho más allá que sus historias paterno filiales, pero William no veía nada de eso, a él no le interesaban en absoluto sus dramas, porque no se los creía, ni toleraba el desprecio ni el tono que empleaba para referirse a su padre, y eso los convertía en irreconciliables.

Cualquier día acabarían a puñetazos, opinaba Oliver, el tercer hermano en discordia, y le preocupaba muchísimo, porque para ella William estaba por encima de todo, y si al final acababan enfrentándose abiertamente tendría que elegir, y aquello significaría alejarse de Alex para siempre.

—Qué ganas tengo de ver a los chicos.

Susurró William bajando del avión, refiriéndose a sus perros, y se detuvo para coger la mano de su mujer antes de girar hacia la zona de recogida del equipaje.

—Sí, yo también.

—Entonces ¿vamos directamente a recogerlos a casa de Oliver?

—Sí, claro. Sashi, ¿tú te vienes con nosotros?

—No, mejor me voy a Maroubra Beach, dormiré allí y descansaré mañana todo el día antes de coger el vuelo a Darwin.

—¿Te pido un coche?, ¿te llevamos nosotros?

—No, gracias, creo que vienen a recogerme.

—¿Ah sí?

Preguntó William con suspicacia, pero ella no le hizo caso, agarró su maleta y los esperó para salir juntos de la terminal, aunque no sabía si aquella era la mejor de las ideas.

Pisaron el *hall* de llegadas del Internacional Kingsford Smith, percibiendo el calor de justicia que les estaba esperando en la calle, dio unos pasos y en seguida se encontró con el hombre más guapo y sexy que pisaba el aeropuerto, le sonrió y él acudió de dos zancadas para darle un abrazo antes de quitarle la maleta y mirarla a los ojos.

—Madre mía, *Moonlight*, cuantas ganas tenía de verte.

—Y yo a ti —le sonrió dando un paso atrás y miró de reojo a Will y a Sophie, que los estaban observando sorprendidos.

—William, Sophie, ¿qué tal estáis? —saludó Alex muy formal y William asintió entornando los ojos.

—Muy bien, gracias.

—Hola, Alex, ¿qué tal? —Sophie se acercó para darle dos besos y luego la miró a ella un poco desconcertada—. Bueno, Sashi, nosotros...

—¿Os llevo?

—No, gracias, hemos pedido un coche. Allí está el conductor con nuestro nombre —contestó Sophie muy sonriente y abrazó a su marido por la cintura para hacerlo avanzar—. Mi amor, ¿nos vamos?, ¿William?

—Claro. Adiós, Sashi, llámanos y mañana cenamos juntos, si quieres. Adiós, Alexander.

—Adiós.

Se despidieron y Sashi volvió a respirar con tranquilidad viendo como desaparecían con su conductor y las maletas, miró a Alex a los ojos y él extendió la mano, la agarró por el cuello y le pegó un beso en la boca.

—¿Te llevo a casa o a Maroubra Beach, *Moonlight*?

—A tu casa, si te parece bien, en Maroubra Beach no tengo nada, ni siquiera unas latas de cerveza.

—Me parece perfecto.

5

—Cuando tenía dieciocho años mi novia del instituto se quedó embarazada. Estábamos a dos trimestres de ir a la universidad y a sus padres, y a mi madre, casi les da un ataque, sin embargo, los dos decidimos tener al bebé y apechugar al cien por cien con él, especialmente yo, porque Beth, mi novia, tenía una beca completa para estudiar ingeniería en la Australian National University, en Camberra, y mis posibilidades académicas eran bastante más modestas. En fin... os podréis imaginar el drama en nuestras casas y en el instituto, me vi muy presionado, y entonces acudí a alguien a quien nunca había acudido, a mi padre biológico, el multimillonario señor John Campbell. Conseguí su número, lo llamé, quedamos a comer, le conté mi problema y mi necesidad imperiosa de conseguir un trabajo, y lo primero que me dijo es que no tuviéramos al niño, que era una locura a nuestra edad. Lo segundo, cuando le aseguré que habíamos decidido tenerlo, fue que le parecía una irresponsabilidad tremenda, pero, que, si habíamos decidido eso, al menos no dejara de estudiar y que él podía pagar una asignación a Beth y al niño que cubriera todas sus necesidades mientras yo me concentraba en mi vida. Cuando le expliqué que ella se iba a Camberra con una beca y que yo me quedaba en Sydney a cargo de nuestro hijo, y que por eso necesitaba un empleo, puso el grito en el cielo y me soltó que estaba loco, que, si iba a dejar los estudios y a tirar mi futuro a la basura en favor de mi novia no contara con él, y así fue. Me levanté de allí y nunca más volvimos a tener contacto, nunca más volví a pedirle nada. Lo más irónico del caso es que solo tres años después, al cumplir los veintiuno, cuando Jackson tenía dos años, me llamó un abogado para decirme que se había liberado un fideicomiso a mi nombre con muchísimo dinero y que podía acceder a él cuando quisiera, que mi padre lo había creado cuando yo era un bebé y que esperaba hiciera un buen uso de él. Tres años antes, cuando más lo necesitaba, me había negado el pan y la sal, sabiendo que tenía ese dinero en un banco. Podría haberme rescatado, podría haberme dado un poco de apoyo, seguridad y consuelo, como habría hecho cualquier maldito padre en mi situación, pero no le dio la gana. En resumen, creo que ese tío nunca actuó con corazón, no al menos en lo que a mí respecta, así que, por favor, no me habléis de compasión, ni de cariño, ni de sangre, ni de lo buena persona que era, porque no me interesa, no me lo creo, y no pienso perder ni un segundo de mi tiempo intentando comprender, mucho menos querer, a John Campbell.

Dejó de hablar y levantó los ojos para mirar a sus interlocutores, Sashi, Oliver y su madre, Liz Watson, que lo estaba escuchando con lágrimas en los ojos. Respiró hondo y tomó un sorbo de vino lamentando haber estropeado la velada, pero llevaban tres horas intentando convencerlo de las bondades del viejo y se había acabado hartando.

Sashi sabía perfectamente que prefería no tocar ese tema, y Oliver también, así que no entendía cómo habían llegado a ese punto sin retorno, y para acallarlos no le había quedado más remedio que hablar y destapar la caja de pandora, sin anestesia, ni paños calientes.

—Queríais escuchar los motivos por los que no me siento unido a John Campbell, y os he contado uno, tengo más, pero no os voy a seguir amargando la noche. ¿Qué hora es? —cogió a Sashi de la mano y ella lo miró a los ojos completamente desolada.

—Me duele en el alma oírte hablar así.

—Lo sé, por eso habíamos acordado no hablar de tu tío John, pensé que lo teníamos claro.

—No es culpa de ella, sino mía —intervino Liz Watson—. Y lo siento, siento mucho haberte hecho recordar momentos tan dolorosos.

—No pasa nada. Lo que no te mata, te hace más fuerte.

—¿Queréis más postre?

Preguntó Oliver en su tono habitual, todo amabilidad, intentando calmar los ánimos, y él asintió viendo como llamaba a su chef para que trajera más mousse de limón. Suspiró y acarició la mano de Sashi, que estaba en Sydney de paso para hacer algunas gestiones profesionales, y se sintió fatal por haberla hecho sentir incómoda, pero todo el mundo tenía un límite y el suyo, en lo tocante a John Campbell, era cortito. Ella lo sabía mejor que nadie.

Sonrió, animándose a tomar más postre y a cambiar de tema para enzarzarse en una charla sobre rugby y surf, y aprovechó de observar con atención a Liz, la madre de su hermano Oliver, que había sido Miss Australia y Top Model en sus años mozos. Era muy guapa, y muy simpática, muy cariñosa, y se preguntó que opinaría su madre de verlo compartiendo cena con ella.

Por supuesto, Liz Watson era otra de esas personas a las que su madre odiaba de forma feroz y permanente. Había tenido una aventura con John Campbell hacía más de treinta años, pero Laura Williams no la olvidaba y aún se refería a ella como la “zorra esa”.

El único pecado de Liz había sido conocer a John Campbell en la plenitud de su belleza y su carrera. Toda Australia la adoraba cuando había conocido al viejo y se había liado con él. Al parecer, el matrimonio Campbell estaba en crisis por aquellos años y John había aprovechado la oportunidad para vivir un tórrido romance con la mujer más deseada del país. Romance que había traído una consecuencia inesperada, el nacimiento de Oliver.

Aquello había hundido a Laura en una depresión tremenda, aunque llevaba diez años sin hablarse con John Campbell, y la crisis había desembocado en más pastillas y más tratamientos, hasta que se había enterado de que a ese hijo extramatrimonial Campbell también había decidido mantenerlo en secreto, y que había roto con Liz Watson para volver con su amante esposa.

Desde ese momento había intentado hacer causa común con Liz para perjudicar al padre de sus hijos, le había propuesto mil estrategias para desacreditarlo y sacarle los cuartos, incluso para chantajearlo y conseguir hundirlo en la miseria, pero Liz Watson siempre se había negado y se había mantenido leal a Campbell, con el que había mantenido una relación amistosa y cordial hasta el final de sus días. Relación que había propiciado, obviamente, un trato fluido y continuo entre Oliver y su padre.

Por eso, y por mucho más, su madre odiaba visceralmente a Liz, y de paso a Oliver, y por eso él no le había hablado aún de la buena relación que mantenía con su hermano pequeño, al que había conocido gracias a la lectura del testamento de John Campbell, y con el que había conectado de inmediato porque Oliver, que era una estrella mundial del rugby, era un tipo genial, divertido y muy afectuoso.

—¿O sea que te vuelves a Sydney? —oyó que le preguntaban a Sashi y prestó atención.

—Sí, voy a trabajar en el Parque nacional Cumbres Barrington, y a colaborar con una clínica privada que da cobertura a varios refugios de Nueva Gales del Sur. Tienen un proyecto estupendo de asistencia gratuita para animales abandonados.

—Tienes una profesión preciosa, yo creo que, de no haberme dedicado a la moda desde tan joven, hubiese estudiado veterinaria.

—Bueno, Liz, puedes echar una mano cuando quieras, hay mucho voluntariado disponible en los refugios caninos y no solo caninos de Sydney.

—Eso sería estupendo.

—¿Te vas a instalar en Maroubra Beach o en casa de Alex? —preguntó Oliver y ella soltó una carcajada.

—Me quedo en mi casita de Maroubra Beach.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó él entornando los ojos y ella volvió a reírse.

—Que piensen que voy a vivir contigo, somos familia, pero no viviría en tu casa ni muerta, creo que acabaríamos a palos antes de una semana.

—¿En serio?

—No hay nada mejor que la aventura y el sexo furtivo, cariño. Todo lo demás es un rollo soporífero, incluso entre primos —le guiñó un ojo y él se echó a reír.

—De acuerdo.

—¿Tampoco vivirías con William? —preguntó Oliver.

—Con él sí, porque nos criamos juntos, somos iguales, nos llevamos de maravilla y...

—Y además no se acuesta con él —sentenció Liz y Sashi asintió muerta de la risa.

—Hablando del rey de Roma... —susurró Oliver oyendo el timbre de la puerta y Alex miró a Sashi frunciendo el ceño—. Vienen a tomar una copa, espero que no os importe...

Comentó su hermano tan tranquilo y a él el pulso se le aceleró de inmediato, se le agrió el buen talante y se puso de pie con el propósito de largarse en seguida, porque no tenía ninguna intención de sucumbir a la segunda encerrona de la noche, es decir, un encuentro no pactado con William Campbell.

Estiró los hombros, observando como la parejita perfecta, que estaba esperando su primer hijo para el mes de junio, entraba en el salón muy animada con una botella de vino en la mano, y como a William le cambiaba la cara de felicidad a desconcierto en una fracción de segundo, dejando claro que él tampoco era consciente de su presencia en la casa.

Una circunstancia incómoda, y muy torpe por parte de Oliver, que sorteó con mano izquierda y la mejor de sus sonrisas.

—Hola, Sophie, estás radiante —le dijo a la mujer de su hermano, que era una chica muy joven, y muy guapa, y ella le dio un abrazo antes de bufar tocándose la tripa.

—Gracias, al fin se está notando.

—Es maravilloso, cariño —Liz la abrazó y le dio un par de besos—. Estás guapísima. Pasad y sentaos. Hola, William, ¿qué tal, tesoro?

—Muy bien, gracias. Hola, Alexander.

—Hola, tío. Bueno, yo ya me iba, mañana tengo que madrugar y...

—¿Cómo que te vas? —lo interrumpió Oliver y él se encogió de hombros.

—Gracias por la cena, lo he pasado muy bien, pero para mí ya es tarde y aún tengo que pasar por Circular Quay a echar un ojo a los restaurantes y...

—¿Dónde vives? —le preguntó Sophie.

—Al norte, en Cremorne Point.

—Lo conozco, es muy bonito.

—Sí, pero está lejos.

—¿Es tuya la Harley que está en la entrada?

—Sí.

—Es guapísima, me encantan las motos. Solo te tenido una Vespa en toda mi vida, pero siempre soñé con una moto más grande. Y ahora ni siquiera puedo ir con mi Vespa, no al menos hasta que nazca el bebé.

—Claro. En fin... —buscó los ojos de Sashi, pero ella, que estaba observándolo con los

brazos cruzados, no hizo amago de moverse—. Debería irme, buenas noches a todos.

Les sonrió y le dio un abrazo a Oliver antes de abandonar la casa con muchas prisas, tal vez demasiadas para parecer alguien educado, pensó, pero no le importó, porque no se sentía en la obligación de mostrarse a gusto con William Campbell, y se acercó a su moto bastante desconcertado por la reacción de Sashi, que había llegado con él a la cena, aunque era evidente que no tenía ninguna intención de acompañarlo.

6

—¿Otra vez no puedes quedar?

Se asomó a la terraza y miró la playa sin saber qué hacer, porque nunca se había encontrado en una situación semejante, y se sentó en una tumbona pasándose la mano por la cara.

—Tengo mucho trabajo, me voy mañana a Wellington y...

—Precisamente porque te vas una semana a Wellington pensé que nos veríamos esta noche.

—Lo siento, Sashi, es imposible.

—¿Imposible?, tendrás que cenar y dormir, digo yo... puedo ir a tu casa o...

—No, no puede ser, y ahora, si me disculpas...

—¿No quieres volver a verme, Alex?, ¿prefieres que no te llame nunca más?. ¿Es eso?, dímelo y dejo de darte la lata.

—Mira, yo... —respiró hondo y a ella no le hizo falta oír nada más.

—Ok, mensaje recibido. Adiós.

Le colgó, tiró el teléfono contra un sofá y se levantó un poco desesperada.

Hacia dos semanas que la estaba esquivando, justo después de la cena en casa de Oliver, cuando Will y Sophie habían aparecido allí por sorpresa, él se había largado de forma bastante descortés, y ella había optado por no seguirlo, porque no había podido seguirlo. Aunque hubiesen ido juntos, como le había reprochado al día siguiente por teléfono, no había podido porque no le parecía bien su actitud, ni su falta de consideración con Oliver y su madre, y mucho menos la aspereza con la que enfrentaba a William cada vez que lo tenía delante. Eso no le parecía justo, ni medianamente educado, y por esa razón había optado por quedarse, por no irse con él, y esa decisión le había costado su relación, o no-relación, o como quisieran llamarlo.

El caso es que al fin se había mudado a Sydney tras diez años en el Territorio Norte, inspirada por la necesidad de cambiar de aires y trabajar en nuevos proyectos, porque quería estar cerca de su familia y también por Alexander Campbell, no pensaba negarlo, sin embargo, ahí estaban, residiendo en la misma ciudad, pero más alejados que cuando vivía en Darwin y necesitaban sortear miles de horas de vuelo para verse.

El destino era caprichoso, y las personas mucho más, decidió, cogiendo sus cosas para ir a ver a Sophie, que siempre estaba en casa trabajando, y salió a la calle para esperar un Uber, porque aún no había sido capaz de comprarse un coche.

Llevaba ya demasiados días de bajón por culpa de la dichosa discusión con Alex, y también por la última con William, que seguía sin comprender lo que veía en ese tío que no hacía más que vilipendiar a su familia. Eso le había dicho muy enfadado, que Alexander vilipendiaba la memoria de su padre y que solo por eso no debería verlo, mucho menos tener algo más que una amistad, o lo que tuviera, con él, y aquella opinión había desembocado en un enfrentamiento muy tenso, como nunca antes habían tenido, y necesitaba subsanarlo de inmediato, porque sin William en su vida sí que no podía vivir.

Se subió al coche llamando a Sophie para avisarle que iba a verla, le colgó y de pronto pensó en su infancia de ensueño con sus padres adoptivos, Arthur y Mía, que la habían rescatado de un orfanato de Bombay cuando aún era una bebé, y que le habían regalado amor y seguridad, y todo lo que una niña podía desear hasta los seis años, cuando un accidente de coche se los había

llevado por delante. Huérfana por segunda vez, John y Edith Campbell, sus tíos y padrinos, se habían hecho cargo de ella, la habían colmado de afecto, se habían esmerado en que superara la pérdida de sus padres, le habían procurado un hogar maravilloso e incluso le había regalado un hermano, William, su adorado primo William, que era solo seis años mayor que ella, pero que siempre se había portado como un segundo padre.

William, el chico más guapo y listo del mundo; el estudiante brillante, el orgullo de sus padres y de ella misma, el más dulce y afectuoso de los mortales, el mejor amigo, y el mejor hermano que alguien podía desear; nunca, jamás, se había apartado de ella, siempre había estado allí, para lo bueno y para lo malo, siempre había sido su apoyo y su cómplice, y no pensaba, bajo ningún concepto, contrariarlo por su relación con Alex, eso lo tenía clarísimo.

Aunque en la vida le iba a permitir que se metiera en sus relaciones personales, cosa que nunca había hecho en el pasado, lo de Alex Campbell obviamente superaba sus propios límites, lo vio de repente muy claro, y fue capaz de aceptar que lo mejor que le podía pasar en ese momento de retorno a Sydney era distanciarse de Alex y dejar de verlo.

Total, tampoco es que fuera su pareja oficial o el hombre de su vida, solo era un folla-amigo muy sexy que la volvía loca entre las sábanas, pero nada más, y nada menos.

—¡Hola chicos!

Llegó a la casa de Will y Sophie y se detuvo a saludar a sus dos perros, que la recibieron locos de felicidad en el jardín antes de permitirle avanzar hacia el taller de Sophie.

—Hola, Sashi, ¿qué tal?

—Hola, cielo —Levantó la vista para observarla y ella le hizo un gesto para que la siguiera a la casa principal.

—¿Quieres un té helado?, acabo de prepararlo.

—Ok, es pronto para una cerveza ¿no?

—Como quieras. ¿Te quedas a cenar? William dice que llega pronto hoy, haré tortilla de patatas y... —se giró y le clavó los ojos azules—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, te veo un poco cansada.

—Estoy bien, pero la mudanza y... en fin... tengo que comprarme un coche...

—¿Y? —Abrió la nevera para sacar una jarra de té helado sin dejar de escudriñarla y Sashi movió la cabeza.

—Alex se ha enfadado conmigo y no quiere ni verme.

—¿Por qué?

—Principalmente porque en casa de Oliver, esa noche cuando llegasteis para tomar una copa, me quedé con vosotros en lugar de marcharme con él. Habíamos ido juntos y... ya sabes cómo son los tíos. Le sentó fatal, discutimos por teléfono, me dijo que era desleal, que él me importaba un pimiento, etc. Se puso bastante borde y yo le dije de todo, claro.

—¿Habíais ido juntos?

—Sí, pero no habíamos hablado de largarnos tan rápido. Lo estábamos pasando muy bien, tranquilamente y muy a gusto, y de repente, que se pusiera de pie como un resorte y quisiera huir de allí en cuando vio a Will en la puerta, me pareció horrible, por eso no lo seguí como un corderito.

—Ya, en realidad, fue un poco violento, pero a William le hizo un favor, tampoco lo soporta, ya lo sabes.

—Ellos podrán llevarse como el perro y el gato, pero a mí no me parece bien, ni comulgo con ellos, y no pienso salir corriendo detrás de Alex a la más mínima. Es absurdo.

—Eso sí, pero...

—Encima, Sophie, es completamente inaudito que no se soporten si apenas se han tratado. No se han sentado jamás a charlar, a intentar acercar posiciones. Nunca han estado más de cinco minutos en la misma habitación. Toda esta animadversión que se traen entre manos no tiene ninguna justificación.

—Te recuerdo que la inició Alex, cuando en la lectura del testamento de su padre se dedicó a soltar impertinencias contra John, cuando William ni siquiera sabía de qué iba todo ese asunto. Fue muy imprudente e injusto, y William solo responde a su mala actitud.

—De acuerdo, pero ha pasado más de un año de aquello, todos conocemos ya la historia de cada uno, y con un poco de mano izquierda, tal vez, podrían al menos tolerarse.

—Por supuesto, pero tampoco lo veo necesario. Yo creo que no hay que forzar las cosas. Hay millones de hermanos que apenas se tratan, mi propia hermana Paloma apenas me habla, ¿por qué estos dos, que se acaban de conocer, necesitan tolerarse o mantener una relación familiar?

—Pero...

—A menos que te hayas enamorado de él y necesites que tu primo lo acepte, yo...

—¿Qué?!, ni de coña —exclamó muy ofendida y Sophie movió la cabeza sonriendo—. En serio, no hay nada de eso. Me encanta, nos lo pasamos genial juntos, pero no hay nada más. Nada en absoluto.

—Vale...

—En serio.

—Te creo —le hizo un gesto de disculpa para contestar al móvil y Sashi guardó silencio oyendo como saludaba a su marido—. Hola, mi amor... sí... Sashi ha venido a vernos... se lo pregunto... Sashi ¿te apetece cenar fuera? Oliver tiene un reservado en ese restaurante del que tanto habla y nos invita a todos.

—Claro, si no hay que ir muy elegante, porque no voy vestida para...

—No te preocupes por eso. Ok, dice que sí. ¿Te vemos allí? Genial, mi vida, sí... yo también te quiero. Adiós.

—¿Me prestas algún trapito? —la miró y ella asintió.

—Sí, lo que quieras, subamos y eliges algo mientras me doy una ducha.

Subieron a la segunda planta charlando sobre el bebé, Sean, que había empezado a dar sus primeras pataditas, y se metió en su vestidor para buscar algún vestido o alguna blusa más adecuada para cenar en un restaurante de moda. La habitación, que era preciosa, olía de maravilla y tenía todo en perfecta armonía, era una verdadera gozada, así que por un rato se olvidó de todo.

—Dios mío, cuánto te he echado de menos —susurró William en la puerta del restaurante acercándose a su mujer para darle un abrazo—. ¿Estáis bien?

—Sí, hoy también se ha movido muchísimo, pero he podido acabar la acuarela —contestó ella dejando que le acariciara la tripa con la mano abierta, y lo besó en la boca—. Estás muy guapo, ¿tenías esta chaqueta en la consulta?

—Sí, no sé desde cuándo. Hola, Sean, hola, hijo ¿has echado mucho de menos a papá? —Se inclinó para besarle la tripa y Sashi bufó—. Hola, prima, ¿qué tal estás?

—No tan bien como vosotros, pero bien. ¿Ya ha llegado Oliver?, me muero de hambre.

—Sí, está dentro con Jackson, me lo encontré en el hospital y le dije que se viniera.

—¿Jackson?

Preguntó, pensando en el hijo de Alex, que estudiaba medicina y tenía mucho contacto con William, y por una milésima de segundo pensó en que no le apetecía nada verlo, pero espantó la idea de inmediato y siguió a la parejita feliz hasta llegar al reservado dónde Oliver los esperaba con Jackson y una chica muy guapa, su nueva novia, supuso, tomando unos aperitivos.

—Queremos ir a surfear a Nazaré, lo organizaré en cuánto tenga un hueco y nos llevaremos el avión del equipo. Me lo han cedido y pienso aprovecharlo —apuntó Oliver y la miró a ella— ¿Te vienes, prima?

—Depende de las fechas, acabo de cambiar de trabajo.

—Nosotros por descontado este año no —intervino William—, pero para después del nacimiento del bebé seguro que nos apuntamos.

—Con vosotros no contaba esta vez, pero Sashi, a ti te mandaré las fechas para que te animes. ¿Te apuntas, Jackson?, ¿has surfado alguna vez en Portugal?

—No, aún no, mi padre lleva años prometiendo que iríamos juntos, pero nunca hemos encontrado el momento.

—Genial, le diremos a Alex que se venga también. Será un viaje familiar, los Campbell cazando olas en el Atlántico. Tú también puedes venirte, Alison —miró a su chica y ella asintió mirándolo con verdadera devoción.

—Gracias, cariño, nunca he estado en Europa, aunque sí he surfado en California, en Santa Cruz.

—Mi padre ha surfado mucho en Santa Cruz —Intervino Jackson con la misma voz de su padre, su abuelo y sus tíos—. Tiene negocios en California y antes iba bastante, dice que es de los mejores sitios en los Estados Unidos para llevar la tabla.

—Lo es, y el ambiente es espectacular —opinó Alison cogiendo la mano de Oliver—. Tengo muchas amistades allí, te encantaría, Oli.

—Ahora mismo tenemos una invitada de Santa Cruz en casa —continuó Jackson con total naturalidad y Sashi le prestó atención—. El fin de semana pasado la llevamos a surfear a Tamarama. Mañana se va con mi padre a Nueva Zelanda y se quedarán en Airport Reeve.

—No es de mis lugares favoritos en Nueva Zelanda, pero está muy bien... —Intervino Sophie mirándola de reojo y ella sintió claramente como le bajaba la tensión y se mareaba un poco.

—Sí, bueno, para los turistas está bien y la amiga de mi padre tampoco es que sea una experta, en realidad, viene para estar con él, lo del surf es secundario.

—Di que sí...

Soltó Alison levantando su copa de vino y Sashi clavó la vista en el plato sintiendo los ojos de Sophie, William y Oliver encima, pero no hizo ningún caso y siguió comiendo con normalidad, asumiendo que Alex estaba en ese momento con una californiana, y que se iba de viaje a Nueva Zelanda con ella.

Le había mentado, o al menos, le había ocultado el particular, pero no tenía nada que reprocharle, porque no tenía ningún compromiso con ella. No era nada suyo, al parecer ni siquiera un buen amigo, así que no pensaba perder ni un segundo más de su tiempo pensando en él.

—No voy a consentir que ese hombre me ponga un solo dedo encima, así que ya lo sabéis, dejadme en paz.

—Eres la persona más intransigente que conozco, abuela, William es el mejor cirujano cardiovascular de este país y ha accedido a operarte porque yo...

—Como si es Alejandro Magno, a mí que no se me acerque.

Jackson la miró furioso, pero, como estaba muy bien educado, reuló, lo miró a él y luego abandonó la habitación del hospital sin decir ni una palabra más, aunque estaba claro que tenía ganas de matar a su insoportable abuela.

Alex apoyó la espalda en su asiento y observó a su madre con calma, sin hablar, hasta que ella se puso a despotricar otra vez buscando apoyo en su novio Oscar, que era el único que soportaba.

—¿Cómo voy a permitir yo que ese hombre, por muy bueno que sea, me abra en canal?. ¿Están locos?, es el hijo de John Campbell, por el amor de Dios, seguro que no hace nada por impedir que me muera en su mesa de operaciones.

—A él le importa un carajo quién eres, madre, a ver si lo asimilas de una puñetera vez.

Respiró hondo, ya harto de tanta estupidez, se puso de pie y se le acercó para buscar sus ojos, que lo observaban entre sorprendidos e indignados.

—William Campbell es médico, jamás te dejaría morir en su mesa de operaciones. ¿Qué te crees? ¿qué estamos en un tugurio de mala muerte? Este es el mejor hospital de Sydney y él es, te guste o no, el mejor en su especialidad.

—¿Quién lo dice?, solo ha llegado dónde está porque su papáito le pagó las mejores universidades y seguro que movió sus contactos para dejarlo bien colocado. Si contigo hubiese hecho una milésima parte de lo que hizo por ese...

—Ya basta, tengo cuarenta y un años, no necesito oír otra vez todo lo que John Campbell no hizo por mí.

—Solo digo la verdad, y deberías tenerla en cuenta antes de defender tanto a su hijo favorito, después de todo lo que...

—Dios bendito. Hasta luego.

—¡Alexander John Campbell ven aquí!

Lo llamó a gritos, pero él no hizo caso y salió de la habitación sin despedirse. Afortunadamente, ya no era un crío al que podía manipular, al que podía amargar la vida y al que podía obligar a escuchar durante horas lo mal padre que era su progenitor, lo mal que lo trataba y lo desgraciados que eran ellos dos, su “otra familia”, la olvidada, la repudiada, la que, curiosamente, ahora podía verlo con claridad, vivía muy bien gracias a una pensión alimenticia generosísima que el viejo ingresaba religiosamente cada mes en su cuenta bancaria.

—William, disculpa —se acercó a su “hermano”, que estaba hablando con Jackson en uno de los pasillos, y lo miró a los ojos—. Siento muchísimo las molestias, de verdad te lo digo, mis más sinceras disculpas, pero mi madre se niega a que la trates tú. Tiene sus razones, absurdas, pero seguro que lo comprendes, y no te quiero hacer perder más el tiempo. Sé que habías accedido a verla por Jackson, pero él no es consciente de los prejuicios que acarrea mi madre con respecto a...

—¿A mi padre? —le preguntó con toda calma y se sacó las gafas ópticas para meterlas en el bolsillo superior de su bata blanca.

—Exactamente.

—Está bien, es igual, no voy a forzar a nadie a ponerse en mis manos —respiró hondo y miró a Jackson—. Llamaremos al doctor Fitzpatrick, está en mi equipo y confío plenamente en él. Ahora debería irme, tengo otras cosas que resolver.

—Muchas gracias, Will, y como dice mi padre, lo siento de veras, yo...

—No te preocupes, tú no tienes culpa de nada. Adiós, Alexander.

—Adiós.

Se despidió observando como palmoreaba el hombro de su hijo y lo vio desaparecer por la planta de cardiología seguido por una mujer de mediana edad y varios pacientes, o familiares de pacientes, que lo detenían para saludarlo o preguntarle alguna cosa. Allí era una especie de dios en la tierra, pensó, y dio un paso atrás para mirar a Jackson.

—Espero que esto sirva para que, antes de tomar alguna decisión con respecto a tu abuela, lo hables primero conmigo.

—Sinceramente, estáis todos pirados —le soltó Jackson moviendo la cabeza—. La abuela por prejuiciosa, rencorosa e inconsciente, porque es increíble que se juegue la salud por algo que pasó hace más de cuarenta años, y tú por lo mismo, porque deberías tenerlo superado, pero es evidente que no, que no soportas a tu hermano y eso te hace claudicar ante tu madre y consentir que se comporte como una cría insufrible y maleducada.

—¿Disculpa?

—Sí, papá, si se tratara de otro médico, la obligarías a hacer lo correcto, pero es igual... yo paso, no pienso meterme en medio de este sicodrama que no entiende nadie salvo vosotros dos.

—Jackson...

—Lo siento, ahora tengo que irme, quiero comer antes de mi próxima clase. Hasta luego.

—¿Qué hacemos con Fitzpatrick?

—Seguro que se pasa durante la mañana, está de turno. Habla tú con él y a mí me dejáis al margen. Adiós.

Desapareció sin mirarlo, enfadadísimo, cosa bastante extraña en Jackson, que era un chaval con buen carácter y muy conciliador, y respiró hondo pensando en que había llegado la hora de tener una larga y sincera charla con él respecto a su abuelo y a su abuela. Un tema del que no solía hablar con nadie, menos con su hijo, al que nunca había querido contaminar con sus temas personales menos afortunados.

Giró hacia la habitación de su madre, con la intención de olvidar el pequeño conflicto a cuenta de William Campbell, y a lo lejos, en la zona de los ascensores, divisó precisamente a su mujer, a Sophie, que salía de uno de ellos acompañada por Sashi. Las dos iban charlando muy animadas y no se habían percatado de su presencia, lo que lo libraba de saludarlas, sin embargo, un resorte invisible lo lanzó hacia allí y se les acercó mirando a Sashi de arriba abajo porque, como siempre, estaba guapísima.

—Hola, buenos días —las sorprendió por la espalda y la dos se giraron hacia él para mirarlo con cara de pregunta—. ¿Qué tal estáis?

—¡Alex! —soltó Sophie y extendió la mano para acariciarle el brazo—. Qué sorpresa, ¿qué haces aquí?, ¿va todo bien?

—Relativamente, mi madre está ingresada para hacerse varias pruebas y...

—Claro, claro, sufre de fibrilación auricular, ¿no?, me lo comentó William ¿Qué tal ha ido?

¿Ya la ha visto?

—Finalmente la atenderá un colega suyo, un tal Fitzpatrick. ¿Qué tal, Sashi? Tanto tiempo —la miró a ella a los ojos y ella le sonrió.

—Es verdad, tío, hace más de un mes. ¿Qué tal vas?

—Bueno, salvo por lo de mi madre, bastante bien.

—Me alegro. Nosotras deberíamos irnos, William nos está esperando —agarró a Sophie de un brazo y ella se detuvo en seco.

—No te preocupes, seguro que está operando, voy a dejarle esto en su despacho y vuelvo en seguida. Espérame aquí.

—Vale —Respondió y se cruzó de brazos antes de mirarlo a él con una media sonrisa—. ¿Van a operar a tu madre?

—Sí, la van a someter a una Cirugía de Cox para corregir sus arritmias, al parecer es la operación más común para este problema.

—Pues sí, lo es y seguro que sale todo muy bien.

—Eso nos dice todo el mundo —Asintió, mirándola con atención, especialmente su preciosa boca pintada de rojo, y ella carraspeó.

—¿Qué? —Le preguntó buscando sus ojos y él se encogió de hombros.

—Nada, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Puedes volver con tu madre si quieres.

—No hace falta, está con su novio.

—Vale.

—¿Te has instalado del todo? ¿Ya te has comprado un coche?

—Sí.

—¿Qué coche?

—Un Mazda eléctrico.

—¿Un Mazda? —Preguntó incrédulo, porque no era el coche del que habían estado hablado largo y tendido antes de su mudanza, y ella asintió mirando para otro lado.

—¿No vas a hablar conmigo?

—¿De qué?

—*Moonligh...* —Quiso tocarla, pero ella dio un paso atrás—. ¿No seguirás enfadada conmigo? Lo que pasó en casa de Oliver ya es agua pasada, ya ni me acuerdo de...

—Qué gracioso eres.

—¿Perdona?

—Me llamas desde desleal a mala amiga tras la dichosa cena de Oliver, pero, como ya se te ha pasado el cabreo y ni te acuerdas de aquello, yo debería comportarme como si nada hubiese pasado. Muy bonito.

—No te pega nada ser rencorosa.

—No soy rencorosa, soy coherente.

—Ok, muy bien, empecemos de cero. Yo...

—Déjalo, Alex, ¿quieres?, déjalo, si lo mejor que nos puede pasar es seguir viviendo como un par de primos lejanos. No hay mal que por bien no venga —Suspiró mirando la hora—. Está claro que Will sí estaba en su consulta porque Sophie tarda demasiado, voy a ir a saludarlo.

—Un segundo... yo...

—Hola, preciosidad, acabas de arreglarme el día... —susurró alguien a su espalda y él se calló y se giró para ver a un tipo alto, con bata blanca de médico, acercarse a ella para cogerla

por la cintura y darle un beso en la boca—. No sabía que tenías previsto venir a verme.

—Ha sido un impulso, Sophie tenía que traer unos documentos a Will y... —De repente se calló y lo miró a él con una sonrisa—. Te presento a mi primo, Alexander Campbell. Alex, este es el doctor Tom Robinson, acaba de llegar de Londres para incorporarse al equipo de William.

—Encantado —le dijo el tal Robinson con su acento inglés, ofreciéndole la mano con una gran sonrisa, y él devolvió el saludo mirando de reojo a William, que había aparecido ahí de la nada y acompañado por su mujer— ¿Nos vamos a comer?

—¿Te apuntas, Alex? —Preguntó Sophie y él se encogió de hombros.

—No, gracias —Acabó respondiendo tras unos segundos de desconcierto total—. Estoy con mi madre y...

—Fitzpatrick pasará a verla ahora —le informó William mientras el doctor Robinson estiraba la mano y cogía la de Sashi para caminar juntos hacia el ascensor.

—Ok, gracias.

—Hasta luego, espero que tu madre se ponga bien en seguida —se despidió Sophie dándole dos besos.

—Muchas gracias.

Le sonrió y ella se abrazó a su marido para entrar juntos en el ascensor y desaparecer delante de sus ojos sin que Sashi le dirigiera ni una palabra más.

8

—No funciona.

—¿Cómo que no funciona?

Kim, su mejor amiga, tiró la toalla al suelo y empezó a embadurnarse de crema sin perderla de vista. Sashi se secó y buscó el aceite de almendras para ponérselo también a toda prisa por las piernas, antes de salir corriendo a una comida de trabajo que tenía en un restaurante del centro.

Acababan de ducharse tras una sesión de gimnasio, incluida una hora de yoga, muy gratificantes, y se estaba retrasando un poco, pero no había podido evitar abrir la boca cuando Kim, al verla tan callada, le había preguntado qué tal le iba con Tom Robinson, un antiguo ligue de su época universitaria, un amigo de William con el que se había reencontrado en Sydney hacía poco más de un mes.

—Es muy majo —susurró al fin—, pero en la cama... pfff.

—Acaba de divorciarse, igual anda un poco fuera de forma.

—Se divorció porque lo pillaron tirándose a varias colegas del hospital, así que en baja forma no estará.

—Siempre has impresionado un poco a los hombres, Sashi, dale un voto de confianza.

—No creo que eso sea cierto, y respecto al voto de confianza ya le he dado cuatro y ni una vez... ya sabes... un desastre.

—¿Lo has hablado con él?

—Eso es lo peor, que él está encantado y dudo mucho que se plantee, ni de lejos, que a mí no me hace ni cosquillas.

—Ay, madre... —se echó a reír a carcajadas y cogió su bolso—. Vamos, te acerco a Circular Quay.

—No te preocupes, me he traído el coche nuevo, tengo que acostumbrarme a conducir por el centro.

—Vale, pero ¿qué piensas hacer con Tom?

—Ya le he dado largas esta semana y creo que se está dando por enterado de que no me apetece nada verlo. Aunque William no se cansa nunca de hacer campaña a su favor, a mí no me mola ni un poco y prefiero cortarlo cuanto antes.

—Sí, es lo mejor. Lo raro es que ahora no te guste nada cuando hace años te volvía loca.

—Creo que después de estar con Alex Campbell pocos tíos conseguirán a volverme loca, Kim.

—¿En serio? —Llegando al *parking* su amiga se detuvo y la sujetó por el brazo—. ¿Te has enamorado?

—Me refiero en la cama.

—Vale... —Frunció el ceño con suspicacia y Sashi se echó a reír—. ¿Qué tendrá ese Campbell que te vuelve tan loca?

—Para empezar está como un tren, para terminar, tiene experiencia, es apasionado y salvaje. Es un tío muy masculino, un poco bruto y super intenso en el sexo, y eso no es muy fácil de encontrar. Encima está la química, que no se compra. Solo con rozarme me pone a mil, besa como los dioses y... ¿qué? —Se calló al ver cómo la estaba observando y Kim movió la cabeza.

—¿Qué estás esperando para ir a por él?

—Ya es agua pasada, tenemos demasiados conflictos internos y externos que nos separan y no vale la pena intentarlo. Me encanta follar con ese tío, y me cae a las mil maravillas, pero lo

nuestro está abocado al fracaso por el tema de mi tío y de William...

—¿Qué tendrá que ver William?, él hace su vida, es feliz con su mujer perfecta y el bebé perfecto que van a tener, no puedes estar pendiente de él o de los conflictos que tenga con su hermano.

—Es que es muy complicado, Kim, en serio, no te puedes hacer una idea. Bueno —miró la hora—. Voy fatal, llegaré a la hora del postre, hablamos más tarde.

Se despidió de su amiga y se subió a su coche nuevo pensando en Alex, en él, en su cuerpazo y en su aroma, porque olía tan bien como sabía.

De repente, acordarse de sus besos y de su tacto, de esas manos que la agarraban con tanta necesidad, le provocó un escalofrío por toda la espalda, y un calor descomunal empezó a subirle por las piernas, y supo de inmediato que había mojado las braguitas.

Madre mía, Alexander, susurró, girando el volante hacia Circular Quay, ¿alguna vez dejarás de excitarme tanto?

Aceleró hacia su destino y su dejó volar su mente hasta la primera vez que la había tocado, y besado, y llevado a la cama, porque todo había pasado a la vez, sin cenas de por medio, ni citas, ni situaciones intermedias. No, él la había invitado a tomar café para conocerse mejor, a los diez minutos le había rozado la mano, a la media hora la había abrazado por los hombros y le había plantado un beso de los suyos, y una hora después estaban en un hotel sacándose la ropa a toda prisa para hacer el amor como salvajes, de pie, contra la pared, antes de tirarse en la cama donde la locura se había convertido en sublime.

Nunca le había importado pasar a la cuarta base en la primera cita, menos una vez cumplido los treinta años. Nunca había tenido remilgos, si el tío le gustaba mucho, en irse a la cama con él de inmediato, pero con Alex Campbell jamás se lo había planteado, y aquello le había roto todos los esquemas porque, al fin y al cabo, eran familia, al menos sobre el papel, y eso la había desorientado un poco, aunque él, que era un granuja sin prejuicios, le había quitado los resquemores a la par que las bragas, y la había hecho sentir la mujer más deseada del planeta.

La pura verdad es que no habían tardado nada en meterse debajo de las sábanas, pero también nada en conectar y hacerse amigos.

Después de ese caliente primer encuentro se habían separado con una sonrisa un poco incómoda, un poco precavidos por lo que pasaría a partir de ese momento, pero en seguida habían disipado las dudas empezando a verse con naturalidad.

Desde el primer segundo habían compartido una química brutal, preciosa, y lo mismo habían disfrutado haciendo el amor durante horas, que viendo una película o charlando hasta altas horas de la madrugada. Él, durante meses, se había convertido en su amante, el mejor que había tenido nunca, en su compañero, en su consejero y en su colega, y por eso, tal vez, lo seguía echando tanto de menos.

—Hola, lo siento, siento mucho la tardanza.

Entró corriendo en el restaurante y se sentó en la mesa donde la esperaban Susan Forrester y Bill Owen, de la Universidad de Sydney, para hablar de su posible trabajo como profesora de apoyo en la facultad de veterinaria.

Les sonrió con cara de disculpa y ellos movieron la cabeza llamando al camarero.

—No se preocupe, doctora Campbell, solo han sido cinco minutos.

—Es que he venido en coche y todavía no me acostumbro a conducir por la ciudad. Diez años en el Territorio Norte me han desentrenado un poco.

—No se preocupe. ¿Qué le apetece comer?

—Bueno, yo...

Cogió la carta para leerla y por encima de las páginas localizó una figura muy familiar, levantó los ojos y se cruzó con los azules de Alex, que la estaba observando desde una mesa cercana. Parpadeó, sintiendo como se le contraía el estómago, y él le sonrió levantando su copa de vino.

—Hablando del rey de Roma... —masculló, volviendo a la carta, y sus acompañantes la observaron muy atentos.

—¿Disculpe?

—Nada, es que he visto a alguien del que estaba hablando hace diez minutos... ¿qué les apetece comer?, y ¿qué tal si empezamos por tutearnos?

—Por supuesto, es mucho mejor. Comeremos carne, el asado de aquí es muy bueno.

—Estupendo, yo me pido lo mismo —fijó los ojos en aquel tipo tan simpático y decidió ignorar a su “primo”, que parecía estar muy ocupado en una comida de negocios con cuatro tíos trajeados y bulliciosos.

—¿Qué disponibilidad tienes para el próximo trimestre?

—Como os comenté por teléfono, estoy colaborando con el Parque nacional Cumbres Barrington, pero no con un horario fijo. La verdad es que me dan mucha libertad de movimiento y mi intención sería dar prioridad a la universidad, sin dejar el parque, claro.

—No queremos interferir en tus compromisos profesionales.

—Eso no será problema, me vine a Sydney dejando claro que necesitaba cierta autonomía, y mi jefe en Barrington es un viejo amigo que, además, está encantado con la idea de que me pase al mundo académico, al menos de manera parcial.

—Necesitamos una especialista en fauna salvaje, una profesional con experiencia práctica en marsupiales, especialmente con Quolls, y tú eres una autoridad. Estaríamos encantados de tenerte en nuestro departamento.

—Muchas gracias, yo...

—Hola, *Moonlight*... —Alex se acercó a su mesa, la miró a los ojos y luego se dirigió a sus acompañantes—. Siento la interrupción, soy Alex Campbell, el primo de Sashi, solo quería saludarlos y asegurarme de que estén bien atendidos.

—Todo estupendo, gracias.

—¿Este sitio es tuyo? —preguntó ella mirando a su alrededor y él asintió.

—Sí, cielo, me extraña que no lo sepas.

—Bueno, yo...

—Es igual, estáis invitados. Buen provecho.

—Muchas gracias —Agradecieron sus acompañantes y ella lo siguió con los ojos observando lo bien que le quedaban los pantalones de vestir—. Qué amable es tu primo, Sashi.

—Sí, muy majo. Entonces, continuando con lo de los horarios y la posibilidad de sumarme a vuestro departamento, ¿sólo impartiría clases prácticas o también teóricas?

—También teóricas.

—Y la dirección de alguna tesis doctoral. En realidad, todos colaboramos en lo que podemos.

—Genial, me parece bien...

De repente a los dos les sonó el teléfono móvil y le pidieron disculpas antes de responder, ella asintió con una sonrisa y les hizo un gesto para anunciar que se iba al cuarto de baño. Dejó la servilleta encima de la mesa y se puso de pie buscando el servicio de señoras, lo vio al final de la elegante barra y caminó hacia allí localizando por el rabillo del ojo a Alex, que estaba hablando

con el maître en un lateral pegado a la ventana.

—¡Joder! Qué susto —exclamó cinco minutos después, al salir del cuarto de baño y encontrárselo a bocajarro en el pasillo.

—¿Reunión de trabajo? —le preguntó.

—Sí, son de la Universidad de Sydney, ¿y tú?

—¿Yo?, yo también estoy trabajando. ¿Cómo está tu novio inglés?

—¿A qué viene eso ahora?

—Curiosidad, no sabía que estabas saliendo con un colega de tu primo.

—¿Y tu novia americana?

—¿Qué novia americana?

—La de Santa Cruz, California. Jackson nos habló de ella.

—Ah, no sabía que era mi novia —soltó una risa y se le acercó—. ¿De verdad crees algo de lo que me dijiste el otro día en el hospital?

—¿A qué te refieres? —se apartó y se cruzó de brazos.

—A que lo mejor que nos puede pasar es seguir viviendo como un par de primos lejanos.

—Pues sí, hay temas sensibles que nos separan, que nunca vas a superar, y que yo no estoy preparada para manejar.

—Madre mía —Se pasó la mano por la cara y bufó—. Creía, sinceramente, que valía la pena intentarlo.

—¿Intentar el qué?

—Pasar tiempo juntos, estamos muy bien juntos.

—Estamos bien hasta que mi tío John o William se cuelan en nuestro mundo y entonces estalla la tercera guerra mundial, y no pienso jugar a eso. Ellos son sagrados, muy importantes, imprescindibles, en mi vida y...

—Y yo no.

—A ti te conozco desde hace un año, Alex, no sigas por ahí, sabes perfectamente a qué me refiero.

—Vale, gracias por dejarlo claro.

—Perfecto, tengo que volver a la mesa, me están esperando.

—Muy bien.

—Y una cosa más —pasó por su lado y le tocó el brazo antes de seguir andando.

—¿Qué?

—No vuelvas a llamarme cielo en público, no tengo cinco años.

9

—Ha elegido a William, eso es todo. Es la historia de mi vida.

Sonrió con amargura, sabiendo que estaba más borracho de lo recomendable, y miró a Oliver antes de tirar la lata de cerveza al cubo de basura que tenían a un par de metros. El bote rozó el cubo, rebotó y cayó al suelo para su desesperación.

—¡Eh!, quieto ahí, Alex —exclamó su hermano evitando que se pusiera de pie y lo sujetó por el brazo.

—Estoy muy borracho.

—Ya lo veo, por eso es mejor que no te muevas.

—Estamos en la playa, si me caigo, me caigo en la arena.

—Ok, escucha —buscó sus ojos y respiró hondo—. No deberías torturarte pensando que Sashi ha elegido a William o...

—Lo ha hecho, y no es que estuviéramos saliendo formalmente o le haya pedido matrimonio, simplemente nos acostábamos y éramos amigos... nunca le he exigido nada, pero ella va y dice que William y el viejo son imprescindibles en su vida y que prefiere tenerme como un pariente lejano. ¿Qué significa eso?, ¿eh?, pues que los prefiere a ellos que a mí y eso duele, Oliver, jode mucho porque ella sabe lo que me hizo el viejo, su adorado tito John, que siempre puso a su familia oficial por delante de mí... y va y repite el patrón poniendo a William por encima de nosotros, ¿por qué?, no lo sé, pero lo ha hecho, ¿sabes?

—Ellos siempre han sido un motivo de conflicto entre vosotros, ¿no?, igual prefiere alejarse de ti a seguir peleándose contigo por algo que tú no superas y que ella no conseguirá que superes.

—Ella se ciega y no ve mi realidad, solo ve la suya, la perfecta y brillante realidad que vivió con su tío John, y no me cree, no me entiende, y se cabrea porque digo algo al respecto, o me quejo o suelto un comentario que le ofende... como si yo no tuviese derecho a quejarme y a poner a bajar de un burro a John Campbell...

—Sí, pero...

—El caso es que me ha dado pasaporte y me ha jodido bien, Oliver. Una putada. ¿Qué hora es?, debería irme.

—Voy a hacerte un café y ya veremos.

—Puedo pedir un coche.

—No te preocupes, si no espabilas yo mismo te llevo a casa.

—No quiero que Jackson me vea así... espera... eso tampoco importa porque no está en casa. Mi hijo también me ha dado pasaporte ¿sabes?

—Solo se ha ido a vivir al campus, Alex...

—Y pronto se pondrá también de parte de William Campbell. Lo idolatra y yo no digo nada, me callo y me aguanto, aunque no me haga gracia, porque yo no soy como don perfecto, que acapara a toda la gente de su alrededor.

—Madre mía, que cogorza llevas encima, tío.

Oliver, que solo era un poco más alto que él, pero que estaba más fuerte, y más sobrio, lo agarró de un brazo sin ninguna dificultad, lo puso de pie y se lo llevó de vuelta a su casa, donde llevaban un montón de horas bebiendo en la playa, quizás todo el día. No podía establecerlo con claridad, pero estaba seguro de que había llegado de día a Mona Vale y de repente ya era de

noche, así que igual llevaba desde la hora de comer bebiendo.

—Astrid, haga una jarra grande de café turco, por favor.

Pidió Oliver a su asistente y lo acomodó en un sofá enorme frente a un televisor de 292 pulgadas, el más grande del mercado, recordó de repente, y parpadeó intentando fijar la vista en los trofeos y las fotografías que llenaban las paredes de esa sala dedicada casi en exclusiva al gran Oliver Watson Campbell, el atleta absoluto, el mejor jugador de rugby de Australia desde David Campese.

—¿El viejo te iba a ver jugar? —le preguntó mirando sus ojos azules y Oliver se encogió de hombros.

—Sabes que sí, te lo he contado muchas veces.

—Claro, tu madre le caía mejor que la mía.

—Me temo que ese es el resumen perfecto. ¿Quieres comer algo?

—¿Dónde están tus perros?

—En el jardín. Gracias, Astrid... —se volvió hacia la asistente, que apareció con una cafetera enorme en una bandeja, y le sirvió una taza de café negro y espeso—. Vamos, Alex, tómate esto y si te resiste el estómago cenaremos algo, ¿de acuerdo?

—¿Por qué estás tan sobrio, tío?. Yo suelo tumbar a todos mis amigos.

—Porque no he bebido, mañana tengo partido.

—Ok, pues no te preocupes, me largo en seguida —Probó el café y trató de ponerse de pie, pero no pudo—. Menudo menjunje, ¿qué coño es esto?

—Café arábigo molido en casa, una bomba capaz de despertar a un caballo. Venga, no seas nenaza y bébetelo ya.

—Ok, gracias.

Decidió obedecer y tomarse a sorbos el dichoso café arábigo, porque obviamente estaba muy pedo y con la lengua demasiado suelta, y se apoyó en el sofá respirando hondo. Estiró una mano y se topó con un recorte de prensa, pero no de prensa deportiva, sino de una revista del corazón.

—¿Quién es Isabella Howard? —Preguntó mirando de reojo a su hermano y él, que estaba revisando su teléfono móvil, movió la cabeza.

—Mi novia.

—¿Tu Bella?, ¿tu ex del instituto?.

—Sí.

—Es muy guapa —Fijó la vista en esa chica tan “australiana” y luego leyó el pie de foto que rezaba: Lady Isabella Howard del brazo de su prometido, el señor Peter Armstrong—. ¿Es lady?

—Su padre es un noble inglés.

—Y ¿se va a casar con este tío?

—Eso no va a pasar.

—¿Ah no?, pero aquí dice...

—Eso no va a pasar, Alex, aunque ella se empeñe en salir con otros tíos y comprometerse con ellos, no va a pasar, porque si de verdad quisiera que pasara no me mantendría informado de sus puñeteros pasos.

—Vale...

—Me está provocando, conseguiré que vaya a Nueva Zelanda y le parta la boca al puto pringado ese.

—Si decides ir, yo te acompaño.

—Lo que de verdad le pasa es que le pone que me pegue con sus pretendientes... y gracias por

el ofrecimiento, la última vez fui solo y se montó una trifulca de cojones.

—¿Ya se ha comprometido otras veces?

—Comprometido no, pero ha estado saliendo con otros capullos en serio y le encanta que me entere para putearme un poco.

—Vaya...

—Es una larga historia, hermano, algún día te la contaré con calma, ahora solo te digo una cosa: esto no va a pasar —le quitó el recorte de prensa, lo rompió y tiró los trozos encima de la mesa de centro.

—Tú sabrás lo que haces, pero que sepas que yo te apoyo y si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, tío, es bueno saberlo. ¿Qué tal el café?, ¿sube rápido?

—Pues sí, ya me siento mejor. ¿Puedo ir al cuarto de baño?

—Claro, ya sabes dónde está el de esta planta.

Se levantó despacio, muy mareado, y caminó con calma hacia el cuarto de baño de invitados, entró y se dobló sobre la taza para vomitar el café y varios litros de cerveza. Estaba fatal, hacía muchísimo que no se emborrachaba y estaba muy fuera de forma, pensó, enjuagándose la boca y lavándose la cara antes de sentarse un rato para recomponerse.

Se tapó la cara con las dos manos y pensó nuevamente en Sashi, la culpable de su desasosiego de la última semana, porque seguía sin comprender que mandara su estupenda no-relación al carajo por William, y por su adorado tío John, al que conocía solo en parte, y al que tampoco le apetecía conocer mejor, mucho menos a través de sus ojos de hijo abandonado.

Era consciente de que se había portado como un idiota tras su desencuentro en esa misma casa, cuando ella se había quedado con William y lo había abandonado a su suerte. En ese preciso instante había mostrado sus cartas y sus prioridades, y él se había cabreado muchísimo, había dicho barbaridades por teléfono e incluso no había querido verla durante casi un mes. De acuerdo que no había estado a la altura, pero eso ya era agua pasada.

Tras ese pequeño distanciamiento, durante el cual se había ido a Nueva Zelanda con su amiga Kimberly, comprobando de paso que ya no se lo pasaba ni medianamente bien con otras mujeres, había intentado un acercamiento en el hospital, cuando la había visto con el capullo inglés ese colega de William, y ella lo había rechazado de plano, y se lo había confirmado unos días después en su restaurante del centro.

Aquello había sido muy jodido, complicado de digerir, y estaba furioso, ofendido y dolido, pero principalmente se sentía solo y traicionado, y no sabía cómo arreglarlo, o cómo olvidarlo, cómo pasar página y dejar a Sashi atrás, en el baúl de los recuerdos, convertida en una “pariente” lejana, que era precisamente lo que ella quería que hiciera.

Se levantó, se lavó la cara otra vez, sintiendo la cabeza más despejada, y decidió salir del cuarto de baño para disculparse con Oliver por la tarde que le había dado.

Caminó con seguridad hacia su salón de trofeos y antes de entrar ya escuchó la voz de William Campbell, se detuvo en seco y a un tris estuvo de darse la vuelta y huir por la puerta principal, pero no le pareció muy respetuoso de cara a Oliver, que lo había aguantado con paciencia todo el día, así que carraspeó y entró allí para saludarlos a los dos, que estaban solos y de pie delante del televisor.

—¡Eh, tío!, ¿ya estás mejor? —preguntó Oliver al verlo en la puerta y él asintió.

—Sí, pero no voy a coger la moto, voy a pedir un Uber y...

—¿Qué te ha pasado? —preguntó William muy amable y él forzó una media sonrisa.

—Una mala borrachera, supongo que ya no estoy acostumbrado a beber en la playa y bajo el sol.

—Genial, siéntate, ahora nos traen algo de picar —apuntó Oliver—. Vamos a ver un partido de la NFL, los Patriots contra Denver.

—Gracias, pero yo me marchó, estoy mejor, pero necesito dormir un poco.

—No te vayas por mí, solo me quedaré a los dos primeros cuartos, Sophie está en casa de su madre y tengo que ir a recogerla —Comentó William cogiendo una lata de cerveza y él le sostuvo la mirada.

—Venga, Alex, siéntate un rato y come algo, te vendrá bien.

—Gracias, Oliver, pero no puedo, estoy molido. Otro día.

—No he venido para chafarte la velada, Alexander —Habló otra vez don perfecto con cara de inocente y él lo miró entornando los ojos—. Ni siquiera sabía que estabas con Oliver, como tampoco lo sabía la última vez que nos encontramos aquí. Puedes quedarte, no me importa, me iré dentro de una hora como mucho.

—Muy amable, qué generoso —masculló moviendo la cabeza y lo ignoró dirigiéndose a Oliver—. Colega, mil gracias por la comida y la tarde de cervezas, pero mejor me marchó. Hasta otra.

—No hace falta ser grosero, yo tampoco te quiero en mi universo, pero podemos ser tolerantes y compartir con Oliver un partido de la NFL.

—¿Perdona? —frunció el ceño empezando a cabrearse y William se apoyó en la pared bebiendo su cerveza como si tal cosa.

—Ya me has oído, tío, no voy a simular que me caes genial y que me encanta estar contigo, pero al menos soy educado, y respetuoso con nuestro hermano, y no salgo corriendo de su casa cada vez que te veo aquí.

—No todo gira entorno a ti, doctor.

—Ok, haya paz —Oliver se puso en medio con los brazos en alto y sonrió—. Vamos, no tenemos diez años.

—¿Ah no? —soltó William riéndose.

—No te haces una idea de lo que me recuerdas a tu padre —bufó con desprecio girándose hacia la salida y William lo siguió con muy malas pulgas.

—¿Qué?!, ¿qué tienes que decir contra mi padre, capullo?. Dímelo a la cara de una puta vez.

—No te conviene que dé una paliza, William, no te midas conmigo, mejor mantente alejado de mí, ¿de acuerdo? Yo no me meto en tu vida, tú respétame y deja de meterte en la mía, ya me tienes hartó.

—¿Yo meterme en tu vida?, me importa un carajo tu vida.

—No es lo que parece.

—¿A qué coño te refieres? —le cortó el paso y él le sostuvo la mirada esperando una sílaba más para partirle la cara en dos, pero Oliver volvió a interponerse y los empujó por el pecho.

—Suficiente. En realidad, creo que lo más saludable sería que dejara que os dierais una buena tunda, pero no será en mi casa, así que tranquilos, ¿ok?, o llamaré a alguien de seguridad.

—No me pagaré con este impresentable, pero que no diga que me inmiscuyo en su vida porque...

—¿Ah no?, ¿qué pasa con Sashi? —lo interrumpió— ¿No la has presionado para que deje de verme?

—¿Qué?

—Vamos, Alex, creo que aún estás muy borracho —Oliver lo agarró por la camisa e intentó

sacarlo al pasillo, pero él lo esquivó y señaló al doctor Campbell con el dedo.

—Sé que fuiste tú, tío, tú la has obligado a elegir y ella te ha elegido a ti. No podías conformarte con tu jodido padre, también a ella la tenías que apartar de mí. Enhorabuena.

—¿Qué coño...?

Susurró William completamente desconcertado, y él supo de inmediato que la había cagado. Oliver tenía razón y seguía medio grogui, así que salió de allí maldiciéndose por haber dicho eso en voz alta, por ser tan estúpido, y cuando llegaron al jardín y su hermano lo puso en manos de uno de sus escoltas, lo siguió sin rechistar, aunque antes se volvió para pedirle disculpas.

—Lo siento, Oliver, en serio, yo...

—Tranquilo, tío, no pasa nada. Vete a casa, duerme, despéjate y después piensa en todo lo que has dicho.

10

—No me lo puedo creer...

Se pasó la mano por la cara sintiéndose fatal, respiró hondo y continuó en silencio hasta que Oliver volvió a hablar.

—¿Qué piensas hacer, Sashi?

—¿Qué puedo hacer?, ese es un conflicto entre Alex y Will, lo tienen que arreglar entre ellos, o procurar no coincidir nunca más, yo no tengo nada que ver...

—Tienes todo que ver, prima, creo que estás siendo la espoleta definitiva para enfrentarlos abiertamente.

—Yo...

—¿Es verdad que le has dado de lado para no enfadar a William?

—¡No!, bueno... —respiró hondo, reconociendo que ese había sido uno de los motivos principales por los que se había alejado de Alex, y se sintió aún peor—. En parte sí, pero el problema no es mío. Alexander vive en constante guerra emocional contra mi tío y contra William, lo que, por supuesto, nos afecta a nosotros. De hecho, nos distanciamos después de esa cena en tu casa, cuando llegaron Will y Sophie, Alex se incomodó, se largó y yo me quise ir con él. Ese cabreo suyo provocó que dejara de hablarme casi un mes y luego, cuando intentó retomar nuestra relación como si nada, yo ya había decidido que lo mejor era seguir cada uno con su vida, como parientes, pero nada más.

—El problema es que ya no sois solo parientes.

—Vale, pero, es muy difícil mantener una relación saludable con alguien que odia profundamente a las personas que yo más quiero, porque al final, siempre, acabamos enfrentados por ese tema, y ante esa realidad no puedo hacer nada, Alex no quiere hacer nada, y lo más razonable parece ser alejarse un poco... pero no puede pensar que todo se reduce a que elijo a William por encima de él, eso es simplificar mucho las cosas.

—Mira, Sashi, Alex es un tío cojonudo, es un padre cojonudo y un colega de primera, pero está muy fracturado por dentro, lo disimula muy bien porque es un luchador y un superviviente, pero seguro que sabes que está muy herido, muy jodido por lo de John Campbell, su abandono y todo ese drama que, dice mi madre, lo ha provocado su propia madre. Tú lo sabes, yo lo sé, y no podemos esperar que su subconsciente reaccione sin esos prejuicios o ese dolor que tiene tan incorporados en su cabeza. Es así de simple: él está loquito por ti, te necesita, y tú al final le das la espalda para poner a William por encima, es un razonamiento un poco infantil, pero él lo ve así, y mi terapeuta opina que es lo más normal del mundo.

—¿Tu terapeuta?

—Me dejó un poco tocado escucharlo y ver su enfrentamiento con William, no podía ignorarlo y por eso lo he hablado con mi terapeuta esta mañana y ahora te he llamado a ti. No me apetece meterme donde no me llaman, pero quiero a Alex, te quiero a ti, a William y a esta familia extraña que hemos formado, no puedo dejarlo correr.

—Lo entiendo perfectamente.

—Le dijo que no podía conformarse con su padre, que también a ti te había alejado de él. Fue muy duro, Sashi.

—Madre mía. ¿Cómo se lo tomó William? Porque a mí, por supuesto, no me ha dicho nada.

—Sigue pasmado, no se lo podía creer. En fin, siento mucho si me estoy inmiscuyendo en vuestras cosas, pero...

—No, está bien, no te preocupes, al contrario, si yo te agradezco muchísimo que me lo cuentes y te preocupes por nosotros. Eres un sol.

—Ok, espero que sirva para algo. Bueno, tengo que dejarte, tengo entrenamiento en media hora.

—Vale, muchas gracias. Un beso.

Colgó el teléfono, apoyó los codos en el escritorio y se tapó la cara con ganas de echarse a llorar. Quería pensar que no era responsable de los sufrimientos de Alex, porque en origen no lo era, pero la cruda realidad es que sí le había hecho daño, sin querer, pero se lo estaba haciendo, según lo que le acababa de contar Oliver, y no podía soportarlo.

Abrió el ordenador, vio que tenía dos vacunaciones y una esterilización de rutina pendientes, se levantó de la mesa y salió de la consulta para llamar a su ayudante y acabar cuanto antes con todo lo previsto.

Estaba en la clínica gratuita esa mañana, no muy lejos de las oficinas de la empresa de Alexander, así que decidió probar suerte e ir a verlo en cuanto se liberara del trabajo. No le importaba la hora, lo único que le importaba en ese momento era ir a verlo y hablar con él, porque sabía que no volvería a conciliar el sueño si no intentaba subsanar el daño provocado, que a su vez había propiciado ese encontronazo inadmisibles con William en casa de Oliver.

La verdad es que jamás habría imaginado que él pensara así, que relacionara el abandono de su padre con su alejamiento. Jamás podría haberse figurado que Alexander Campbell, el tío más seguro, guapo, divertido y guasón que conocía, albergara ese tipo de dudas o inseguridades, aquello la descolocaba bastante y era muy doloroso saberlo, pero una vez conocido el problema solo podía hacer lo correcto, y lo correcto pasaba por hablar con él de inmediato y mirándolo a los ojos.

—Hola, buenas tardes, vengo a ver al señor Campbell —Soltó, acercándose a la mesa de la recepción de *Campbell Investments* y la chica a cargo la miró forzando una sonrisa.

—¿Tiene cita?

—Soy su prima, Sashi Campbell, no tengo cita, pero...

—Está ocupado y se marcha a comer dentro de diez minutos, si no tiene cita, no puedo hacerla pasar, lo siento.

—¿Puede decirle que su prima está aquí?

—Tengo órdenes estrictas de...

—Disculpe... —Se apartó de la mesa al oír una voz muy familiar y caminó hacia ella con una sonrisa— ¿Marion?, ¿qué tal?, soy Sashi Campbell, hemos hablado alguna vez por teléfono...

—Claro, doctora Campbell, ¿cómo está?

—Sashi, por favor. Estoy bien, gracias, he venido a ver a Alex sin avisar, quería darle una sorpresa, pero no me dejan pasar porque obviamente no tengo cita y...

—Claro, pasa, pero está ocupado.

—No importa, esperaré.

Siguió a esa mujer tan amable por un pasillo camino de la zona de la gerencia, sin saber muy bien qué le iba a explicar cuando lo viera, pero no se achantó y siguió andando sin perder de vista esa oficina tan bonita y con tanta actividad. Había muchos empleados y estaba decorada con mucho gusto, y lamentó no haberla visitado antes, aunque él la había invitado muchas veces a hacerlo.

—Ahí está, seguro que se van a comer.

Susurró Marion dejándola delante de su despacho y ella se detuvo en seco al ver que efectivamente ahí estaba Alexander Campbell, saliendo de su oficina acompañado por una mujer morena, muy guapa y muy sonriente, que al parecer le iba contando algo muy interesante.

Los dos eran muy atractivos e iban muy elegantes, él con traje, pero sin corbata, guapísimo, y sin querer se miró su propia ropa comprobando que llevaba las botas llenas de polvo y los vaqueros con una mancha enorme a la altura del muslo. Por un instante quiso desaparecer, pero antes de poder hacer nada, oyó la voz grave de Alex pronunciando su nombre.

—¿Sashi?, ¿qué haces aquí?

—¡Hola! —saludó con demasiado entusiasmo y les sonrió a los dos—. Estaba trabajando aquí al lado y se me ocurrió pasar a verte, lamento no haber llamado antes, pero...

—No pasa nada. ¿Qué tal? —le clavó los ojos azules y ella miró a su amiga un poco nerviosa—. Disculpa, te presento a Beth, la madre de Jackson. Beth, esta es Sashi Campbell, mi prima.

—Hola, Sashi, encantada —la saludó Beth muy amable—. Me han hablado mucho de ti.

—Espero que bien.

—Muy bien, tanto Jackson como Alex hablan maravillas de ti.

—Me alegro.

—Nos íbamos a comer, ¿te vienes? —Le preguntó Alex y ella negó con la cabeza.

—No, no, seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar, yo solo pasaba a saludar. Otro día, gracias.

—Ya nos hemos puesto al día, de hecho... —Beth miró su reloj y luego los observó a los dos con cara de disculpa—. Gwyneth, mi hija, me está esperando para que la lleve de compras y, si no te importa, Alex, me voy ahora a buscarla al colegio y te dejo a ti con Sashi. ¿Os parece bien?, así no se me hace tan tarde.

—Claro, por mí perfecto.

—Estupendo. Encantada, Sashi, espero que nos veamos en otro momento con más calma.

—Será un placer.

—Adiós...

Beth, que era una mujer preciosa y muy agradable, desapareció por el pasillo y Sashi no se movió hasta que Alexander carraspeó a su espalda. Ella se giró y lo miró a los ojos, lo agarró por la muñeca y lo metió de nuevo dentro de su despacho.

—¿No quieres ir a comer?

—Sí, gracias, pero primero necesito hablar contigo. Y disculpa si te he chafado tus planes con Beth, la verdad, debí llamar antes, pero...

—No pasa nada, Beth siempre anda muy liada, tiene tres niñas pequeñas y un trabajo muy exigente y...

—Vale... —lo interrumpió y él levantó las cejas—. He venido a decirte algo importante, pero no sé ni por dónde empezar.

—Ok...

Suspiró, se miró así misma, se alisó la camiseta y se dio cuenta de que no encontraba las palabras adecuadas para explicarse, lo cual era muy frustrante. Retrocedió mirando a su alrededor y respiró hondo, aceptando que era inútil intentar decir lo correcto, así que mandó todas las palabras y las razones al carajo, dio un paso al frente y lo abrazó.

11

El sexo oral no solía entrar en sus prácticas favoritas, pero con él era diferente, desde luego.

Se agarró a los barrotos de la cama y dejó que Alex la llevara al máximo de su resistencia con esa lengua juguetona y experta que tenía. Separó más las piernas y empezó a jadear de gusto y a experimentar una descarga eléctrica brutal por todo el cuerpo.

Estaba que no podía respirar, pero no dejaba de sonreír, y elevó las caderas sintiendo la vagina completamente entregada, y sus pezones erectos a punto de estallar, hasta que un orgasmo descomunal la mandó a otro universo, a otro mundo, con él entre sus piernas y sonriendo de oreja a oreja.

—Eres el mejor polvo que he tenido nunca.

Le dijo buscando sus ojos y él movió la cabeza, la agarró por los muslos con energía, tiró de ella y la penetró haciendo que se arqueara otra vez. Gimió al sentir como la llenaba, y le acarició el pelo mientras él le lamía los pechos, y onduló las caderas y quiso devorarlo entero, tanto, que acabó mordiéndole los hombros primero y después la boca con tanta pasión que en medio de los besos empezó a sentir el sabor de su sangre. Un descabro más en medio de esas sesiones maratónicas y perfectas de sexo a pleno día.

—¡Jesucristo! —exclamó Alex eyaculando y desplomándose sobre ella empapado de sudor, y ella lo abrazó besándole el cuello.

—Creo que te he mordido muy fuerte, lo siento mucho.

—Gajes del oficio, *Moonlight*, ya me tienes acostumbrado —se apartó tocándose el labio herido y le guiñó un ojo antes de echarse a su lado mirando el techo.

—¿A todas las chicas se lo haces así?, porque no entiendo cómo pueden dejarte escapar.

—Tú me dejaste escapar.

—No fue decisión mía, tú te enfadaste conmigo y...

—Déjalo, *Moonlight*, ya pasó. ¿A qué hora has quedado con tus primos?

—Biológicamente son más primos tuyos que míos, pero... en fin... hemos quedado a las ocho en Circular Quay, están en el Hotel Marriott.

—Ok, liberaré el reservado del Lucios para que podáis cenar y luego tomar unas copas tranquilamente todo el tiempo que os apetezca.

—¿No vas a venir con nosotros?

—¿No es una reunión familiar?. Mejor no, mejor te veo más tarde, ¿de acuerdo?

—¿No tienes curiosidad por conocer a Ewan y a Kyle?, tienen tu misma sangre, un montón de rasgos comunes contigo y...

—No, cielo.

Saltó de la cama y Sashi lo siguió con los ojos admirando ese cuerpazo sano y bronceado que tenía. No era muy de gimnasios, pero sí de hacer mucho deporte bajo el sol, de practicar surf casi a diario, de andar en bicicleta o de hacer *footing*, y estaba buenísimo.

—Qué lástima, me encantaría que los conocieras, son estupendos, seguro que te caerían genial. La madre de Oliver también se ha apuntado y Jackson ha dicho que dejaría un rato los libros para saludarlos y...

—No voy a ir a cenar con tus primos escoceses, Sashi —se detuvo en la puerta del cuarto de

baño, se giró y la miró muy serio—. ¿Podemos dejarlo?

—Solo una cosa más.

—¿Qué?

—Ellos están deseando conocerte.

—No se pierden nada.

Le sonrió, entró al baño y puso en marcha la ducha. Sashi se desplomó sobre las almohadas y miró la hora, las cinco de la tarde, aún tenía tiempo para convencerlo, pero no pensaba presionar, no pensaba hacerlo porque llevaban dos semanas de ensueño, juntos y alejados de todo el mundo, viéndose a diario y durmiendo muchos días en la misma casa. Estaban otra vez en un momento óptimo de su no-relación, y no pensaba estropearlo, aunque se muriera de ganas de que conociera a Ewan y a Kyle MacIntyre, sus primos de Edimburgo, que estaban en Sydney de paso y por trabajo.

En Escocia, durante las navidades, ya habían hablado largo y tendido sobre Alex y Oliver, los hijos secretos del tío John que habían aparecido el día de la lectura de su testamento, y habían descubierto que en realidad no eran tan secretos para Fiona, la madre de los MacIntyre, la hermana pequeña de Arthur y John, que era perfectamente consciente de su existencia.

La tía Fiona conocía muy bien los misterios de su hermano, pero le había guardado el secreto durante casi cuarenta años, nunca lo había comentado con nadie y había esperado a que William visitara Edimburgo para reconocer oficialmente que sabía quiénes eran Alexander y Oliver. A partir de ese momento los dos “nuevos primos” australianos habían pasado a formar parte de sus conversaciones habituales, especialmente Oliver, que era una estrella mundial del rugby.

Ewan y Kyle, por lo tanto, estaban deseando conocerlos y pasar tiempo con ellos. Llevaban solo veinticuatro horas en Australia y ya habían visto a Oliver, porque había ido con ella a recogerlos al aeropuerto, pero con Alex el asunto se planteaba difícil y le había tocado excusarlo y explicar que él vivía en otro universo muy lejano al de la familia Campbell, algo que los dos habían acatado sin hacer preguntas.

—*Moonlight*, tengo que irme. Me he saltado la reunión de las dos, pero no puedo escaquearme más de la oficina.

—Claro —Esperó a que se acercara a la cama y se inclinara para darle un beso, y lo sujetó por la pechera de la camisa para mirarlo a los ojos—. Tienes unos primos majísimos, y unos genios en los negocios. Ya sabes quién es Ewan MacIntyre, es un tío extraordinariamente brillante, y Kyle dirige sus empresas, es otro portento, sé que os caeríais genial. No diré nada más.

—Vale, tengo que irme —Ignoró el comentario y caminó hacia la puerta—. Llámame.

—Me gustaría mucho que me acompañaras a la cena, pasar solo una noche como una pareja normal —soltó eso de forma inconsciente y se sintió incómoda de inmediato. Se sentó en la cama y le dijo adiós con la mano—. Luego te llamo.

—Vale... —Le sostuvo la mirada unos segundos, giró y le dio la espalda para salir con prisas del dormitorio.

No tenía ni idea de por qué había soltado aquello, porque lo último que le preocupaba en el mundo era tener una pareja normal, así que se sintió fatal, se levantó regañándose por ser tan idiota, y acabó poniéndose el bikini un poco cabreada para bajar a la playa, que a esas horas solía estar más tranquila y despejada de gente.

—Alguien tenía que quedarse para defender el castillo —soltó Kyle MacIntyre con su fuerte y precioso acento escocés y Oliver asintió—. Mary y Anne tienen mucho trabajo y encima,

veinticuatro horas de vuelo solo por una semana aquí, no era de recibo.

—Ya te digo, el viaje es una tortura, me canso solo de pensarlo.

Opinó Liz, la madre de Oliver, y Sashi le sonrió observando la mesa de ese lujoso restaurante con vistas a la bahía, una de las joyas de la corona de Alex, dónde estaban cenando sin William, que había tenido que atender una urgencia de última hora en el hospital.

Él se había descolgado, pero sí habían llegado Sophie, Oliver, Liz, Jackson, Kyle y el silencioso Ewan, que siempre había sido bastante introvertido, algo que compensaba con creces su simpático y guapísimo hermano pequeño.

—Cuando trabajaba en el mundo de la moda me instalé a vivir en París, porque los viajes a Europa empezaron a matarme. Creo que no he vuelto en quince años.

—Es una locura, aún peor con niños pequeños, así que ya volveremos más adelante con la familia y con más tiempo.

—¿Cuántos niños tienes, Kyle?

—Uno de un año y otro en camino.

—¿Y tú Ewan?

—Tenemos dos, un adolescente de dieciséis años y un enano de cuatro.

—Me ha dicho Sashi que tu mujer es médico de urgencias, Kyle —preguntó Jackson y Kyle asintió.

—Sí, en el Royal Infirmary Hospital de Edimburgo. ¿Qué especialidad vas a elegir tú?

—Me gusta la cirugía cardiovascular, como a William, pero ya veremos...

—Hola, buenas noches...

Oír de repente la voz de Alex a su espalda, en medio de la animada charla familiar, le provocó un pequeño vértigo, a la vez que una alegría inmensa, y se giró hacia él para mirarlo con una enorme sonrisa. Él, que iba guapísimo vestido de negro, le guiñó un ojo, tocó el hombro de Jackson y luego se acercó con la mano extendida para saludar a Ewan y a Kyle, que al verlo se habían puesto de pie de inmediato.

—Encantado, soy Alex, Alexander Campbell.

—No tienes que jurarlo —susurró Kyle sin quitarle los ojos de encima y Ewan dio un paso atrás sin disimular la sorpresa.

—Vaya, te pareces muchísimo al tío John, impresiona verte.

Soltó Ewan con total sinceridad y en la mesa se hizo un silencio gélido, ella se esperó una respuesta impertinente o guasona por parte de Alex y lo miró con la espalda tensa y esperándose lo peor, pero contra todo pronóstico él se limitó a sonreír y a girarse para buscar una silla y ponerla a su lado.

—¿Qué tal va la cena?, ¿estáis comiendo bien?

—De maravilla —intervino Sophie resoplando—. Tienes un chef espectacular aquí, Alex, es increíble.

—Ya, este año esperamos la tercera estrella Michelin.

—Ewan y Kyle vienen a liquidar la filiar de su empresa de inversiones en Australia, papá —comentó Jackson y los hermanos MacIntyre asintieron sin poder quitarle los ojos de encima.

—¿Y eso por qué?

—Ewan está dedicado a la investigación y al mundo académico, su mujer y yo llevamos MacIntyre Enterprise desde Edimburgo lo mejor que podemos, pero hemos decidido acotar mercado e inversiones para situarnos en un ámbito más europeo.

—Supongo que eso es muy bueno para vosotros, no sé si tanto para Australia.

—No cerramos del todo en Sydney, tenemos muchas ofertas para pasarla íntegramente a otras manos, para eso hemos venido, para resolver las cuestiones legales y aceptar alguna oferta.

—¿Por qué no te la quedas tú, hermano? —le preguntó Oliver y él sonrió.

—Creo que mi empresa de inversiones es bastante más humilde, estamos muy lejos del nivel de MacIntyre Enterprise.

—Eso no es verdad —lo interrumpió Jackson—. Es muy modesto, no le creáis. Su empresa gestiona hostelería, ocio nocturno y actividades de turismo de aventura por toda Australia, Nueva Zelanda y la Costa Oeste de los Estados Unidos, en los últimos diez años ha crecido como la espuma y...

—Ok, quédatela tú —soltó Ewan volviendo a su plato de carne asada y Kyle asintió—. Si te apetece, claro.

—Tendré que presentar una propuesta y...

—Si se queda en tus manos, se queda en la familia, no necesitamos ninguna propuesta —Lo interrumpió y Alex pegó la espalda al respaldo de la silla, giró la cabeza para mirarla a ella y ella extendió la mano y la posó sobre su muslo.

—Vaya, yo...

—Está saneada y creciendo, si te interesa es tuya y nos quitas a nosotros un montón de trabajo —Opinó Kyle y Sashi le sonrió—. Consúltalo con la almohada y lo hablamos mañana temprano. ¿Te parece?

—Genial, brindemos por eso y por la familia. ¡Por nuestra nueva familia!

Exclamó Oliver levantando la copa y todos se sumaron al brindis sonriendo. Sashi observó a Alex, que por una vez en su vida se había quedado completamente fuera de juego, y le acarició la pierna. Él la miró de reojo, extendió el brazo, la agarró por el cuello y la besó.

12

—¡Joder, ¿qué haces aquí a estas horas, Jackson?!

Se volvió hacia su hijo de un salto con la mano en el pecho y él se encogió de hombros y siguió a lo suyo, es decir, arrasando la nevera.

—He venido a buscar algunas cosas de mi cuarto y a recoger la colada.

—Si vives solo, vives solo, no puedes seguir trayendo aquí tu colada. Ya te lo he dicho —Miró por la ventana el cielo despejado y el mar en calma, y enchufó la cafetera.

—A Juani no le importa.

—Juani es demasiado buena para negarte algo, pero no deberías abusar. En el campus tienes servicio de lavandería o lavadoras para ocuparte tú mismo de tu ropa.

—¿Quién está durmiendo en tu cuarto? —Le preguntó después de tomarse media botella de zumo de naranja de un trago y él lo miró ceñudo—. Ya no vivo aquí, pero sigo sabiendo cuando tienes compañía.

—No es asunto tuyo.

—¿Es Sashi?

—¿Quieres unos huevos revueltos?

—Supongo que no es ella porque no está su coche.

—Déjalo, hijo, ¿quieres?

—Si la abuela se entera de que sales con la sobrina de John Campbell le dará un pasmo, y, teniendo en cuenta su reciente operación, espero que tengas prudencia y no se lo cuentes.

—Me importa poco la opinión de tu abuela, pero no te preocupes, nunca hablamos de mí, mucho menos de mi vida personal.

—Y ¿quién es? —le hizo un gesto elocuente hacia su cuarto y él frunció el ceño.

—¿Quieres desayunar o no?

—Espero que Sashi no te pille con uno de tus ligues, se agarre un cabreo y deje de hablarnos, porque me cae muy bien. Me largo. Hasta luego.

—Adiós.

Lo observó salir de la cocina con una maleta de ruedas y poniéndose los auriculares y sonrió, porque, aunque a veces Jackson se pusiera muy pesado y pretendiera ser su padre, era un chaval estupendo, un hijo increíble, y no podía sentirse más orgulloso de él.

Respiró hondo pensando en su nacimiento, en lo duro del principio, cuando no sabía ni cómo cogerlo en brazos, mucho menos cómo darle el biberón o cambiarle los pañales y, como siempre, lo inundó una sensación de ternura pero a la vez de alivio por haberlo superado, por haber llegado juntos, enteros y en perfecto estado, a su vida adulta.

Solo tenía diecinueve años cuando le habían puesto a su hijo por primera vez en los brazos. Era un crío, uno bastante maduro y muy responsable, pero un niño al fin, sin embargo, habían salido adelante; por supuesto, gracias a la ayuda de su madre y de los padres de Beth, de la propia Beth cuando aparecía por Sydney, y de muchos amigos como Juani, primero su niñera y luego su asistenta, su ángel de la guarda, que nunca los habían dejado en la estacada, pero principalmente habían sobrevivido juntos y solos, habían crecido juntos, y ese vínculo era una de las cosas de las que más orgulloso y satisfecho se sentía.

Se acercó a la nevera, que tenía la puerta llena de fotografías de Jackson, y miró alguna con atención, como la de su primer día de colegio, el último del instituto, sus primeros pinitos sobre la tabla de surf, su primer día conduciendo o con sus hermanas en Disneyland París, y decidió que se había despertado algo nostálgico, que la edad lo estaba volviendo muy blandito, y que lo mejor era espantar tanta melancolía y concentrarse en preparar un desayuno en condiciones.

—Madre mía, qué bien huele eso...

Exclamó Sashi entrando en la cocina y se le pegó a la espalda abrazándolo muy fuerte. Él sonrió y siguió friendo el bacon y los huevos sin mirarla.

—Jackson se acaba de ir.

—¿Durmió aquí?, ¿no me juraste que estabas solo?

—Vino a recoger su colada y otras cosas. Siéntate, esto ya está listo.

—¿Le has dicho que estaba aquí?

—No le he dicho nada, y aunque se lo dijera es igual, no pasa nada.

—Vale... Me encanta tu casa, Alex, es tan acogedora.

—Gracias.

Se giró para servir el desayuno y la miró de arriba abajo. Ella, que era tan sexy que a veces costaba mirarla con naturalidad, llevaba puesta su camisa de la noche anterior y unas braguitas de encaje negras que se transparentaban perfectamente a través del algodón blanco. Respiró hondo y se concentró en poner los platos, las tostadas y el café.

—¿Desde cuándo vives aquí?

—Me la compré cuando tuve acceso a mi fideicomiso, Jackson había cumplido los dos años, así que diecinueve años más o menos.

—¿Beth nunca vivió aquí con vosotros? —preguntó sentándose a la mesa y él negó con la cabeza.

—No, ella se fue a Camberra cuando Jackson tenía seis meses, y tres meses más tarde rompió conmigo. Cuando tuve el dinero para comprar la casa llevábamos tiempo sin ser novios.

—¿Rompió ella?, ¿por qué?

—Porque se enamoró de Frank, su actual marido.

—¿Aún la querías?

—Creo que sí, pero, no sé, éramos unos críos, tarde o temprano íbamos a romper. Si no llega a ser por el nacimiento de Jackson, seguro que lo nuestro hubiese quedado en un simple rollo de instituto.

—Y ¿nunca has vivido con una mujer aquí?

—No.

—¿Nunca has tenido una pareja seria? —la miró a los ojos y negó con la cabeza— ¿Cómo es posible?

—Tú tampoco has vivido con nadie.

—Ya, pero tú eres un tío guapo, divertido, un dios en la cama... un padre soltero cañón... eres irresistible para cualquier mujer —le sonrió y él suspiró.

—Come, Sashi.

—Solo quiero informarme, nunca me cuentas nada.

—Eso es falso, sabes más cosas de mí que la mayoría de la gente.

—Ok —Tomó un sorbo de café y miró hacia la terraza antes de cambiar de tema—. Creen que el parto de Sophie se adelantará un poco, el bebé es muy grande, ella muy pequeñita y la ginecóloga apuesta por una cesárea programada. No me hace ninguna gracia.

—¿Por qué?, si es por su bienestar y el del bebé, pues...

—Siempre es mejor apostar por un parto natural, al menos deberían darle una oportunidad, pero ni la ginecóloga ni William están por la labor de esperar demasiado.

—Y ¿Sophie qué dice?

—Quiere esperar, pero tampoco mucho tiempo. Le faltan solo cuatro semanas, yo creo que debería aguantar, pero como no tengo ni voz ni voto, mejor me callo.

—¿Tú quieres tener hijos?

—¿Eh? —Levantó la vista un poco sorprendida, se encogió de hombros y siguió desayunando —. No sé, supongo que sí, pero si no tengo biológicos quiero adoptar en la India. En realidad, aunque tenga hijos biológicos voy a adoptar en la India, si es posible en el mismo orfanato dónde me encontraron mis padres.

—¿Aún funciona?

—Sí, es estatal y aún está en el mismo sitio y haciendo las mismas cosas.

—¿Qué sabes de tu familia biológica, *Moonlight*?

—Nada, pero al parecer mi madre era una adolescente soltera, es lo habitual entre los niños acogidos en ese hospicio.

—¿Te gustaría conocerla?

—Mmm, no sé, Alex, ahora tal vez ya no. Cuando era pequeña a veces fantaseaba con ella, cuando descubrí Bollywood, a los trece años, me pasaba el día viendo películas indias y me imaginaba que mi madre era como una de esas actrices tan guapas, pero luego lo superé.

—Seguro que era como una de esas actrices tan guapas, porque tiene una hija preciosa.

—Ohhh, qué dulce eres... y qué galante...

Se levantó y se le acercó despacio, lo obligó a apartarse de la mesa y se le sentó encima para besarle y acariciarle la cara con las dos manos. Él se excitó de inmediato y la sujetó por el trasero para devolver los besos.

—Igual un día te pido tu material biológico para tener un bebé, Alexander Campbell. Creo que tus genes son inmejorables, no hay más que ver a mi padre, a mi tío, a mis primos y a tus hermanos, por supuesto a Jackson. Creo que tendríamos un cachorrito guapísimo.

—¿Una camada entera?

—Bueno, podría ser si tú te dejas.

—Madre mía, *Moonlight*, me pones muy, pero que muy cachondo.

La sujetó a pulso, se levantó con ella y se la llevó de vuelta al dormitorio, cerró la puerta de una patada, la tiró encima de la cama y la contempló con calma unos segundos antes de lanzarse encima para devorarla entera, sin ninguna restricción, más entregado de lo que recordaba haber estado en toda su vida.

13

—¿Dónde te habías metido?, te llamé hace ocho horas, Sashi.

—Lo siento, lo siento, lo siento mucho... ¿cómo están?

—Muy bien, gracias a Dios...

William, al que se encontró en el pasillo de la zona de maternidad hablando por teléfono, dio un paso atrás y la observó ceñudo. Ella se arregló un poco el pelo y lo abrazó para desviar la atención a lo importante, es decir, el nacimiento de Sean William, su primer retoño, que había llegado de urgencia y con adelanto a las cuatro de la mañana mientras ella se encontraba fuera de la ciudad pasando unos días con Alex.

—Muchas felicidades.

—Gracias —Continuó mirándola con cara de enfado, así que le sonrió y bajó la vista—. Puedes pasar a verlos, mis suegros están con ellos.

—Vale, y siento mucho no haber visto las llamadas ni los mensajes, desconecté el teléfono y... estaba en Gloucester, en Cumbres Barrington por trabajo y...

—Claro.

Le echó una última mirada de cabreo y le dio la espalda para seguir atendiendo el teléfono. Ella, que se sentía fatal por haber desconectado el móvil sabiendo que Sophie estaba a dos semanas de salir de cuentas, lo siguió con los ojos queriendo pedirle perdón de rodillas, pero él no le estaba haciendo ningún caso, así que optó por correr a la habitación para ver a la feliz mamá y a su precioso bebé.

—Hola, buenos días, siento muchísimo no haber llegado antes. Lo siento mucho, Sophie —entró en la habitación, miró a sus padres y luego se acercó a la cama para darle un beso en la frente— ¿Cómo estás, cariño?

—No te preocupes, estoy bien, muy cansada, pero bien dentro de lo que cabe.

—Bueno, ahora a cuidarse... —Vio que tenía al lado una cunita celeste y rodeó la cama para mirar a Sean, que era un muñequito rubio y muy redondito, guapísimo—. Madre mía, qué cosa más guapa.

—Y muy sano, gracias a Dios —susurró la orgullosa abuela—. Tres kilos novecientos cincuenta gramos, grandísimo.

—¿Tanto?

—Con el padre que tiene es lo normal —Opinó el abuelo—. Sofia pesó dos kilos novecientos gramos cuando nació, William más de cuatro y mide un metro noventa, Sean tenía a quién salir.

—Eso es verdad —Sashi asintió, acariciándole la cabecita con un dedo—. Es muy rubito.

—Es igual que su padre.

—¿Qué tal la cesárea?

—Tardaron demasiado en hacerla y bueno... me duele todo, estoy molida, pero no le digas nada a William, que está en un plan que...

—¿Qué?

—Puso el hospital del revés y casi mata a la ginecóloga, que tardó un mundo en venir a atenderla —Explicó Lola, la madre de Sophie—. Sigue furioso con ella y no lo culpo, estábamos todos muy preocupados. La niña había roto aguas a las nueve de la noche y siete horas después nadie había hecho nada, te imaginarás el panorama...

—Y en su propio hospital —Apuntó el señor Davies.

—Vaya...

—A punto estuvo de operarme él —bromeó Sophie con cara de fatiga—. En serio, nunca lo había visto así.

—Ya estoy aquí —William entró como un vendaval en el cuarto y se puso las manos en las caderas mirando a su mujer—. ¿Todo bien, cariño?

—Sí, mi amor, todo bien. ¿Por qué no te vas a dormir a casa y descansas un poco?, mis padres se quedarán todo el día y...

—Ni hablar, yo no me muevo de aquí.

—Yo también puedo quedarme —Intervino Sashi y él movió la cabeza.

—No, gracias, estamos bien. A estas horas ya no hace falta que te quedes.

—¡William! —exclamó Sophie al oír el tono poco amistoso del comentario y Sashi parpadeó.

—Oye, ella tiene otras prioridades y tendrá trabajo, no hace falta que se quede, es lo único que estoy diciendo.

—¿Doctor Campbell?

Varias personas, enfermeras y médicos, tocaron la puerta y entraron con flores y regalos para el bebé, su primo relajó los hombros y los recibió con grandes sonrisas y palmoteos de espalda, mientras todo el mundo alababa lo guapísimo que era Sean y lo bien que lucía Sophie, que estaba radiante a pesar de la mala noche y la cesárea por la que había pasado. Todo eran sonrisas y parabienes, y de repente Sashi sintió que sobraba bastante allí, así que aprovechó de salir de la habitación para llamar a Alex.

—Hola, *Moonlight*, ¿qué tal todo? —respondió él al primer tono y ella se sintió de inmediato reconfortada.

—Bien, afortunadamente, todo bien. Sean es precioso, muy grande y está sanísimo, y Sophie está dolorida por la cesárea, pero dentro de lo normal.

—Me alegro.

—Sí, es estupendo, aunque yo me siento cada vez más culpable por no haber estado aquí cuando más me necesitaban.

—¿Culpable?. Cuando nace un bebé solo necesitan estar sus padres.

—Me mudé a Sydney para participar en estas cosas y... no sé, no sé cómo se me ocurrió apagar el puñetero teléfono.

—Bueno, ya estás ahí.

—Sí...

Se pasó la mano por la cara sintiendo el peso de la tensión, y la culpa, sobre los hombros, y vio salir a William de la habitación. Iba charlando con unos compañeros, pero en cuánto la vio se despidió de ellos, le dio la espalda y giró hacia una sala de espera donde había una máquina automática de café. Sashi respiró hondo y decidió ir a hablar con él.

—Alex, tengo que dejarte, luego hablamos. Adiós.

Colgó y se fue directo a buscarlo porque clarísimamente estaba decepcionado y muy enfadado con ella, y tenía razones para estarlo, pero no pensaba dejarlo correr. Se acercó a la máquina de café y se le puso al lado con la mejor de sus sonrisas.

—Will, ¿podemos hablar?

—No he dormido, Sophie empezó con contracciones a las nueve de la noche y hasta las cuatro de la madrugada, cuando al fin la metieron a quirófano, aquello fue una pequeña pesadilla, así que no tengo ninguna intención de hablar contigo, Sashi.

—Solo quiero discúlpame otra vez por no haber estado aquí, por mi teléfono apagado y por...

—Ya es tarde para eso, da igual.

—No da igual, porque estás muy cabreado y tienes razón, pero no fue a propósito, yo... estaba trabajando.

—No mientas —agarró su vaso de café y caminó hacia el pasillo.

—William, por favor.

—Seguramente sea verdad que estabas en Gloucester, pero no trabajando en el parque, sé que estabas con tu amigo Alexander y que, por supuesto, el teléfono te sobraba, aunque mi mujer podía dar a luz en cualquier momento. Y estás en tu derecho de apagar el puto teléfono cuanto te de la real gana, pero me parece que las familias no funcionan así, nosotros no funcionamos así, entre otras cosas, porque solo nos tenemos tú y yo.

—Will...

—Desde que sales con ese tío pareces otra persona.

—Yo no salgo...

—Todo el mundo sabe que os acostáis juntos, Sashi, llámalo como quieras, pero no engañáis a nadie. No me mientas.

—No te miento, solo digo que no es una relación normal, ni...

—Desde luego que no es normal, porque te acuestas con un tío que es el vivo retrato del hombre que te crio. Un hombre al que encima tu novio desprecia y vapulea cada vez que tiene ocasión.

—William... —masculló al oír aquello y se mareó.

—¿Sabes que cree que intento alejarlo de ti como supuestamente hice con mi padre?. ¿Cómo puede pensar eso?, ¿cómo puede seguir pensando que soy responsable de las decisiones de mi padre o de las tuyas? No es nada normal, debería hacérselo mirar, vive enajenado en una realidad paralela que solo entiende él.

—No lo conoces en absoluto, no conoces su parte de la historia, no seas injusto.

—Solo sé que hasta hace un año no sabía ni que existía y que ahora está presente en demasiados aspectos de mi vida.

—No será por mí, porque yo ni te lo impongo, ni...

—Es igual, está claro que no entiendes nada, Sashi. Hasta luego.

—¿Qué es lo que no entiendo? —lo sujetó por el brazo y él bufó.

—Me lo impones porque me preocupa que salgas con él, que desaparezcas días con él, que te alejes de nosotros continuamente, cada vez más, cuando tus planes al regresar a Sydney pasaban principalmente por estar con tu familia y tus amigos. ¿Desde cuándo no ves a tus amigos?

—Madre mía.

—Ese tío está pirado, Sashi, tiene una inquina insana contra nosotros y no creo que salir contigo sea una decisión gratuita. No voy a decir nada más.

—¡¿Qué?!, ¿Qué coño estás insinuando?

Soltó muy cabreada, pero él la ignoró, giró hacia la habitación de Sophie y la dejó ahí de pie, con la palabra en la boca y completamente desconcertada.

Un escalofrío muy intenso le recorrió toda la columna vertebral y se cruzó de brazos impotente, miró a su lado y saltó, porque de pronto descubrió a Jackson, que, con un enorme ramo de rosas en las manos, la estaba observando con los ojos abiertos como platos.

—¡Yo no te hago llegar nada!, ¡no te informo de nada!. ¡No te he mandado ningún recadito! ¡Déjame de una maldita vez en paz, Oliver!

Gritó esa chica tan menudita que, sin embargo, tenía tan malas pulgas, y Alex dio un paso hacia su hermano dispuesto a sacarlo de allí antes de que alguien llamara a la policía.

—¿Ah no?, a mí no me engañas, Isabella, te encanta tenerme pendiente de ti.

—¡Joder! Qué pesadilla. ¡Que alguien llame a seguridad!

—Genial, nos vamos todos a comisaría...

Bufó Oliver y Alex miró a su alrededor viendo cómo estaban llamando la atención de todo el mundo, algo bastante normal si habían decidido pararse a discutir en la recepción de ese hospital de Wellington donde lady Isabella Howard, el amor eterno de Oliver, trabajaba como enfermera.

—Oliver, escucha —Se acercó a su hermano y él lo miró ceñudo—. Hay cientos de teléfonos móviles grabando todo esto, lo más prudente sería...

—Me importa una mierda.

—A mí no. Mírame, ella no quiere hablar contigo. Vamos a dar una vuelta y más tarde...

—Eso, tú obedece a tu segurata, que parece más razonable que los otros capullos que suelen trabajar para ti —Espetó la señorita Howard y Alex la miró con paciencia.

—No es un segurata, es mi hermano Alex, Isabella. Un poco más de respeto.

—¿Eres uno de ellos?, ¿uno de los Campbell? —Le preguntó con sus preciosos ojos oscuros y Alex asintió—. Vaya, qué sorpresa, bien mirado os parecéis un montón.

—Ok, escucha, Bella, he venido para hablar contigo y no me pienso mover de aquí hasta que entres en razón, así que déjate ya de gilipollecés y...

—¡No!, no quiero hablar contigo, Oliver. No quiero ni verte, capullo infiel e infantil, a ver si te enteras de una puta vez.

—¿Qué?! ¿yo un capullo infiel e infantil? ¿Y tú?, ¿en qué categoría quedas si pretendes casarte con otro?

—Tú y yo rompimos hace más de dos años, Oliver, ¿no te das cuenta?

—¿Señorita Howard, va todo bien?

De la nada aparecieron dos guardias de seguridad seguidos por una ristra de médicos, enfermeras y curiosos, y Alexander decidió que ya era suficiente.

Liz, la madre de Oliver, lo había llamado muy temprano esa mañana, desesperada, para rogarle que acompañara a su hijo a Nueva Zelanda. Era su último intento por protegerlo e intentar controlarlo, le había dicho, porque Oliver estaba como loco después de enterarse de la inminente fiesta de compromiso de su ex con el tal Peter Armstrong.

Ni ella, ni nadie de su entorno, había sido capaz de aplacarlo, pero confiaba en que uno de sus dos hermanos sí pudiera y le había confiado su “custodia” a ojos cerrados. En resumen, lo había puesto en sus manos y no pretendía fallarle, mucho menos permitir que Oliver siguiera poniéndose en evidencia y acabara en una comisaría denunciado por acoso, o siendo *Trending Topic* mundial antes de diez minutos, así que se adelantó, se puso en medio de los dos, y lo empujó a él por el pecho para sacarlo a la calle.

—Ya está bien, hermano, esto es absurdo. Salgamos de aquí.

—Eso es, vete ya, Oliver.

—Voy a matar al capullo ese, Bella, que lo sepas...

Gritó señalándola a ella e intentando esquivarlo a él, pero no logró escabullirse, y consiguió sacarlo al *parking* a empujones y llevarlo hasta el coche dónde los esperaban un escolta y un chófer.

—No pienso marcharme de aquí, Alex, no voy a permitir que se vaya de rositas. Voy a partir a ese kiwi (2) hijo de puta en dos antes de volver a Sydney, y no me lo va a impedir ni Dios.

—Yo te lo voy a impedir. Vamos, chicos, llevadnos al aeropuerto, por favor.

—¡No!, ¡¿qué coño?! Nada del aeropuerto, no pienso marcharme como un gilipollas...

(2) Kiwi, apodo por el que se conoce a los neozelandeses.

—¡Oliver! Ya está bien, escúchame —Le puso una mano en el hombro y buscó sus ojos con toda la autoridad de la que disponía—. No voy a consentir que te arrastres delante de esa chica, a la que tú querrás mucho, pero que está claro que no quiere saber nada de ti, y tampoco pienso permitir que te arruines la vida dando una paliza a un tipo al que ni siquiera conoces.

—No entiendes nada, Alex, como todos los demás, no entiendes una mierda.

—Entiendo que eres un personaje público, un deportista de élite que tiene el deber de cuidar su imagen y hacer las cosas correctamente. Y un hombre íntegro y decente que no debería resolver sus problemas acosando a una exnovia en su puesto de trabajo o partiendo en dos a su actual novio.

—Ella me quiere, solo se está vengando de mí.

—Ok, si es así, luego la llamas y lo habláis tranquilamente, no en medio de cientos de personas y a gritos, ¿ok?

—No me cogerá el teléfono.

—¿Qué hacemos, señor?, ¿nos vamos al aeropuerto o...? —Preguntó el escolta desde el asiento delantero y Alex respiró hondo mirando la cara de desolación de su hermano.

—No, primero vayamos a comer y a respirar un poco. Llevadnos al puerto, por favor, a Oriental Bay, tengo un restaurante allí y estaremos tranquilos.

Oliver lo miró de soslayo y se calló concentrándose en el paisaje, y él decidió no presionarlo más y dejarlo oxigenarse, aunque no se iba a librar de una buena charla cuando estuviera más tranquilo, porque le seguía pareciendo insólito que alguien como él, que lo tenía absolutamente todo en la vida, además de un carácter afable y cariñoso, se convirtiera en Mr. Hyde en cuanto la señorita Isabella Howard, o algo relacionado con ella, se le ponía delante.

Se pasó la mano por la cara reconociendo que estaba bastante cansado, porque llevaban desde las seis de la mañana en danza, viaje en avión de tres horas incluido, y sintió vibrar el teléfono en el bolsillo, lo miró y al ver que se trataba de Jackson respondió de inmediato.

—Hola, hijo.

—¿Dónde te metes?. Marion me ha llamado para anular nuestra comida.

—Lo siento, ha sido una emergencia, he venido a Wellington con Oliver. Tenía que hacer una gestión y...

—¿Pelearse con una chica en medio de un hospital?

—¿Cómo lo sabes?

—El video está en todas las redes sociales, papá.

—Joder, pues, qué bonito.

—¿Estáis bien?

—Sí, vamos a comer a Oriental Bay y luego al aeropuerto.

—Genial, porque necesito hablar contigo. Es importante.

—¿Estás bien?, ¿qué pasa?, ¿necesitas dinero?

—No se trata de eso, es algo que me preocupa y que no te voy a contar por teléfono. Luego te llamo y te veo esta noche o mañana sin falta.

—Jackson...

—Todo va bien, papá, no te preocupes, no es nada relacionado conmigo, pero necesito que hablemos. Llámame cuando estés en Sydney, y no os metáis en más líos si no queréis ser carne de Internet.

—Ok.

Le colgó llegando a Oriental Bay y entraron en su restaurante frente al mar donde los recibieron

con los brazos abiertos. Saludó a todo el mundo, presentó a Oliver, que se mostró un poco arisco, y luego se instaló con él en la mesa más discreta del local, protegidos por un biombo y los dos solos, para disfrutar de un estupendo estofado de cordero en silencio, antes de mirarse a los ojos y hablar.

—Siento que te hayas comido el marrón, Alex, mi madre no debió meterte en este asunto.

—Me siento honrado y encantado de que acudiera a mí para meterme en este asunto.

—Gracias.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, aunque nunca me encontraré del todo bien. Isabella saca lo peor de mí, pero también lo mejor, y dudo mucho que algún día me resigne a vivir sin ella, ¿sabes? No puedo controlarlo.

—Entiendo.

—¿En serio?, ¿te has enamorado de verdad alguna vez?, ¿has perdido la cabeza por alguien?.

—Bueno... supongo que sí...

—Si lo supones es que no.

—Yo...

Guardó silencio pensando en sus relaciones, y al final todo convergió en Sashi, en sus ojos oscuros y en su piel de caramelo, su sonrisa generosa y su boca tan sexy, y un escalofrío le recorrió toda la espalda. Respiró hondo y miró a Oliver, que lo estaba observando con atención.

—He querido a algunas mujeres, la primera la madre de Jackson y...

—No hablo de querer, hablo de no poder respirar, de dormirme pensando en ella, de levantarte pensando en ella. De deseársela con todo tu cuerpo, aunque te acuestes con otras intentando llenar el puñetero vacío que te dejó cuando te abandonó. De ejecutar un Ensayo cojonudo, ganar cinco puntos para tu equipo, sentir los *flashes* de la prensa y los gritos del público aclamándote, y solo pensar en si ella estaría viendo el partido... de sentirte siempre solo, aunque estés rodeado de gente, porque ella no está contigo. Hablo de eso.

—¿Por qué os separasteis?

—Porque en cuanto la fama y el reconocimiento público me sobrepasaron ella no pudo soportarlo, se empezó a alejar de mí y yo, que soy imbécil, me empecé a acostar con todas las fans y las animadoras que se me pusieron a tiro.

—Ok.

—Entre los veinte y los veinticinco años rompimos y volvimos tantas veces que al final se desgastó todo y ella optó por dejar Sydney y mudarse a Wellington, dejando familia, amigos y su trabajo atrás. Todo por mi culpa, lo sé, pero no puedo resignarme a perderla del todo, Alex, no puedo.

—Supongo que es durísimo, pero estar enamorado no te da derecho a...

—Lo sé, sé que no tengo derecho a meterme en su vida, ni a pedirle nada, pero no sé manejarlo de otra manera, me ofusco y me ciego. Mi terapeuta dice que no debo reprimir mis sentimientos, pero soy consciente de que me paso cuatro pueblos, como hoy, y al final solo consigo que me odie más y se aleje incluso más de mí.

—A veces hay que aceptar la derrota tal cual viene, Oliver, oponer resistencia no sirve para nada.

—Lo sé, gracias —estiró la mano y le acarició el antebrazo—. Gracias por venir conmigo, es la primera vez en mi vida que cuento con un hermano para meterme en cintura.

—Ha sido un placer y, aunque no me guste verte pasarlo mal, siempre puedes contar conmigo. Lo sabes.

—Ahora lo sé, mucha gracias —Respiró hondo y tomó un sorbo de agua— ¿Qué tal con Sashi?

—¿Con Sashi?, bien, ¿por qué?

—Es una preciosidad, y una tía estupenda. Es tan divertida, tal lista y currante... es una suerte que hayáis vuelto y estéis juntos.

—Bueno, nos vemos mucho, pero...

—¿No os estáis enamorando?

—Esas son palabras mayores.

—¿Te asustan las palabras mayores?

—No, solamente es que no contemplamos en esas cosas.

—¿Ella tampoco?

—No. La verdad es que nos llevamos muy bien y tenemos una no-relación cojonuda, pero no hay mucho más.

—Qué lástima, hacéis una pareja genial —Se puso de pie y tiró la servilleta encima de la mesa—. Voy al cuarto de baño, después podemos largarnos de esta puta ciudad, no pienso oponer más resistencia.

Le sonrió guiñándole un ojo y Alex devolvió la sonrisa pensando en Sashi y en su no-relación. Los dos la llamaban así y se reían juntos de esos rollos románticos que tenían otras personas y que ellos capeaban con mucha mano izquierda.

Los dos se gustaban muchísimo, estaban locos el uno por el otro, se lo pasaban de maravilla en la cama, y fuera de ella. Eran amigos, colegas y unos amantes de primera, pero no se había detenido nunca a pensar en qué más podía sentir ella, o sentir él, y se sintió muy incómodo.

No podía decir estaba enamorado, pero lo cierto es que cada día se le hacía más difícil prescindir de ella, o dejar de pensar en ella, y eso, tal vez, era un signo inequívoco de que se estaba enamorando y había llegado la hora de analizarlo, aclararlo y hablarlo con ella, aunque ella acabara asustándose y dejándolo tirado para correr en dirección contraria a la suya.

—Hola —Contestó al teléfono saliendo del restaurante y la voz femenina que lo saludó lo hizo detenerse en seco.

—Hola, Alex, soy Isabella Howard, nos hemos visto esta mañana. Disculpa que te llame así, Liz me ha dado tu teléfono y... espero que no te moleste, yo...

—No, no, está bien. ¿En qué puedo ayudarte? —Se giró para comprobar que Oliver, que volvía a ser el mismo de siempre, se había quedado firmando autógrafos en el local, y siguió caminando hacia el coche.

—Quería disculparme por el incidente de esta mañana, fue horrible, pero es que Oliver es capaz de sacar lo peor de mí...

—Qué curioso, él dice lo mismo de ti.

—Lo sé, los dos somos culpables de no saber controlar nuestro carácter, pero en mi caso es muy difícil si él aparece en mi puesto de trabajo para increparme de esa manera.

—Lo entiendo.

—Discúlpame por no haberte saludado como es debido, y muchísimas gracias por intervenir y llevártelo. La gente que trabaja para él no suele resolverlo tan bien. Es una suerte que ahora cuente con sus hermanos mayores.

—Disculpas aceptadas, no te preocupes.

—¿Está bien? —preguntó con un hilito de voz.

—Sí, hemos venido a comer a Oriental Bay, se ha tranquilizado y ya vamos para el aeropuerto.

—Gracias —Percibió que estaba llorando y se le partió el corazón.

—Mira, Isabella, no sé qué está pasado, conozco a Oliver solo desde hace veinte meses, me he perdido toda vuestra historia y no puedo opinar, ni intervenir en vuestras decisiones, pero quiero que sepas que él está muy arrepentido por lo de hoy. Sé que lo siente muchísimo, quédate con eso, ¿ok?

—¿Cuidarás de él?

—Por supuesto, no te preocupes.

—Muchas gracias, Alex y encantada de conocerte, aunque haya sido en estas circunstancias.

—Lo mismo digo.

Le colgó oyendo sus sollozos y tuvo ganas de coger el coche y llevar a Oliver a verla, pero, por supuesto, no lo hizo. Se limitó a mirar a su hermano, sonreírle y acompañarlo de vuelta a casa, que era lo más sensato en ese momento.

15

—¿Quieres mi opinión profesional o como amiga?

Kim se apoyó en el respaldo de la silla y la miró por encima de las gafas, como la sicóloga que era, y Sashi movió la cabeza, se estiró y miró su plato de ensalada César sin ningún apetito.

—Déjalo, hablemos de otra cosa. ¿Te he enseñado las últimas fotos de Sean? Es tan guapo.

—Sí, me las mandaste por WhatsApp. Es precioso, aunque tiene a quién salir, William es el tío más guapo que conozco.

—También tiene mucho de su madre, aunque, claro, solo tiene diez días, aún puede cambiar muchísimo.

—¿Cómo se encuentra Sophie?

—Recuperándose muy bien, adelgazando mucho por la lactancia, es fuerte y muy joven, en nada estará como una rosa.

—Todo el mundo está teniendo niños, deberíamos darnos un poco de prisa, amiga —bromeó y la miró moviendo la cabeza—. Sashi, cielo, no me gusta verte así, pero no te puedo decir lo que tienes que hacer. Yo solo puedo escucharte y...

—Como profesional y como amiga, ¿crees que William tiene razón? ¿Crees que me acuesto con Alex porque es el vivo retrato del tío John y estoy siendo víctima de un complejo de Electra descontrolado?

—Me parece que esa es una apreciación excesiva. Es una exageración. Tú querías muchísimo a tu tío John, lo adorabas, y él a ti, pero aparte del aspecto físico, me parece que Alex no se parece en nada a él.

—Ya, pero...

—Desde que te enrollaste con ese tío has estado dándole vueltas a esa paranoia, y ha bastado con que William lo expresara en palabras para que te hundiera en la miseria. Te recuerdo que tu primo no es objetivo con respecto a su hermano, ni con respecto a ti, en el fondo está celoso y lo que te dijo, en medio de una situación estresante y vulnerable como el nacimiento de su hijo, no deberías tenérselo en cuenta.

—Pero es que en el fondo creo que tiene razón, que estoy medio obsesionada con Alex porque me transmite seguridad y me es familiar en muchos aspectos, y no creo que ese sea un motivo de peso para estar con alguien, al contrario, debería ser un motivo de peso para dejar de acostarme con él.

—¿Lo quieres?

—Por supuesto que lo quiero, es mi primo y es un tío excelente, es increíble, es...

—Quiero decir: ¿te has enamorado de él?, porque si es así, a la mierda con todo, ve a por él y sé feliz. Deja de comerte el coco con gilipolleces.

—Ni me he planteado si estoy enamorada de él, no es nuestro rollo, eso no tiene nada que ver con nuestra perfecta no-relación.

—¿Enamorarse arruinaría vuestra perfecta no-relación?

—Por supuesto. Solo somos dos adultos libres y con experiencia que se lo pasan bien juntos, nada más, y nunca he pretendido otra cosa.

—Ni siquiera lo has hablado con él.

—Alex y yo no hablamos de esas cosas, no tienen cabida en nuestra vida.

—Y ¿si la tuvieran?

—¿Con Alex?, ya te digo yo que no.

—Te quiero, Sashi, pero eres tan cabezota que así no podemos avanzar.

—No quiero utilizarlo, Kim, no quiero seguir con él porque me evoque a uno de los hombres más importantes de mi vida, al que ya no tengo, por cierto, no sería justo.

—Vale, parece razonable, aunque también parece una exageración y una comida de coco innecesaria.

—Y también está lo otro.

—¿Qué otro?

—William insinuó que Alexander me está utilizando, que salir conmigo no es algo gratuito. Lo que viene a construir una teoría conspiratoria misógina y muy odiosa —la miró respirando hondo y Kim movió la cabeza—. Insinuó que es una especie de venganza rara entre tíos, que se acuesta conmigo para fastidiarlo a él, y de paso a su padre, y por ahí sí que no paso.

—Madre mía, Sashi, eso es una soberana estupidez, está hablando la testosterona y el macho Alpha posesivo y celoso. No puedes darle ningún crédito. William, desde que apareció ese hermano en su vida, está sacando los pies del tiesto, lo sabes. No deberías hacerle caso, por el amor de Dios.

—Lo sé, no soy tan idiota, pero la pura verdad es que ya no me siento cómoda con todo esto, ya no es agradable. No me gusta el cariz que han tomado las cosas, ni las tensiones con Will, ni con Alex, ni estar en medio de una guerra absurda provocada por una decisión que tomó el tío John cuando yo ni siquiera había nacido. Creo que ha llegado el momento de cortar por lo sano y todos tan amigos, o al menos en una cordial distancia.

—Si de verdad no lo quieres, ni estás enamorada, me parece lo más razonable.

Una hora después, bastante más serena, abandonaba el restaurante con las ideas claras y una decisión tomada.

Cogió el coche y se fue directo al despacho de Alex. Llevaban mucho tiempo sin verse, porque el nacimiento de Sean la tenía muy ocupada, de hecho, se había pedido una semana de vacaciones para ayudar a Sophie, porque, aunque ella tenía a William, a sus padres y a una ristra de hermanas para echarle una mano, había decidido estar al cien por cien presente y disponible para ella, y la experiencia estaba resultando maravillosa.

El bebé era precioso y tranquilo, tan chiquitito, aunque todo el mundo se empeñara en decir que era muy grande, y le encantaba poder ayudar a bañarlo, a cambiarlo o acunarlo mientras sus padres se tomaban un pequeño descanso.

Era la pura y auténtica vida familiar, y se sentía muy afortunada de poder compartirla con William, porque, como él solía decir, solo se tenían el uno al otro, pero ahora también tenían a Sophie y a Sean, y aquello solo podía llenarle el corazón de amor y agradecimiento.

Llegó al edificio de *Campbell Investments* a las tres de la tarde y aparcó sin pensar en nada que la desviara de su objetivo, porque no quería echarse atrás. Llamó por teléfono a Alex, pero él no respondió, así que entró en las dependencias de la empresa decidida, caminó hacia los ascensores, levantó la vista y se encontró de bruces con Jackson, que salía de uno acompañado por una señora mayor y muy elegante.

—¡Jackson! ¿qué tal?, hace mucho que no te veía.

—Hola, Sashi, me alegro de verte —parpadeó y miró a su acompañante—. Te presento a mi abuela, la señora Laura Williams.

—Buenas tardes, encantada —La dama le dio la mano sin ninguna cordialidad y luego miró a su nieto con el ceño fruncido.

—Es Sashi Campbell, abuela.

—¿Campbell? —Preguntó agriando aún más el gesto y Jackson tiró de ella hacia la calle.

—Nosotros nos vamos, tenemos hora en el hospital dentro cuarenta minutos. Hasta otra.

—¿Tu padre está arriba?

—Sí.

—Gracias, adiós.

Los siguió con los ojos pensando inevitablemente en su tío John, y en la relación extramatrimonial que había mantenido con esa mujer tan áspera, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, pero prefirió no pensar demasiado en el tema y subió a la oficina de Alex intentando concentrarse en lo importante.

—Marion, ¿qué hay?, venía a ver a Alexander, ¿está libre? —Preguntó a la secretaria que estaba en la puerta principal charlando con alguien, y ella le hizo un gesto hacia el despacho.

—Sí, ha vuelto de comer y está solo, pasa directamente.

—Muchas gracias.

Respiró hondo, caminó hacia la oficina, tocó la puerta y entró forzando una sonrisa. Él, que iba vestido con vaqueros y una camiseta blanca, estaba de pie hablando por el teléfono fijo, pero al verla sonrió y se despidió rápidamente de su interlocutor.

—Dichoso los ojos que te ven, *Moonlight*. ¿Hace cuánto que no te veía?, ¿quince días?

—Diez, desde el nacimiento de Sean.

—Claro... —Bordeó el escritorio y se le acercó, pero ella retrocedió—. ¿Qué pasa?, ¿va todo bien?

—Tu sobrinito está perfectamente, gracias por preguntar.

—Ok, ¿vienes con la escopeta cargada?, porque yo también puedo empezar a sacar munición.

—¿A qué te refieres?

—Jackson me ha contado la charla que mantuviste con William en el hospital, la escuchó por casualidad y le desconcertó bastante. Gracias por contármela tú. Hubiese sido muy útil estar al tanto para ahorrarle a mi hijo el disgusto de tener que explicármela personalmente.

—Era una charla privada, en un contexto muy íntimo, no tenía por qué comentarla contigo, y lamento mucho que Jackson la haya escuchado porque, seguramente, no la comprendió en su totalidad.

—Yo creo que sí la comprendió en su totalidad, y es muy jodido que cuestionen a tu padre a sus espaldas, y no te den la oportunidad de defenderlo.

—Madre mía, bueno, yo...

Resopló empezando a agobiarse y levantó las manos en son de paz. Lo miró a los ojos y supo que había elegido el momento perfecto para estar ahí y decir lo que tenía que decir. No habría otra oportunidad mejor, así pues, respiró hondo y se puso en jarras.

—¿Tú sientes algo por mí?, ¿crees que esto tiene futuro o es algo serio? —Espetó sin anestesia y él reculó.

—¿Disculpa?

—Solo seguiría adelante con esta no-relación que hemos establecido si se hubiese convertido en algo más, si alguno de los dos sintiera algo fuerte y serio. Como creo que no es el caso, he venido a despedirme de ti, sin peleas, ni discusiones, simplemente he venido para parar esto y así poder seguir cada uno con su vida, evitándonos, de paso, las tensiones y los malos rollos que

parece estamos destinados a sufrir por culpa de nuestro entorno.

Le sostuvo la mirada y él no se movió, no movió ni un solo músculo del cuerpo, tampoco hizo amago de hablar, por lo tanto, optó por seguir argumentando y acabar cuando antes con el mal trago.

—Me gustas mucho y lo pasamos genial juntos, pero tengo treinta y cuatro años y lo último que necesito en este momento es estar así, discutiendo por cualquier cosa, sin saber si mañana pasará algo ajeno a nosotros que nos afecte y nos enfade, y encima sin tener claro nuestros sentimientos. Soy de las que cruza ríos y derriba montañas por amor, estoy segura de que lo soy, aunque aún no lo haya hecho por nadie, pero lo nuestro no está en ese escenario. Incluso me da vergüenza estar hablando de sentimientos y de amor contigo, porque nosotros estamos por encima de eso y nunca hemos hablado de nada semejante... —Se atusó el pelo y dio un paso atrás—. En fin, en resumen, no voy a verte más en plan amigos con derecho a roce, porque está claro que esto no nos funciona, sin embargo, sinceramente, no me gustaría perderte. Eres mi colega y, aunque no te lo creas, te considero de mi familia, y espero que esto no nos aleje, sino todo lo contrario.

—¿William tiene algo que ver, aunque sea remotamente, con esta decisión?, dime la verdad.

—No, soy yo, Alex, yo necesito un poco de aire, llevamos unos meses muy raros, lo sabes, y uno de los dos tenía que dar el paso. Tarde o temprano iba a pasar.

—Vale... —Se pasó la mano por la cara y después le clavó los ojos azules—. No entiendo nada, pero tú sabrás, yo solo puedo respetar tu deseo.

—Ok, gracias. Debería irme, tengo mil cosas que hacer y...

Él se le acercó, la agarró por el cuello y la abrazó muy fuerte. Sashi cerró los ojos y aspiró su aroma tan familiar por última vez, convencida de que estaba haciendo lo mejor para los dos, se apartó de él y le dio la espalda.

—Hasta luego.

—Adiós, *Moonlight*.

Dos meses después

Se despertó, abrió un ojo y rogó porque su nueva amiga siguiera dormida. Se deslizó por las sábanas como un gato, se levantó de la cama y se metió al cuarto de baño con toda la precaución del mundo, porque lo último que le apetecía en ese momento era mantener una charla, o algo más, con Karen, esa chica guapísima y sexy con la que había pasado una noche espectacular, pero, que, en realidad, le interesaba más bien poco.

Se duchó rápido, se envolvió con un albornoz, regresó a la suite de ese hotel de Circular Quay donde la había invitado tras conocerse en uno de sus restaurantes, y cogió su ropa del suelo, se vistió a toda velocidad y salió de allí mandándole un mensaje de despedida al teléfono móvil.

Solo tenía veinte años, pensó entrando en el ascensor, era incluso menor que Jackson, y se sintió fatal, pero ya estaba hecho, ya era tarde para lamentaciones, y salió a la calle devolviendo una llamada a Marion, que le había dejado varios mensajes en el buzón de voz.

—¿Dónde te metes, jefe?, ¿no habrás olvidado la reunión con contabilidad? —Le soltó muy nerviosa y él movió la cabeza subiéndose a la moto.

—No lo he olvidado, no te preocupes, llevo en unos quince minutos.

—¿Te pido el desayuno?

—Qué bien me conoces. Muchas gracias.

Le colgó e hizo amago de ponerse el casco, pero el teléfono le vibró anunciando una llamada de Oliver y la respondió mirando la hora.

—Hola, chaval.

—Hola, tío, ¿cómo estás?, últimamente no se te ve el pelo.

—Estoy muy liado, la fusión con MacIntyre Enterprise me ha multiplicado la faena —Mintió, porque no era el trabajo precisamente el que lo mantenía alejado de la “familia”, y tragó saliva—. ¿Qué tal tú?, habéis empezado muy bien la temporada.

—Sí, no nos podemos quejar. ¿Qué sabes de Sashi?

—¿Yo?, nada, ¿por qué?

—Porque se vuelve al Kakadu National Park, se va a vivir a Darwin otra vez, igual quieres despedirte de ella.

—¿Cuándo se marcha?

—No lo sé, pero pronto. Ayer fue el bautizo de Sean, ceremonia católica y fiesta a la española, digna de la familia materna de Sophie, nos reunimos todos allí y me lo comentó.

—¿Cuántos *selfies* te pidieron?

—Unos cuantos, pero lo pasamos muy bien, y echamos de menos a Jackson. Me consta que estaba invitado, pero no apareció. Siento que se lo haya perdido. ¿Está bien?

—Está perfectamente, con exámenes.

—Dile que me llame, por favor, quería unas entradas para el próximo partido y las tengo reservadas, de paso podrías venirte tú y así nos vemos.

—Eso sería estupendo, gracias.

—¿Tú estás bien?

—Sí, muy bien. Ahora mismo con un poco de prisa, me esperan en la oficina, estoy en la calle

y ya llego bastante tarde...

—Vale, te dejo, pero no desaparezcas, a ti también se te echa de menos. Hasta luego.

—Adiós, Oliver.

Le colgó, sintiendo ese hueco espantoso en el centro del pecho, ese que lo perseguía desde que Sashi había roto con él, y pensó en el bautizo del primogénito de Sophie y William, y en la necesidad de enviarle un regalo o unas flores a ella, que era una chica adorable y que siempre lo había tratado muy bien.

Sophie no tenía nada que ver con el conflicto que mantenía con su marido, siempre lo había dejado patente, incluso cuando el niño había nacido y él le había mandado unas flores al hospital, ella lo había llamado personalmente para agradecerse las, por lo tanto, aunque no lo hubiesen invitado al bautizo, no conociera al pequeño Sean, y no se trataran, lo correcto era felicitarla y cuánto antes mejor.

Aceleró hacia su despacho tratando de no pensar en ellos, muchos menos en Sashi, ni en nada relacionado con ella, pero no pudo evitarlo y sin querer se le contrajo el estómago, porque saber que se marchaba de Sydney y se volvía a Darwin lo partía por la mitad. Por supuesto, no se veían, sus buenas intenciones de ser amigos y llevarse bien habían quedado en nada, no habían vuelto a hablar ni por teléfono tras su ruptura, pero al menos sabía que ella andaba cerca, a su alcance, respirando su mismo aire, sin embargo, si se marchaba de vuelta al Territorio Norte era como si la perdiera de verdad y para siempre, y sabía que no podría soportarlo.

Jamás podría entender, ni perdonarse, el por qué la había dejado marchar sin abrir la boca, sin oponer resistencia, sin expresar lo que sentía, o al menos contarle las dudas que lo embargaban respecto a sus sentimientos por ella.

Tenía cuarenta y un años y se había comportado como un crío idiota, como solía hacer con las demás mujeres, poniendo barreras y distancias, sin contar con que ella no era como las demás mujeres, al contrario, ella era única, especial e irremplazable, pero no había tenido huevos para decírselo, y ahí estaba, dos meses después de aquello, después de que ella se le pusiera delante y le preguntara lo que sentía, desbordado por las dudas y la tristeza, y más solo de lo que recordaba haber estado nunca.

Cuando había estado con Oliver en Wellington él le había preguntado si alguna vez había estado enamorado de verdad, si había sentido que no podía respirar, si había deseado a alguien con todo tu cuerpo, aunque se acostara con otras personas intentando aplacar su ausencia, si se había sentido continuamente solo, aun estando rodeado de gente, porque la mujer a la que necesitaba no estaba a su lado... y no había sido capaz de contestar, sin embargo, sus pensamientos habían volado directamente hacia Sashi, y a lo que ella le hacía sentir, porque ya entonces era evidente que no podía vivir sin ella. No obstante, su coraza de precauciones y miedos, de protección y prejuicios, le había impedido aceptarlo y reconocerlo en voz alta, y sin proponérselo había puesto la primera piedra del principio del fin de su historia con ella, y se arrepentiría de ello el resto de su vida.

Tal vez si ese día, delante de Oliver, hubiese sido capaz de reconocer en voz alta lo que sentía por Sashi, unos días después, delante de ella, no se hubiese quedado callado como un idiota y todo habría sido diferente, y aún seguirían juntos.

Lástima que ya era tarde para arrepentimientos, porque ya no había nada que pudiera hacer, mucho menos si ella había decidido regresar a Darwin, así que más le valía pasar página de una puñetera vez y dejar de flagelarse.

—Marión, por favor, compra algo bonito y útil para el bebé de los Campbell de Point Piper —

Llegó a la oficina y miró a su secretaria antes de entrar en su despacho—. Unas rosas para Sophie y algo para el pequeñajo, ayer fue su bautizo. Incluye una tarjeta de felicitación firmada por Jackson y por mí. Gracias.

—¿Para el bebé de tu hermano?

—Sí, se llama Sean y tiene casi tres meses. ¿Tienes sus señas?

—Creo que sí, pero no deberías tú escribirles algo.

—No, no hace falta —Miró la hora y sacó el móvil—. Tengo que hacer una llamada, ¿han traído el desayuno?

—Sí, lo tienes en la mesa de juntas.

—Mil gracias, Marion, eres la mejor.

Entró en su despacho, tiró la mochila en una silla y pasó directamente a la sala de juntas donde una bandeja térmica lo esperaba con el desayuno. La destapó oliendo el aroma del café recién hecho y tomó un sorbo llamando a Jackson.

—Papá.

—Hola, ¿qué tal el examen?

—Acabo de salir, creo que ha ido bien, no puede ir mal, necesito la nota para las prácticas.

—Seguro que lo has bordado.

—¿Tú qué tal?, pasé esta mañana por casa y Juani me dijo que no habías ido a dormir.

—Todo bien, me entretuve en el centro. Me ha llamado Oliver, dice que tiene tus entradas para el próximo partido, que lo llames para confirmarlo.

—Genial, ahora mismo lo llamo.

—También me dijo que ayer se celebró el bautizo de Sean y que no apareciste.

—No dije que fuera a ir.

—¿Por qué?

—¿Por qué?, pues porque desde hace un tiempo prefiero mantener una relación estrictamente académica y profesional con el doctor Campbell.

—¿Doctor Campbell? —dejó de comer al oír que ya no lo llamaba William y frunció el ceño—. Mira, Jackson, no quisiera que...

—No me gustó lo que le oí decir de ti esa mañana en el hospital mientras increpaba a Sashi, ya te lo expliqué, no te sorprendas tanto de que ahora prefiera mantener una distancia prudencial con él. Lo admiro como médico, es el mejor y tendré que tragarlo porque sus prácticas son las más codiciadas del hospital, pero nada más.

—Ok, respeto tu decisión, y agradezco muchísimo esa muestra de lealtad hacia mí, pero creí que estaba claro que tú quedabas fuera de cualquier conflicto que yo tenga, haya tenido o pueda tener con él. Se trata de tu familia, me guste o no, es tu tío. Él y su mujer te han acogido con los brazos abiertos y, además, puede orientarte en tu carrera y...

—No me interesa, no lo necesito, soy un alumno de sobresaliente, papá, puedo salir a flote sin William Campbell, como todos los demás. Y a Sophie, como a Oliver o a Sashi, puedo verlos sin tratar con él, de hecho, lleva dos meses y medio disfrutando de su permiso de paternidad y no le hemos visto el pelo.

—Bueno, yo...

—No pasa nada, te lo digo porque me lo has preguntado, pero no tiene importancia, no hay de qué preocuparse. Más me preocupa a mí que tú no veas a Sashi.

—¿Disculpa? —soltó una risa al ver cómo tomaba las riendas de la conversación, y Jackson bufó.

—Estabas más tranquilo, más contento, llevabas una vida más ordenada y no dormías fuera de casa cuando estabas con ella, y si lo hacías, al menos avisabas a Juani, que la pobre se preocupa cuando no te ve en tu cama.

—No sé en qué momento he pasado de ser tu padre a ser tu hijo, Jackson.

—Es un intercambio de papeles justo, tú te has preocupado toda la vida por mí y yo me preocupo por ti de vez en cuando. En fin, tengo que dejarte, colega.

—Ok, no te olvides de llamar a Oliver. Adiós.

—Adiós.

Colgó con el corazón henchido de orgullo, porque Jackson no paraba nunca de sorprenderlo y de superarse así mismo, y sonrió terminando de desayunar, y viendo por los cristales como su equipo de contabilidad se acercaba a la sala de juntas.

Era un tipo muy afortunado, pensó de repente, padre de un hijo brillante, íntegro y maduro, con una vida bastante plena y un trabajo que lo realizaba a muchos niveles. No necesitaba de mucho más para ser feliz y estar agradecido a la vida. No lo necesitaba, podía darse por satisfecho, y pensaba hacerlo.

Miró el mar en calma y fantaseó con la idea de que la corriente la arrastrara a tierras lejanas. Hacia Indonesia, Filipinas, China o Japón, como le había explicado una vez su tío John mientras navegaban por el Mar del Coral, o hasta la costa de Sudamérica, o ya puestos, decía él, hasta la India.

Qué tiempos aquellos en los que todo iba bien y mi única preocupación era que las vacaciones no acabaran nunca, tío John, pensó mirando el cielo, y de repente lo echó tantísimo de menos.

No solía pensar demasiado en sus padres, de los que cada vez recordaba menos detalles, o en su tía Edith, que la había criado y cuya muerte, tras una larga enfermedad, había sido devastadora para William, para ella y para el propio tío John, que nunca había vuelto a ser el mismo.

No solía pensar en sus muertos, pero siempre le venían a la mente recuerdos de su tío, que había sido un señor adorable, cariñoso, generoso, ocurrente y divertido, tan guapo con su pinta de actor de cine y su acento escocés marcado y vivo a pesar de llevar en Australia casi toda su vida. Él había sido durante muchos años el único hombre de su vida y lo querría siempre, y por eso lamentaba tanto que uno de sus hijos, precisamente el que más se le parecía, no lo quisiera, y ni siquiera lo hubiese conocido.

Era terrible pensar que Alex no había disfrutado de su padre, ni Jackson de su abuelo. Era terrible pensar en la distancia que los separaría siempre, en el rencor y los malos recuerdos, en los malos entendidos, porque estaba segura de que el tío John no había estado presente en la vida de Alex no por su culpa, sino por la de terceras personas, por la insidia y las malas artes de otros, en este caso de otra, cuyos celos, egoísmo y resentimiento habían primado por encima del bienestar de su propio hijo.

Nunca podría comprender a Laura Williams, la madre de Alexander, esa mujer que había hecho la vida imposible a su tío, y de paso a su hijo por pura malignidad. Nunca podría comprenderla, sin embargo, pensaba tenerla muy presente el resto de su vida, porque no pensaba cometer, jamás, sus mismos errores.

Un oleaje suave pasó por debajo de su tabla de surf y la hizo moverse y prestar atención. Llevaba sentada sobre la tabla mucho rato, con el traje de neopreno puesto, gracias a Dios, porque estaban en agosto y hacía mucho frío, pero empezaba a helarse, así que giró para impulsarse con las manos de vuelta a la playa.

No sabía ni por qué se había empeñado en salir a surfear si no tenía ninguna gana, y encima no había ni buenas olas esa tarde en Maroubra Beach, pero ahí estaba, disfrutando de un momento de soledad y reflexión antes de tener que ir a cenar con unos amigos, entre ellos George Moore, el director financiero del Kakadu National Park, un ex amigo con derecho a roce que estaba en Sydney para convencerla de volver permanentemente a Darwin.

Volver permanentemente a Darwin, pensó y un escalofrío la hizo encogerse. No quería volver permanente a ningún sitio, ni siquiera al Kakadu National Park, dónde había pasado los diez mejores años de su carrera. No quería y no podía, porque su vida ya no era la misma, había dejado de serlo el día que Alexander Campbell había hecho su aparición estelar en su vida. Él lo había puesto todo del revés a unos niveles extraordinarios. La había mirado a los ojos y ya nada, nunca más, volvería a ser lo mismo, y por esa razón, y por muchas más, sabía que no podría volver a su austera existencia de antes, dedicada principalmente a su trabajo. Eso era ya desde

todo punto de vista imposible, y esperaba poder dejárselo claro esa noche, y de una vez y para siempre, a George, que era más duro que una piedra.

No se comprometería a volver de forma permanente, estaba decidido, pero sí iría a pasar una temporada lejos del mundanal ruido. Iría a poner orden en el trabajo, a disfrutar de la vida sencilla y campestre, a centrar su cabeza, a poner orden en su propia vida y a recuperar, si eso era posible, la alegría de vivir.

Y es que estaba fatal. Llevaba un año muy duro por muchas cosas, pero sobre todo por culpa de Alex y su no-relación. Con él lo mismo estaba en la gloria que bajaba a los infiernos, todo se había desmadrado y había empeorado incluso más al decidir romper definitivamente con él.

Todo aquello había sido durísimo, pero se había convertido en una hecatombe cuando lo había visto hacía solo una semana en un hotel de Circular Quay, besándose con una chica rubia mientras se metían en un ascensor camino de las habitaciones.

Ella era perfectamente consciente de que se trataba de un tío guapísimo, sexy, rompecorazones y con pasta, que las mujeres babeaban a su alrededor y que estaba soltero y sin compromiso. Eso lo tenía muy claro, pero no había llegado a ser consciente de la cruda realidad hasta que no lo había visto morreándose con esa chica, tocándola como la tocaba a ella, y sonriendo tan feliz, mientras ella se deslizaba desde hacía dos meses hacia una espiral de pena y angustia que la estaban destrozando.

La ruptura había sido traumática, incluso, a los pocos días, había barajado la posibilidad de llamarlo y recular, porque se sentía morir de añoranza y desamor, pero no había dado ni un paso atrás. Se había mantenido firme en sus decisiones, como le habían enseñado desde bien pequeña, y había sacrificado el corazón en pro de un bien superior para todo el mundo, principalmente para ellos, que no iban a ninguna parte juntos, y especialmente para él, que no la quería...

Sintió un pellizco de dolor muy profundo al recordar lo callado que se había quedado cuando le había preguntado si sentía algo por ella, y se bajó de la tabla de surf percibiendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

Él no tenía ninguna obligación de quererla, en ninguna circunstancia, lo sabía, era una mujer independiente y con cabeza, pero dolía. Y había dolido mucho más cuando, solo unas semanas después, había tenido que asimilar que lo suyo había llegado demasiado lejos.

—¿Princesa Jazmín?

—¿Disculpe?

Oyó que alguien la llamaba y se detuvo en la recepción del restaurante donde la esperaban George, Kim y Sandra, y prestó atención. Se giró hacia la voz masculina que la llamaba así y su dueño, que era un chico joven, guapísimo y trajeado, le sonrió de oreja a oreja con una copa en la mano.

—¿No eres la princesa Jasmín?, ya sabes, la de Aladino, eres igualita a ella.

—Vaya por Dios —lo ignoró y miró a la recepcionista moviendo la cabeza—. Campbell, creo que me están esperando.

—Sí, señorita Campbell...

—Un momento, Jazmín, deja que te invitemos a una copa —El tipo se le acercó y le indicó la barra del bar donde lo esperaban otros dos capullos igual de bebidos que él—. Hemos hecho apuestas para dar con tu origen. ¿Qué eres?, ¿árabe?, ¿israelí?, ¿india? Seguro que eres de la India, solo las chicas indias tienen esa belleza tan jodidamente sexy.

—Ni te me acerques, chaval, si no quieres volver a casa con un diente menos.

—Encima guerrera... una preciosidad con mala leche, me encanta.

Lo miró una vez más con ojos de asesina y luego le dio la espalda para ir hasta su mesa donde George y sus amigas estaban hablando muy animados.

Se sentó pidiendo agua mineral y reconociendo que tenía mucha hambre, y se enzarzó en una charla sobre trabajo y viajes, y todo lo habitual, mientras el imbécil de la princesa Jazmín le tiraba besos y trataba de llamar su atención desde el bar. Por supuesto, no hizo ningún caso, ni lo comentó más de lo necesario con sus amigos, hasta que el tipejo entró en el comedor con un ramo de flores robado de alguna mesa y se le arrodilló al lado.

—Deja que te invite a una copa, princesa Jazmín. Eres la chica más guapa que he visto en mi vida.

—Por favor, déjenos en paz —Masculló George un poco tímido desde su sitio y Sashi frunció el ceño.

—No te preocupes, George, ese es el efecto que nuestra Sashi provoca —bromeó Sandra—. Siempre igual, en la universidad no la podíamos sacar a la calle.

—Jasmín, por favor —el idiota intentó tocarla y ella se puso de pie ya muy enfadada.

—Déjame en paz.

—Podríamos practicar todo el Kama-sutra, me lo sé de memoria... joder, lo que no te haría yo...

—Serás gilipo...

—Ya es suficiente —La voz ronca y serena de Alex le llegó por la espalda y antes alcanzar a girarse para mirarlo, lo vio a su lado apartando con el cuerpo al moscón de turno—. Levanta y sal de aquí, ahora mismo.

—Porque lo digas tú, solo estaba saludando a mi amiga.

—No es tu amiga, aparta de mi vista. ¿De acuerdo? —lo agarró de un brazo y lo puso de pie sin ninguna dificultad. Sashi miró a su alrededor y comprobó que todo el mundo los estaba observando.

—¡Oye!, no me toques, no te atrevas a...

—Fuera.

Lo hizo retroceder sin tocarlo, solo poniéndosele delante y Sashi los siguió con los ojos hasta la puerta del comedor, donde el impresentable ese se detuvo y la llamó tocándose los genitales.

—¡Jasmín! Tú te lo pierdes, puta paki (3) asquerosa...

Antes de llegar a asimilar la barbaridad que acababa de soltar, vio a Alex moverse imperceptiblemente y asestarle un puñetazo en plena cara que lo hizo caer al suelo con las piernas en alto. Todo el mundo soltó un grito y de la nada aparecieron camareros, un maitre y un guardia de seguridad para evitar que le siguiera pegando.

—¡No, Alex, por favor! —se le acercó corriendo y trató de sujetarlo por un brazo, pero él la esquivó—. ¡Alexander!

—Ahora te largas de mi local y no vuelvas a aparecer por aquí o te parto en dos. ¿Está claro, gilipollas? —Le dio un empujón mientras lo sacaban a rastras y con la nariz rota hacia la calle y sus amigos pasaron por su lado mirándolo con cara de asesinos—. ¡¿Qué?!, ¿vosotros también queréis lo vuestro, capullos?, ¡fuera!, ¡maldita sea!

—Ya está, jefe, ya está —el maitre le tocó el hombro con precaución y él se arregló la chaqueta respirando hondo, después se giró y le clavó los ojos azules.

(3)Paki, manera despectiva y racista de referirse a los ciudadanos naturales de Pakistán.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias, pero...

—Vale, ya está, se acabó el puto espectáculo... —Le dio la espalda para salir de allí y ella lo siguió con las rodillas temblorosas, lo detuvo al final de la recepción y él la miró entornando los ojos.

—¿Tú estás bien?, no tenías por qué pegar a ese... estaba borracho.

—A veces hay que poner a cada uno en su lugar, Sashi. Vuelve a la mesa, tus amigos te están esperando.

—No me hables así, no te enfades conmigo. Yo no he hecho nada, ni te he pedido nada, no...

—No, no me has pedido nada, como el capullo de tu novio George, que tampoco hizo nada para evitar que te faltaran al respeto.

—¿George? —Miró hacia su mesa y luego a él con ganas de abrazarlo y decirle lo mucho que lo echaba de menos, pero se contuvo y suspiró—. No es mi novio, y solo es un pacífico ciudadano de Darwin, no lo juzgues.

—Vuelve a tu mesa, adiós.

—Alex... —dio un paso y lo agarró por la manga de la chaqueta para que no se fuera—. Muchas gracias, ha sido raro y violento... pero ha sido un gesto muy bonito, y muy galante. Muy propio de ti, muchas gracias. ¿Alex?

—¿Qué quieres, Sashi? —La miró con paciencia y ella retrocedió.

—Nada, es que hace mucho tiempo que no te veía y...

—No por mi culpa.

—No, la culpa es toda mía, pero me alegro mucho de verte.

—Me han dicho que te vuelves a Darwin. ¿Te vas con tu valiente amigo George?

—Alex... —movió la cabeza y sonrió—. Me voy solo una temporada para cumplir con un proyecto, luego volveré a Sydney. ¿Tú qué tal estás?

—Como siempre, gracias.

—Vale, ya veo que no me quieres ni ver... No te molesto más, te dejo en paz y gracias otra vez.

—¿Yo no te quiero ni ver?. Tú me dejaste colgado, Sashi, tú te largaste alegando no sé cuántos argumentos, prejuicios e historias raras que no tienen nada que ver conmigo, así que, por favor, no te hagas la víctima conmigo.

—No me estoy haciendo la víctima.

—¿Ah no?, escúchate un poco.

—¿Por qué estás tan enfadado?

—No sé, igual porque te encuentro cenando tan feliz con tus amigos, riéndole las gracias a George, tu folla amigo de Darwin, mientras yo...

—Mientras tú te tiras a crías de veinte años en hoteles de cinco estrellas.

—¿Disculpa?

—Te vi hace una semana en Circular Quay, Alex, besándote y magreándote con una rubia en la línea de ascensores del Park Hyatt.

—Llevamos dos meses sin vernos, me dejaste, Sashi —avanzó un paso y la señaló con el dedo—. Tú me dejaste a mí y, lo creas o no, hay mujeres a las que sí les apetece estar conmigo.

—¿Quién está haciéndose la víctima ahora?

—No me hago la víctima, SOY la víctima de TUS decisiones, de tus rollos personales y

familiares que a mí nunca me han importado una mierda.

—Te pregunté qué sentías por mí y aún estoy esperando una respuesta. Te dije que si no había algo más entre nosotros no podía seguir adelante, y te callaste como una puta —soltó ya enfadada y él parpadeó—. Como una puta, ni una palabra, ni un gesto, ni una muestra de...

Empezó a subir el tono y él se le acercó, la agarró por el cuello y la besó. Le separó los labios y la hizo callar con su lengua caliente y deliciosa. Sashi cerró los ojos y no hizo nada por evitarlo, al contrario, se le pegó al cuerpo y lo siguió besando con ganas, con añoranza y con rabia, con muchos sentimientos encontrados, pero principalmente con deseo, porque lo echaba terriblemente de menos, porque lo quería y sabía que no podía, aunque se empeñara, vivir sin él.

—*Moonlight*, no creo que haga falta que diga en voz alta lo que siento por ti —Susurró sobre su boca, después de besarse mucho rato, y ella empezó a sentir un vértigo atroz por todo el cuerpo—. No sé expresar lo que siento, debí hablar, pero no supe qué decir, perdóname, haz lo que quieras, pero perdóname y deja ya de castigarme.

—No quiero castigarte.

—Perdí la cabeza por ti en cuanto te vi por primera vez hace más de un año en Circular Quay, desde entonces solo vivo para verte y para estar contigo, y tú no lo entiendes porque, obviamente, no sé expresarlo y ese día en mi despacho me quedé paralizado, aún estoy paralizado, pero debes saber que estos dos últimos meses han sido...

—Ok.

—No deberíamos estar separados, *Moonlight*, es inútil intentarlo. Tú y yo sabemos que estar juntos es lo mejor que nos ha podido pasar y... ¿por qué lloras? —Cerró la boca al ver que ella no podía sujetar unos lagrimones enormes y se los limpió con el pulgar— ¿Necesitas que te diga que te quiero?

—Pues sí, todo el mundo necesita un te quiero de vez en cuando.

Bromeó, tratando de guardar la compostura, porque no estaba acostumbrada a perder los papeles y menos en público, y se tocó los pantalones buscando un pañuelo que lógicamente no tenía.

—Te quiero, *Moonlight*, pensé que lo sabías, y no me gusta verte llorar. No llores más, ven, dame un abrazo... ¿cielo?

—Yo también te quiero, pero, antes que nada, yo... —suspiró, levantó la cabeza y lo miró a los ojos—. Tengo que contarte algo.

—¿Ahora viene la parte en la que me dices que me quieres, pero como a un pariente lejano?

—No, ahora viene la parte en la que te pido que busquemos un lugar más tranquilo, te sientes y escuches con calma lo que te tengo que decir.

—¿Embarazada?!

Exclamó Jackson con los ojos muy abiertos y él asintió sin poder dejar de sonreír. No podía dejar de sonreír desde la noche anterior, cuando Sashi le había soltado la noticia sin muchos preámbulos, y se apoyó en la isla de la cocina sintiéndose el tipo más afortunado del planeta.

—¿De cuánto está?

—Doce semanas.

—Vaya, enhorabuena, colega, menudo notición —se le acercó para darle un abrazo y luego se lo quedó mirando con el ceño fruncido—. ¿Lo estabais buscando?

—No, ha sido una sorpresa. Es increíble...

—¿Cómo está Sashi?

—Muy bien, dice que no se enteró hasta hace dos semanas y que no ha tenido prácticamente molestias, aunque iremos juntos al ginecólogo para que me ponga al día.

—¡Madre mía!, voy a tener otro hermano, espero que esta vez sea un chico. ¿Estáis contentos?

—Sí, salvo la conmoción inicial, los dos estamos muy contentos.

—¿Quién más lo sabe?

—Por mi parte ahora tú y por la suya solo su amiga Kim, aunque en este momento estará en casa de William y Sophie contándoselo.

—Joder, no me gustaría estar en sus zapatos —bromeó—. O sí, en realidad, me gustaría ver la cara que se le está quedando al doctor Campbell. No hace más que emparentar contigo y no creo que le alegre demasiado.

—Será lo que será, pero quiere a su prima y supongo que se alegrará por ella, aunque el padre de la criatura sea yo.

—¿Se viene a vivir contigo o te vas tú a Maroubra Beach?

—No hemos hablado de eso, en principio la semana que viene se vuelve a Darwin, tiene un proyecto de al menos tres meses en el Kakadu National Park.

—¿Vas a dejar que se vuelva al Territorio Norte?, ¿no te importa?

—Me importa, pero es lo que ella quiere y yo solo quiero que sea feliz.

—También es una opción que tú te marches con ella, ¿no?

—Supongo que sí, ya veremos. Ahora mismo es lo que menos me preocupa.

—Madre mía, el segundo embarazo no programado de tu vida, papá, creo que ha llegado la hora de que hablemos de métodos anticonceptivos.

Se echó a reír a carcajadas y Alex movió la cabeza sonriendo. Jackson se acercó, le dio un puñetazo en el hombro y volvió a abrazarlo, tan feliz como él, que aún no podía salir de su asombro.

Iba a ser padre por segunda vez, en esta ocasión pasados los cuarenta, con una vida hecha y estable, y con una mujer como Sashi, que estaba seguro era la mujer de su vida, y la felicidad que lo embargaba no la podía expresar con palabras.

Aquella era la mejor de las noticias que le podría haber dado, aunque se la hubiese dado tarde, pero ella le había jurado que tenía previsto contársela justo antes de volver a Darwin, que nunca había pretendido ocultarle algo así, y eso le había bastado para pasar por alto las circunstancias,

abrazarla y decirle que la quería, que todo iría bien y que se sentía el hombre más afortunado del planeta.

—¿Qué pasa aquí?, ¿qué estáis celebrando?

La voz de su madre los interrumpió y él se volvió hacia ella con una sonrisa, comprobando que había entrado con sus llaves, acompañada por su novio, y que traía un recipiente de comida en las manos.

—¿Qué haces aquí, mamá?, no sabía que tenías previsto venir hoy.

—He hecho pastel de carne para tu tía Rosaline, se lo hemos llevado y ya que estábamos cerca, te hemos traído un poco a ti.

—Muchas gracias. Vamos a comer fuera, pero lo guardaré para la cena.

—¿Por qué estáis tan contentos?, ¿me he perdido algo? —se acercó para besar a Jackson en la mejilla y luego se lo quedó mirando a él con ojos inquisidores.

—Cuéntaselo, papá, tarde o temprano se va a tener que enterar.

—¿Qué ocurre, Alexander?

—Voy a ser padre, mi chica está embarazada de tres meses, por lo tanto, serás abuela por segunda vez el próximo mes de febrero.

—¿En serio?, enhorabuena, Alex —Le dijo Néstor, su novio, estrechándole la mano, pero ella no se movió.

—No sabía que salías con alguien en serio, ¿vive aquí?, ¿dónde está? —miró a su alrededor y Alex negó con la cabeza.

—No, no vive aquí.

—¿Quién es?, ¿la conozco?, ¿cómo se llama?

—Se llama Sashi, no creo que la conozcas.

—Claro que la conozco, es esa chica morena que vimos una vez llegando a tu despacho, Sashi Campbell. Difícil olvidar su nombre, Jackson me dijo que era sobrina de tu padre, que se crio con él como una hija más... ¿esa Sashi?

—Sí, esa Sashi —Sin querer se puso tenso y se enderezó cuadrando los hombros.

—Es veterinaria, la buscamos en Internet. Era adoptada, la trajo de la India el hermano mayor de John, el maldito Arthur Campbell, que era otro cabronazo, y cuando él murió tu padre se hizo cargo de ella y la crio como si fuera suya, en su familia, con su mujer y su hijo William. Muy bonito teniendo en cuenta cómo te trató a ti.

—No empieces, abuela, no lo estropees, por favor.

—Sí, eso, haz caso a tu nieto —Le dio la espalda para ir a buscar su chaqueta y largarse antes de empezar a discutir, pero ella lo detuvo con un grito de los suyos.

—¡Alexander!

—¿Qué quieres, madre?

—Espero que no te cases con ella, espero que la dejes tirada como tu padre hizo conmigo. Espero que John Campbell se revuelva en su tumba sabiendo que dejaste preñada a su querida sobrina y...

—¿Te quieres callar de una maldita vez?

—Si esa mujer es sobrina de John Campbell deberías dejarla sola, a ella y a su hijo, merece pagar por lo que él nos hizo a nosotros...

—A “nosotros” John Campbell no nos hizo nada —La interrumpió empezando a cabrearse de verdad y se le acercó haciendo que ella retrocediera muy sorprendida—. De hecho, tú firmaste un acuerdo de confidencialidad estratosférico para mantener tu embarazo en secreto, te pagó una

pensión millonaria durante años, pensión que te puliste alegremente sin pensar en mi bienestar, y si no tuvo más contacto conmigo no fue porque me odiara a mí, fue porque te odiaba a ti y por eso no permitiste que se me acercara.

—Yo...

—¿Crees que no lo sabía?, ¿que no me daba cuenta de que me tratabas como moneda de cambio y lo castigabas a través de mí?

—¿Qué sabrás tú?

—Lo sé todo, madre, tú no eras la única que estaba allí, había testigos y estaba yo, que desde muy crío empecé a entender las barbaridades que hacías en mi nombre para joder al tipo que no dejó a su mujer para casarse contigo.

—Eres tan despiadado como él, lo llevas en la sangre, eres igualito a él, Alexander.

—No es mi culpa, no puedo evitarlo.

—Bueno, di lo que quieras, pero esto es justicia poética. Has preñado a la niña de los ojos de ese cabrón, acabarás hartándote y dejándola sola, y con eso me conformo.

—¡Fuera de aquí!, ¡maldita sea!, ¡a la puta calle tú y el gorrón de tu novio!. ¡Fuera los dos!

Empezó a gritar y Jackson se le pudo delante para evitar que los echara a patadas. Su madre agarró sus cosas y salió mascullando insultos y tirando cosas a su paso, en su línea habitual, hasta que llegó a la puerta y escupió en el suelo como si fuera una mafiosa.

—¡Basta, papá!, ¡ya está bien, joder!

Jackson lo sujetó por el pecho y él agarró el cacharro de cristal con el pastel de carne y lo estampó contra la pared recién pintada de la cocina. Respiró hondo y se puso las manos en las caderas.

—Sal y dile a tu abuela que te de mis llaves. No quiero que venga más por aquí y dile de mi parte que como se acerque a Sashi se las verá en serio conmigo, le cortaré el grifo y a ver de dónde saca el dinero para gastárselo en el bingo.

—Estoy embarazada de doce semanas, voy a tener un bebé con Alex.

Lo soltó sin paños calientes a los diez minutos de llegar a casa de su primo y él la miró con los ojos muy abiertos, retrocedió despacio y se apoyó en la pared.

—¿William?

Sashi se le acercó sin quitarle los ojos de encima, pero como seguía sin moverse, miró a Sophie un poco preocupada, y ella le sonrió y reaccionó rápido para darle un abrazo muy fuerte.

—Enhorabuena, cariño, es una noticia maravillosa.

—Gracias.

—Por eso estás cada día más guapa. ¿Cómo te sientes?, ¿cuándo lo has sabido?

—Lo llevo bien, casi ni me he enterado, y como siempre soy muy irregular con la regla no me había detenido a pensar que podía estar embarazada. Lo sé desde hace solo dos semanas y...

—¿Y qué piensa hacer tu novio? —soltó de repente William y ella lo miró— ¿Se hará responsable?, ¿qué planes tenéis?, ¿se lo ha tomado bien?

—Se lo ha tomado perfectamente, gracias. No tenemos planes aún, pero los dos estamos muy contentos con este bebé y los dos asumiremos...

—¿No pensarás casarte con Alexander Campbell?

—¡William! —lo regañó su mujer por el tono y él movió la cabeza.

—Es una pregunta muy normal.

—No tengo pensado casarme con Alexander Campbell ahora mismo, pero si lo hago, te mantendré informado. No te preocupes.

—Tampoco es para que te pongas a la defensiva, Sashi.

—¿Ah no?. Voy a cumplir treinta y cinco años dentro de una semana, siempre he querido tener una familia, ahora te estoy contando que voy a tener un bebé y ni siquiera me miras a la cara. ¿Cómo quieres que me ponga?

—Me alegro mucho por ti, pero no negaré que estoy desconcertado.

—¿Si Alex no fuera el padre estarías más feliz?

—Estoy muy feliz por ti, Sashi.

—Me alegro, porque es lo que hay. Estoy embarazada de tres meses y, si Dios quiere, tendré un bebé en febrero. El padre es Alex Campbell, con el que salgo desde hace un año. Un tío estupendo, un adulto responsable, un padre maravilloso y el hombre al que quiero, así que, por favor, primo, espero que empieces a asimilarlo y a aceptarlo con naturalidad, porque quisiera disfrutar de este momento tan feliz de mi vida con vosotros dos.

—Y así será —Respiró hondo, se le acercó y la abrazó contra su pecho besándole el pelo—. Te quiero, Sashi, y estoy muy feliz por tu bebé, en serio, lo sabes, pero no me pidas imposibles.

—¿Imposibles?

—No voy a vivir con naturalidad una relación familiar con Alexander, supongo que tampoco es necesaria, pero haré todo lo posible por estar siempre cerca de ti y de tu bebé. Es lo único que puedo prometer y espero que sea suficiente.

—Tiempo al tiempo —susurró Sophie y se acercó para sumarse al abrazo—. Ahora lo importante es que estés bien y te cuides y... ay, qué bien que solo se llevará un año y medio con Sean.

—¿Tú te encuentras bien? —William la apartó para mirarla de arriba abajo—. ¿Quién es tu ginecólogo?

—Es Mary Bruckheimer, me lleva atendiendo toda la vida y estoy muy bien, dice que todo está en orden.

—Estupendo, pero tienes que cuidarte. ¿Sigues pensando en volver al parque?

—En principio me he comprometido por tres meses, sin embargo, no sé, de momento me voy dentro de una semana y ya veremos. Ahora... —miró la hora y luego a los dos con una sonrisa—. Solo he venido para contároslo personalmente, pero debería irme, Oliver ha organizado una barbacoa y...

—Sí, a nosotros también nos había invitado, pero... —Sophie miró a William y se cruzó de brazos—. Will está muy cansado, ha tenido una semana durísima y...

—No, está bien, vayamos. Habrá que celebrar la buena nueva, ¿no? —Susurró él con una sonrisa y Sophie se le abrazó al pecho—. Venga, amor, cámbiate si quieres, yo me ocupo de Sean.

—Muy bien, pues yo me voy yendo, os veo allí.

Sashi se acercó a la mecedora de Sean para darle un besito en la cabeza y luego se abrazó a los dos antes de salir corriendo camino de Mona Vale, dónde Oliver había organizado una barbacoa familiar.

Lo sabía desde hacía semanas, pero hasta la víspera había declinado la invitación porque no quería encontrarse con Alex allí, sin embargo, de repente todo había cambiado. De repente iban a tener un bebé, de repente se querían, de repente todo parecía estar poniéndose en su sitio, todo parecía una especie de milagro, y había decidido que ir a la barbacoa era una idea estupenda y una ocasión perfecta para contarle a Oliver las novedades.

Un bebé, pensó poniéndose al volante y se acarició la tripa aún plana con mariposas en el estómago.

Solo hacía catorce días que le habían confirmado lo que parecía evidente tras dos faltas y una tercera a punto de cumplirse, estaba embarazada, y aquello no la había asustado lo más mínimo, al contrario, la había hecho llorar de felicidad, porque se sentía perfectamente capaz para ser madre, se sentía en el mejor momento de su vida y, aunque en un principio el que no se hablara con el padre de la criatura parecía ser un obstáculo difícil de capear, en el fondo sabía que lo arreglarían, tal vez no como una pareja convencional, pero sí lo podrían vivir en armonía, juntos o por separado, y aquella certeza le había dado una tranquilidad inaudita, decía Kim, que no se podía creer lo bien que se estaba tomando eso de ser madre soltera.

La pura verdad es que nunca se había planteado la necesidad de casarse para ser madre, de hecho, llevaba un tiempo pensando en la posibilidad de la adopción en la India como un paso natural e inminente. Sabía que no iba a esperar mucho más para dar ese paso o para quedarse embarazada. Quería ser madre antes de los cuarenta y estaba a punto de cumplir los treinta y cinco, así que ese bebé, que era fruto del amor, la pasión y la unión de dos personas que se respetaban por sobre todas las cosas, había llegado en el mejor momento, era un regalo, un verdadero milagro, y solo podía sentirse agradecida y feliz.

Encima Alex, que había sido, y seguía siendo, un padre increíble con Jackson, se lo había tomado de maravilla. En un principio se había quedado como en trance asimilando sus palabras, pero inmediatamente había saltado para abrazarla, besarla y decirle lo feliz que se sentía, y que todo iría bien.

Todo irá bien, había repetido acunándola contra su pecho, y ella había asentido convencida de que así sería, porque, aunque un vértigo concreto la atacaba de vez en cuando, cuando se detenía a

pensar en lo que le iba a cambiar la vida, en que iba a tener un hijo y en que todo se había precipitado demasiado, la realidad es que no tenía ningún miedo, ni ninguna preocupación, solo se sentía dichosa y muy plena, y con toda la fuerza del mundo para afrontar una maternidad feliz y responsable.

—¡Hola, futura mamá!

La saludó Jackson al verla entrar en casa de Oliver, y ella lo saludó dándole un abrazo.

—¡Hola!, ya veo que estás al tanto.

—Me lo acaba de contar y me alegro mucho por los dos. Ojalá sea niño, porque ya tengo tres hermanas.

—Bueno... —le acarició el brazo y miró a Alex, que se les acercó en cuánto la vio en el recibidor.

—Hola, *Moonlight*, ¿cómo estás? —La abrazó antes de darle un beso y luego le clavó los ojos azules—. ¿Va todo bien?, te he llamado dos veces.

—Lo siento, habré dejado el teléfono en silencio. Va todo bien, perfectamente, solo tengo un poco de hambre.

—Eso se soluciona de inmediato —Le susurró Oliver por su espalda, la giró y la abrazó—. Enhorabuena, estoy muy feliz por vosotros, y también porque voy a tener otro sobrino.

—Vaya, pues ya no me queda nada que contar —miró a Alex y él le guiñó un ojo.

—No se pudo resistir, se lo noté en la cara y, la verdad, estoy empezando a ponerme un poco celoso, tal vez debería ponerme las pilas...

—Aún tienes tiempo para eso, Oliver.

Habló su madre apareciendo en el salón y la miró a ella con atención antes de abrazarla para llevársela dentro de la casa, a la terraza cubierta que tenían frente al mar, para esperar juntas a que se hiciera la barbacoa inmensa que Oliver y su chef estaban preparando en el jardín.

—Vienen Sophie y William, no sé si os han llamado.

—Sí, han llamado. Siéntate, ¿quieres algo de beber?

—Claro, gracias, pero yo voy a buscarlo.

—No, cielo, déjate mimar un poco. Alex, deja de mirarla así y ve a buscarle algo de beber.

Él asintió en silencio, desapareció por la puerta, y Sashi lo siguió con los ojos hasta que lo perdió de vista y giró la cabeza para mirar a Liz a los ojos.

—¿Qué tal estás tú, Liz?

—Es un buen chico y se parece tanto a su padre que a veces asusta, ¿verdad? —Susurró mirando hacia Alex y Sashi asintió—. John siempre decía que de los tres era el más Campbell, y no solo físicamente, sino también por el carácter. Tan cabezota, fuerte y noble como su padre.

—¿El tío John te hablaba de Alex?

—Claro, éramos amigos y hablábamos de todo. Él no podía hablar de sus “otros” hijos con Edith, pero sí lo hacía conmigo. No te imaginas la de veces que intentó estar cerca de Alexander, lo pendiente que estaba de él a pesar de la distancia, lástima que su madre se lo impidiera.

—Intuyo que fue horrible.

—Lo fue, ¿la conoces?

—¿A Laura?. Solo la he visto una vez y de pasada, iba con Jackson y nos encontramos por casualidad. No fue muy simpática. ¿Tú la conoces?

—La vi hace muchos años, cuando intentó que hiciéramos frente común contra John, pero, como el acuerdo conmigo no funcionó, empezó a presionarme primero y a insultarme después, acabamos fatal. Me consta que se refiere a mí solo con improperios. No es una persona muy

razonable.

—Nunca entenderé que vio mi tío en ella.

—Era una colega muy atractiva, divorciada, con más de treinta años, independiente, muy liberal para su época... era el “*affair*” perfecto. Lástima que en realidad ella buscaba mucho más que una cana al aire con el jefe rico y guapo, se le fue de las manos y empezaron los problemas.

—Y mi tía Edith sin entrarse de nada.

—¿Alex no te ha hablado de su madre?

—No, jamás. Sé que se ocupa de su economía y que cuidan de ella tanto Jackson como él, pero nunca me ha contado nada de su madre.

—Por si acaso ten cuidado con ella, es mala persona, lo último que le preocupa es la felicidad de su hijo y seguro que el que seas sobrina de John Campbell no le hace ninguna gracia... hazme caso...

—Te he traído un zumo de piña, *Moonlight* —Alex apareció con un vaso muy bonito y se le sentó al lado acariciándole la pierna—. La barbacoa está a punto, comeremos en seguida.

—Genial, me muero de hambre.

—Han llegado Will y Sophie.

Anunció Oliver entrando en la terraza con una pinza de carne en la mano y todos asintieron sin abrir la boca, aunque Alex, que era incapaz de disimular nada, torció el gesto y se puso de pie de un salto.

—Alex... —ella también se levantó para cogerle la mano, pero él se la besó y le dio la espalda para volver al jardín.

—¡Hola, chicos!, ¡ay, qué nene tan guapo!

Exclamó Liz estirando los brazos hacia Sean, que venía despierto en brazos de su madre, y Sashi también se entretuvo en saludarlo y en comérselo a besos mientras Sophie y William se sentaban a charlar tranquilamente.

Por un momento quiso creer que gracias a la felicidad que los embargaba por su embarazo podrían tener una comida familiar y armónica, sin sobresaltos. El inicio, tal vez, de una tregua entre hermanos, hasta que William se levantó y decidió salir solo al jardín.

En ese mismo instante supo que algo empezaba a ir mal.

En ese mismo instante percibió como un escalofrío concreto le recorría toda la espalda, y como Sophie también se ponía tensa, y siguió a su primo con los ojos, viéndolo caminar con energía hacia Alex. Su lenguaje corporal lo decía todo, el de Alex también, así que saltó, dejó a Liz con la palabra en la boca y corrió hacia el jardín para interponerse entre los dos.

—¿Qué os pasa? —preguntó viéndoles la cara y William la señaló con el dedo.

—No te metas, Sashi, esto no va contigo. Esto va entre él y yo. Vuelve dentro. ¡Vamos!

—No le hables así, ¿quién coño te crees que eres para hablarle así? —Lo increpó Alex y se le acercó frunciendo el ceño.

—¿Y tú?, ¿tú quién coño te crees que eres?

—Mira, tío, me muero de ganas de romperte la cara, pero estamos en casa de Oliver y por respeto a él voy a pasar por alto tu careto, tus advertencias y tus gilipolleces, pero...

—Por mí no os cortéis —Interrumpió Oliver observándolos muy tranquilo y Sashi lo miró horrorizada.

—Pero ¿qué os pasa a los tres?, ¿estáis locos?

—Sal de aquí, Sashi, solo estamos hablando, esto no va contigo —Repitió William apartándola y ella lo esquivó.

—No la toques, tío, déjala en paz —Alex la sujetó por la cintura y la puso a su espalda, y ella miró primero a Jackson y después a Oliver pidiendo ayuda, pero ninguno parecía estar por la labor.

—¡Oliver!

—No pienso intervenir, Sashi. Yo creo, sinceramente, que deberían darse una buena paliza y zanjar esto de una vez. Es lo que necesitan ambos, zurrarse como no hicieron de pequeños. Los tíos funcionamos así.

—¡¿Qué?!

—William, por favor —Sophie llegó corriendo y miró a su marido con las manos en las caderas— ¿Qué haces?, prometiste que...

—Sofía, por favor.

—De Sofía nada, me juraste...

—¿Qué te juró? —Preguntó Alexander moviendo la cabeza y sonriendo— ¿Que no iba a pegarme?

—Mira, chaval, solo intento decirte que mantengas las distancias conmigo, pero que cuides de Sashi como corresponde, porque te estaré vigilando. No me fio de ti y no te perderé de vista, ¿de acuerdo?

—¿Tú no te fías de mí?

—No te conozco, lo poco que sé de ti no me gusta, y sigo sin entender qué ha visto mi prima en ti, sin embargo, ya que estamos en este punto intentemos tener la fiesta en paz. Tú compórtate como un hombre decente y no tendremos ningún problema.

—¡William! —Sashi abrió la boca horrorizada, pero él la ignoró y les dio la espalda para volver a la casa.

—¿Como un hombre decente?, ¿cómo tu padre se portó conmigo?

Masculló Alex siguiéndolo y William se detuvo, se giró y le dio un empujón con las dos manos, haciéndolo retroceder varios pasos. Sophie y Sashi ahogaron un grito, Jackson y Oliver se apartaron, y Alexander esbozó una leve sonrisa antes de avanzar y pegarle un puñetazo en plena cara.

Lo siguiente fue verlos caer al suelo peleándose como dos críos estúpidos, pensó Sashi, intentando detenerlos a gritos, pero ninguno hizo ningún caso, y siguieron haciéndose daño ante la mirada serena e inmutable del dueño de casa, que no se molestó en intervenir ni en abrir la boca hasta que los vio sangrando.

—Ya está bien —opinó Oliver al fin, con una calma pasmosa, e hizo un gesto hacia la casa—. Jackson, llama a seguridad para que separen a estos dos, ya han tenido suficiente.

—¡Esto es una vergüenza!

Exclamó Sophie llorando, se dio la vuelta y regresó a la casa. Sashi aguantó hasta que aparecieron los escoltas de Oliver para conseguir hacerse con ese par de locos, y esperó a que los separaran y los calmaran para acercarse, fulminarlos con la mirada, respirar hondo y darles la espalda con la intención de no volver a dirigirles la palabra a ninguno de los dos.

—¡Sashi! No te vayas. Nadie se va a mover de aquí hasta que hablemos como personas adultas.

Gritó Liz Watson con mucha autoridad y se puso en medio del grupo con las manos en alto. Los miró uno a uno y respiró hondo antes de hablar.

—Me avergüenza ver a dos hijos de John Campbell comportarse así... ¡No te muevas, Alexander!, no te atrevas a darme la espalda —chilló hacia él y él se detuvo y la miró entornando los ojos—. Me vas a oír como el resto, así que quieto ahí.

—Mira, Liz... —Susurró él con una ceja partida y ella lo volvió a hacer callar.

—Sé que no te gusta oír el nombre de tu padre, pero te guste o no ese hombre era tu padre. Un hombre al que yo quería y respetaba, y no pienso tolerar que os sigáis maltratando así. No lo pienso consentir. Las cosas no se arreglan a palos, no estamos en la edad media, sois dos hombres adultos, responsables y con cabeza; tenéis hijos, por el amor de Dios. No sois unos críos resentidos y estúpidos que no atienden a razones. No vais a avanzar nada, ni ayudar en nada a Sashi, que os recuerdo está embarazada, tratándoos como animales. No sois enemigos, sois familia, tenéis la misma sangre, y lo que hizo o dejó de hacer vuestro padre por uno o por el otro no puede seguir condicionando vuestra vida, y de paso la nuestra, que os queremos y queremos convivir sin sobresaltos con los dos.

—Yo... —Intervino William intentando contener la sangre de la nariz y ella levantó una mano.

—No he acabado, William. Ahora necesito que, después de invertir toda vuestra energía de machitos Alfa en comportaros como neandertales, os deis la mano, os comportéis como caballeros y hablemos. Todos juntos, incluidas Sashi y Sophie, por supuesto Oliver, que tampoco ha estado a la altura alentando este despropósito.

—Ahora están relajados y preparados para hablar, madre, hay momentos en que el contacto físico es inevitable.

—No estamos en un partido de rugby, Oliver, son tus hermanos y tus invitados. Estamos en tu casa, no puedes alentar esto y verlo como normal, pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora, William y Alexander, miradme y decidme que podemos hablar tranquilamente.

—No sé si este es el mejor momento, Liz —Contestó Will mirando hacia la casa.

—Este tipo, que evidentemente me recuerda a su padre, lo cual ya de por sí me revienta, me dice que no se fía de mí, me amenaza con estar vigilándome y me acusa veladamente de ser un hijo de puta y yo... ¿yo tengo que quedarme quieto?, ¿tengo que darle la mano y hablar? —Intervino Alex y Liz tragó saliva—. No, gracias. Yo me largo. Vamos, Sashi.

—No, estoy de acuerdo con Liz, habéis tocado fondo y necesitáis hablar. Vuestro conflicto no se va a arreglar dándoos la espalda y...

—¿Sashi? —la miró frunciendo el ceño y ella se cruzó de brazos.

—No me voy a ningún sitio, Alex. Te pido, por favor, que te quedes y charlemos tranquilamente. Por favor.

—No voy a hablar con él, ni arreglar ningún conflicto con él, no me interesa. ¿No lo entiendes? Solo necesito salir de aquí y necesito que tú te vengas conmigo.

—Y yo necesito que te quedes, te tranquilices y...

—Ok, tú, como siempre, haz lo que te dé la gana. Quédate con él. Adiós.

La miró fijamente unos segundos, y al ver que no se movía, le dio la espalda para caminar despacio hacia la casa seguido por Jackson. Sashi sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, y por un segundo a punto estuvo de irse con ellos, pero no le pareció bien, ni coherente, por lo tanto, no se movió.

20

—Todo está perfecto. Se han cumplido las trece semanas de gestación y el bebé está en su tamaño normal. El desarrollo es el correcto, la ecografía no puede estar mejor y a ti te veo fenomenal, Sashi. Sigue así y nos vemos el mes que viene.

—El mes que viene estaré en Darwin, pero visitaré a la doctora Morrison.

—Es cierto. ¿Ya hemos mandado su expediente a Darwin, Mia?

—Sí, doctora, hace una semana —la enfermera miró a Sashi por encima de las gafas y luego a él muy coqueta, así que la ignoró y se concentró en la ginecóloga, que era una mujer mayor muy agradable y cariñosa.

—Bien, pues, entonces nos vamos —Anunció Sashi poniéndose de pie y él la imitó—. Muchas gracias, Mary, te veo cuando vuelva del norte.

—Eso es, dame un abrazo —la doctora Bruckheimer se levantó para despedirse de ella y luego le extendió la mano a él con una sonrisa—. Y encantada de conocerte, Alex, cuida bien de mi chica.

—Adiós.

Se despidió con una venia y siguió a Sashi en silencio hasta la recepción de esa elegante clínica donde pensaba dar a luz cuando regresara del Territorio Norte. Una decisión en la que él no había participado, ni pensaba participar, porque ella sabía lo que hacía, la doctora Bruckheimer era su médica desde hacía años y, principalmente, porque tampoco era asunto suyo, mucho menos desde que había decidido dar un paso atrás y no intervenir en nada, en absoluto, hasta que naciera su hijo en febrero, y para eso aún faltaban casi cinco meses.

De pronto sintió un vacío gigantesco en la boca del estómago, en todo el cuerpo, y parpadeó intentando calmarse, porque necesitaba estar tranquilo para hablar con Sashi, pero fue imposible evadir esa oleada de desazón, decepción y pena que tenía encima desde hacía dos días. Desde la célebre pelea con William Campbell en el jardín de Oliver, el principio del fin de una ilusión que solo había saboreado treinta y seis horas.

En cuanto ella le había contado lo de su embarazo todo se había vuelto color de rosa. De repente, nada importaba, ningún desacuerdo, eran felices, estaban juntos y enamorados, se habían confesado amor y habían hecho planes; él se había comprometido al cien por cien con ella y el bebé, incluso había involucrado a Jackson en aquella tremenda ilusión, sin embargo, todo se había disuelto en un segundo. En el mismo instante en el que ella, otra vez, le había dado la espalda para elegir a su familia, a William y a todo lo que él representaba, para ponerse en su contra, frente a él y no a su lado, y eso jamás podría perdonarlo.

Una vez lo había podido pasar por alto, había dolido, pero había podido enterrarlo en el fondo de su alma, pero dos veces ya no. La primera vez lo habían hablado, ella era perfectamente consciente de lo que había sentido y de lo mal que lo había pasado, por lo tanto, no podía entender que hubiese repetido la jugada, casi exacta a la primera, y que dos días después ni siquiera lo hubiese llamado por teléfono para intentar subsanarlo.

Suponía que estaba ofendida porque dos tíos se habían dado de puñetazos en su presencia. Suponía que su dignidad de *millennial* moderna y progresista estaba horrorizada, era obvio que todo lo que había pasado allí chocaba frontalmente con sus principios, pero a él eso ya le importaba una mierda.

Como decía Oliver, a veces el contacto físico era inevitable. Por supuesto, era una salvajada, más aún entre individuos de cuarenta años, pero había pasado así, ninguno de los dos había hecho nada por evitarlo, y no pensaba crucificarse por eso.

Nunca había sido un matón, ni un pendenciero, pero cuando había hecho falta había dado la cara y había enfrentado a quién hiciera falta. William, al parecer, también era así, y, de hecho, lo respetaba por eso. Respetaba que lo hubiera desafiado como un tío con dos cojones para defender a su padre, que era el principal motivo de su animadversión. Ni Sashi, ni su embarazo, ni sus puñeteras advertencias, eso era irrelevante, esa tarde, los dos los sabían perfectamente, se habían pegado por su jodido padre. Un John Campbell, por cierto, que había sido más dado a los puños que a las palabras en su juventud, como buen escocés, le habían contado personalmente sus sobrinos MacIntyre durante su última visita a Sydney.

El viejo había sido un tipo duro y sus tres hijos también lo eran. No se sentía especialmente orgulloso de eso, pero lo llevaba en el ADN y no podía evitarlo, William y Oliver tampoco, y si había llegado la sangre al río había sido por culpa precisamente de ese carácter, de todo lo que tenían reprimido y de mil cuentas pendientes que no habían sabido saldar de otra manera. Había sido de neandertales, de acuerdo, pero ese no era motivo para que Sashi, otra vez, lo dejara tirado.

Ella había elegido y él, con el dolor de su corazón y con mil ilusiones rotas, también había decidido. Había tenido todo el fin de semana para pensarlo con mucha calma, para ver las cosas con perspectiva de futuro y pensar en el bienestar propio y el ajeno. Había dado vueltas a todo lo que venía viviendo con ella desde hacía más de un año, a las discusiones y las tensiones, a las decepciones y las frustraciones, a las reconciliaciones, y había tomado una decisión en firme que esperaba poder explicar de inmediato, antes de que ella se marchara a Darwin y todo se enfriara o quedara en el aire.

—Gracias por venir, ahora me voy corriendo al trabajo.

Sashi lo detuvo en la calle y buscó sus ojos, él espantó sus pensamientos y la miró con mucha calma, deleitándose en su cara preciosa, en esos ojos oscuros que parecían mirar más allá de su propia alma. Respiró hondo y habló.

—¿Puedes tomar un café?, necesito hablar contigo.

—No quiero discutir a estas horas, Alex. Me largo.

—Voy a ocuparme de nuestro bebé, es mi hijo y no le faltará de nada, y no me refiero a lo meramente económico, me refiero a lo realmente importante —Soltó de golpe, ella dio un paso atrás y le prestó atención—. No quiero hablar contigo para acordar treguas o seguir perdiendo el tiempo con chorradas sobre tu tío John, tu primo William o toda esa mierda que nos salpicará toda la vida. No quiero esto, esto que intentamos tener hace un año sin ningún éxito. Siempre he estado abierto a tragar mil cosas, a cambiar, a mejorar y a callarme por tu bien, y de paso por el mío, porque estoy enamorado de ti. Yo te amo, pero no soy quién tú quieres que sea. Yo soy quién soy, te guste o no, y en el fondo sé que no te gusto.

Se quedó muda, con los ojos muy abiertos, y él continuó hablando para no perder fuelle y decaer.

—Hemos funcionado muy bien en esta dinámica, que, de alguna forma insólita, nos ha hecho felices, porque me ha encantado estar contigo, pero ahora hay un bebé en camino y no podemos seguir así.

—¿De qué estás hablando?

—Soy un poco salvaje para lo que tú estás acostumbrada, encima tengo mil traumas infantiles y

problemas con respecto al abandono y el desamparo, lo sé, también he hecho terapia. Soy consciente de mis carencias y mis problemas, esas barreras invisibles que me impiden, a veces, mantener relaciones más saludables, pero soy un buen tío, uno leal y de palabra, puedes poner tu vida en mis manos, porque yo nunca te fallaré. Nunca, jamás, te daré la espalda, nunca, y por eso lo único que te exijo es eso: lealtad, compromiso y la certeza de que siempre, en cualquier circunstancia, contaré contigo.

—Alex...

—Lo que pasó el sábado ya lo habíamos vivido, por segunda vez elegiste a otros por encima de mí. Me da igual que ahora digas que no estabas eligiendo —Levantó una mano para acallar sus protestas—. Sé que estabas intentando seguir el planteamiento de Liz y buscar acuerdos, pero yo dije que no estaba dispuesto, te pedí que te fueras conmigo y, delante de todo el mundo, dijiste que no. Me diste la espalda, me dejaste marchar solo, otra vez, pero ya no habrá ninguna más, entre otras cosas, porque no puedo soportarlo.

—Salir huyendo no era lo más maduro en ese momento.

—Sí, seguro, tú quédate con eso. Yo, ahora, tengo claro dónde estás tú exactamente, donde estoy yo y por eso he tomado la decisión de ser el padre de mi hijo, como hice con Jackson, al mil por ciento, puedes contar conmigo siempre y a todas horas, pero tú y yo hemos acabado para siempre. Creo que esta es la mejor decisión, la más coherente y deseable para todos. A veces hay que aceptar la derrota y dejar oponentes resistencias. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero él no reculó.

—Tú siempre has tenido claro que esto no funcionaba, Sashi.

—No es verdad, yo...

—Sí, tú sí, y mucho antes que yo, que he perdido demasiado tiempo intentando hacer que funcionara. Mi deseo por ti, mi amor por ti, me han hecho esperar demasiado, me han obnubilado, pero el sábado empecé a verlo claro, y con un niño en camino creo que no puedo seguir haciendo el idiota.

Ella buscó un pañuelo y se limpió las lágrimas, pero ni lo rebatió, ni trató de apaciguarlo, así que, tras un rato de silencio incómodo, decidió que ya era suficiente.

—Ok, gracias por escucharme, no te entretengo más.

—En este preciso momento de mi vida es muy doloroso oír todo eso, Alex.

—No quería que te marcharas a Darwin sin poner las cartas sobre la mesa.

—Vale.

—Muy bien, te llamaré y te escribiré correos electrónicos. Creo que no podré ir a verte, pero mantenme informado y, no te preocupes, procuraré dejarte en paz los próximos meses. Hasta que nazca el bebé no seré ningún incordio, después ya veremos —Bromeó, tratando de quitar hierro al asunto, pero ella ni lo miró.

—Es muy duro que me acuses de ser desleal, porque soy la persona más leal del mundo.

—Sé que eres leal, Sashi, el problema es que lo eres con otros, no conmigo.

Levantó la cabeza, lo miró a los ojos y forzó una sonrisa limpiándose las lágrimas, se ajustó la mochila al hombro, le dio la espalda y desapareció.

Todo el mundo hablaba de esa maravillosa tienda de bebés que estaba en Westfield, el centro comercial más *chic* de Sydney. El más caro y el normalmente menos atractivo para ella, que odiaba los centros comerciales, pero esa mañana, la primera de vuelta en casa, no tenía nada que hacer y necesitaba empezar a comprar cosas para su bebé.

Llegó al corazón del distrito financiero a media mañana, planificando llamar a alguien para comer por ahí o en Circular Quay, que estaba muy cerca, aunque inmediatamente desechó esa última idea, porque no quería forzar un encuentro con Alex, que llevaba más de un mes demasiado lejos de ella.

Respiró hondo con todo el cuerpo en tensión y se acarició el vientre intentando calmarse, porque lo primero era bienestar del bebé, que aún no se movía, pero que estaba a punto de hacerlo, le había dicho su ginecóloga, que también le había prometido que muy pronto empezaría a lucir una bonita barriga de embarazada. Tenía cuatro meses y medio, dieciocho semanas cumplidas. Alexander, el pequeño, crecía muchísimo, y si todo iba bien, en nada podría ponerse ropa premamá y presumir de embarazo.

Vamos, Alexander, le susurró mirándose el ombligo, a ver si te haces notar pronto.

Hacia solo dos semanas que le habían confirmado el sexo del niño. Un varón, le había dicho la ginecóloga de Darwin cogiéndole la mano, porque ella se había echado a llorar profusamente, y había dicho por primera vez en voz alta que le iba a llamar Alexander. Un nombre de origen griego que significaba “el defensor, el protector”. Un nombre que siempre le había gustado, que le parecía muy varonil, con mucha fuerza, y que además era el nombre de su padre, así pues, no había tenido ninguna duda y estaba encantada con su decisión.

Alexander Arthur Campbell, como su padre y como su abuelo. De momento no se lo había contado a nadie salvo a su ginecóloga, ni siquiera se lo había dicho a Alex, porque no hablaba con él de esas cosas, en realidad, no hablaban de nada, solo se limitaban a intercambiar un email todos los días dónde ella le contaba que todo iba bien y él le recomendaba que se cuidara, nada más. Incluso el sexo de su hijo se lo había contado por mensaje de WhatsApp y él había respondido de la misma forma para decirle que estaba muy feliz e ilusionado con la noticia.

Su abogada, que era amiga y vecina de Maroubra Beach, le había aconsejado tratar formalmente la cuestión del nombre con el padre biológico. Ella lo llamaba así, el padre biológico, cosa que a Sashi dolía en lo más profundo de su alma, porque Alexander era fruto de una relación de amor, no de un laboratorio, sin embargo, eso era exactamente lo que era Alex, un padre biológico. No era su pareja, ni estaba con ella, ni compartía sus molestias o náuseas matutinas, ni la acompañaba al médico, ni le cogía la mano mientras miraban una ecografía... así que no le había consultado nada.

De repente se pilló llorando delante de un escaparate de Westfield y se regañó por idiota.

Desde luego, no era la primera madre soltera del universo, tal vez sí que era de las pocas madres solteras que seguía muy enamorada del padre ausente de su hijo, eso podía ser probable, pero no era ninguna heroína. Había millones de mujeres en el mudo viviendo en soledad el embarazo y la maternidad, ella conocía a unas cuantas, y siempre se había sentido capaz de hacerlo también, sin embargo, las hormonas o su situación, o lo que fuera, la habían vuelto muy blandita y no estaba llevando tan bien como esperaba su nueva vida, y no hacía más que llorar y

hundirse en una pena que no era nada normal, ni saludable para el bebé.

Sashi Campbell se jactaba de fortaleza, de alegría de vivir, de resistencia. Nunca había tenido una depresión ni se había sentido sola a pesar de su trágica primera infancia. Nunca había llorado por los rincones o había andado contándole a la gente que era una niña abandonada en un orfanato de la India, adoptada por unos padres maravillosos que habían muerto en un accidente de tráfico, dejándola huérfana otra vez a los seis años. Jamás hablaba de eso, ni se sentía especial por ello, jamás hasta que había estado embarazada, sola en Darwin, y se había dado cuenta de que necesitaba apoyo, calor humano y una familia.

Lógicamente, las hormonas y su situación personal le estaban jugando una mala pasada, era obvio, y había tratado de superarlo sin drama, pero los demás se habían dado cuenta y se habían preocupado mucho por ella. Sus compañeros, su doctora y su gente de Sydney, todo el mundo había empezado a presionar para que se cuidara más y volviera a casa mucho antes de lo previsto, y eso había hecho. En solo un mes había conseguido montar un equipo de dos jóvenes expertos en Quolls y los había dejado funcionando a cargo de Lucy, había plegado y se había vuelto a Sydney con la esperanza de que la familia, su ciudad y sus amigos le devolvieran un poco de su vida de antes, la de antes de conocer a Alex.

Suspiró pensando en él, en sus ojos azules fríos y firmes cuando le había dicho que no podía seguir con ella, que no podían seguir juntos, porque después de su pelea a puñetazos en el jardín de Oliver ella no había reaccionado como él esperaba. Porque, otra vez, le había fallado. Porque necesitaba de una lealtad, de un compromiso y de una entrega que ella parecía incapaz de garantizar... y se vino abajo. Pensar en ello la partía en dos y se echó a llorar, y tuvo que buscar un sitio donde sentarse.

Kim, como psicóloga, le había pedido que se replanteara su relación con Alex, que analizara sí en realidad él tenía algo de razón, y con el dolor de su corazón había tenido que reconocer que sí, que, seguramente, no había estado a la altura de un tío que se lo había dado todo y que solo exigía lo mismo a cambio.

Él siempre había sido cariñoso, conciliador, había reulado cuando ella le había recriminado algo. Había hecho lo posible por mejorar y había llegado a ofrecerle una tregua implícita con William o el recuerdo de su tío John. Llevaba meses sin ahondar en el tema, después de que ella le dijera que esa carga no la podía soportar. Había puesto todo de su parte, ella mucho menos, era consciente, como también era consciente de que no toda la culpa era suya. Los dos lo habían hecho mal, cada uno a su modo, y habían acabado fatal una historia que por momentos había llegado a ser casi perfecta.

Su no-relación casi perfecta, pensó echándolo tanto de menos.

—¿Sashi?

La voz la desconcertó un poco, porque por unos segundos no supo si era la de William, la de Oliver o incluso la de Alex, y se giró hacia ella entornando los ojos. Enfocó la vista y al ver que se trataba de Jackson se puso de pie de un salto.

—¡Jackson, qué alegría verte!

—Lo mismo digo, pero... no sabía que estabas en Sydney.

—Acabo de volver ¿Cómo estás tú?, ¿qué haces aquí?

—Vine a una librería de aquí al lado... ¿Sabe mi padre que estás en Sydney?

—No, le dije que volvía, pero no le di una fecha concreta.

—¿No le has avisado?

—Esta mañana le he mandado un email y me devolvieron una respuesta automática diciendo

que estaba de viaje.

—Claro que está de viaje —la interrumpió—. Va camino de Darwin.

—¿Perdona?

—¡Me cago en la puta!

Se apartó de ella y sacó el teléfono móvil, marcó un número y al ver que no respondía blasfemó y la miró con los ojos abiertos como platos.

—Le dije que te llamara y te avisara, ¡joder!, es que sois un puto desastre.

—¿A Darwin?, ¿a verme?

—¿A qué si no?

Movió la cabeza frunciendo el ceño y ella parpadeó muy confusa. Le temblaron las rodillas, se apoyó en el respaldo del banco donde había estado sentada y observó como él volvía a concentrarse en el teléfono hasta que alguien respondió a su llamada.

—Marion, soy Jackson, ¿sabes el itinerario de mi padre? ¿Hiciste tú la reserva para Darwin?... ¿avión privado?... ¿en serio? Ok, ya lo llamo yo, yo te preocupes.

—¿Qué pasa? —le preguntó sin entender nada, porque habían cruzado unos emails hacía dos días y a ella no le había comentado nada de ningún viaje, pero Jackson levantó un dedo para hacerla callar.

—Liz, ¿qué tal?, soy Jackson Campbell... sí... bien, gracias. Disculpa.... creo que mi padre va camino del Territorio Norte con Oliver en un avión privado. ¿Sabes algo?... muy bien y ¿sabes si hay forma de contactar con ellos? Es una emergencia y no me coge el móvil... no, no es nada de eso, de trata de Sashi, está aquí en Sydney —la miró de reojo—. Y él va al Territorio Norte para verla... gracias... ok, mil gracias. Adiós.

—¿Qué está pasando, Jackson?

—Pasa que sois un par de críos, eso pasa.

—Oye, yo...

—Igual se puede arreglar, Liz va a llamar a la compañía aérea para que avisen al piloto de las novedades. Dice que se puede contactar por radio, que ella se ocupa.

—Genial, pero sigo sin entender nada.

—Hace cuatro días William habló con mi padre, le dijo que tú estabas fatal anímicamente, que estaban haciendo lo posible para que regresaras a Sydney, porque estaban muy preocupados por ti, pero que seguías liada con tus cosas y no te venías, y que creía que él debía saberlo, bla, bla. Mi padre, que lleva unas semanas completamente jodido, empezó a rayarse y decidió que iba a buscarte. Eso es todo lo que sé. Sabía que se iba esta tarde, pero al parecer Oliver decidió llevarlo en avión privado y todo se ha precipitado.

—¿William llamó a Alex?

—No, lo buscó en el hospital, porque ingresaron otra vez a mi abuela.

—Vaya... —Se mareó con tanta novedad y se sentó buscando una botellita de agua—. No sabía nada... ¿Cómo está tu abuela?

—Ahora bien, pero hace una semana tuvo un infarto, el médico de urgencias dijo que había que operar, su cardiólogo opinó que iba a esperar, porque no pensaba meter en el quirófano a una persona que no se cuida, fuma, bebe y es una irresponsable, y finalmente gracias a William, que intervino y la operó bajo su responsabilidad, se está recuperando muy bien. Tu primo se portó de puta madre, la verdad.

—Nadie me ha dicho nada, ni siquiera Sophie.

—¿Tú estás bien? —Le clavó los ojos azules y ella asintió.

—He tenido un poco de bajón por culpa de las hormonas y de todo lo que ha pasado estos últimos meses, pero estoy bien. No hay de qué preocuparse.

—¿Te quedas en Sydney?

—Sí.

—¿Qué tal el pequeñajo? —le indicó la tripa y ella se la miró—. Es una pasada que sea un chico. ¿Ya tiene nombre?

—Alexander, se llama Alexander.

—¿En serio?, no sabía nada.

—No lo sabe nadie, tú eres el primero en saberlo después de mi ginecóloga. Espero que a tu padre no le importe.

—¿Por qué le va a importar?, es su hijo.

—Ya, pero... —Se restregó la cara con las dos manos y Jackson se acercó y se le sentó al lado.

—¿Sabes que el nombre se lo puso su padre? Mi abuela dice que estaba empeñado en llamarlo Alexander.

—Me alegra saber que al tío John le gustaba el nombre antes que a mí.

—¿Estabas muy unida a él?

—Muchísimo, era un hombre excelente, aunque te cueste creerlo después de todo lo que habrás oído en tu familia.

—Mi padre siempre me ha dicho que no haga caso a las chorradas que dice mi abuela, y él nunca me ha hablado mal de su padre. Sé que tiene un resquemor muy profundo dentro, pero la última vez que se peleó con su madre incluso defendió a John Campbell, así que imagino que va curando las heridas, y yo que me alegro. Ya era hora.

—¿Cuándo fue eso?, ¿qué ocurrió?

—Fue la misma mañana de la pelea en casa de Oliver, solo una hora antes. Me estaba contando lo de tu embarazo, apareció mi abuela sin avisar y se enteró de las novedades. Ya sabes cómo es, se le fue completamente la pinza.

—¿Por qué?

—Porque tú eres una Campbell, el ojito derecho de John, y se puso hecha un basilisco, a despotricar contra tu tío y entonces oí a mi padre, por primera vez en mi vida, decir que John Campbell no había hecho nada contra él, que incluso le había dado muchísimo dinero, dinero que ella había dilapidado, y que era perfectamente consciente de su conducta, de lo mal que lo había hecho todo, y de que John Campbell no lo había odiado nunca a él sino a ella. Defendió a su padre y se armó la tercera guerra mundial. Siguen sin hablarse.

—Debió ser durísimo y no me contó nada. ¿Por qué no me habrá dicho nada?

—No lo sé, Sashi, lo único que sé es que os comunicáis fatal y después pasa lo que pasa.

—Lo sé, lo sé y lo siento tanto... —Le cogió la mano con ganas de echarse a llorar, muy abrumada por todo lo que estaba oyendo, y él le acarició la espalda.

—Tranquila, no llores, por favor. Un momento, me están llamando —Dijo enseñándole el teléfono móvil y se puso de pie—. Hola... ¿quién es? Hola, papá, te oigo fatal... estoy bien, no te preocupes... Sashi también está bien, la tengo aquí al lado, acabo de encontrármela en Westfield... lo que oyes. Llegó a Sydney ayer... vale... ¿quieres hablar con ella?... Ok... Adiós.

—¿Qué pasa?, ¿dónde está? —Preguntó levantándose y Jackson le sonrió.

—Está bien, salieron hace poco, cree que aún no han abandonado Nueva Gales del Sur, así que espera estar de vuelta en Bankstown en una hora o así.

—Vale.

—Dice que te acompañe a casa, que luego te llama.

—Muchas gracias —Agarró el bolso y lo miró a los ojos— ¿Quieres que te acompañe yo a alguna parte?, tengo el coche en el *parking*.

—Efectivamente, Sashi está en Sydney, Jackson acaba de encontrársela en Westfield.

—Madre mía —bufó Oliver y movió la cabeza echándose a reír—. Menos mal que se la encontró ahora y no dentro de cuatro horas.

—Joder, lo siento, tío.

—No pasa nada, lo importante es que el universo parece estar de nuestra parte. Voy a hablar con Devon, a ver si puede dar la vuelta de inmediato. Tómate algo.

Le pidió a la azafata que le pusiera algo de beber y desapareció camino de la cabina. Alex miró por la ventanilla del avión, un *jet* privado propiedad de una de las marcas publicitarias que patrocinaban a Oliver, y respiró hondo sintiéndose un poco idiota, pero por otro lado bastante aliviado, porque saber que ella estaba en casa era lo único que necesitaba oír desde hacía cuatro días.

Como no hablaban por teléfono o por videollamada, no tenía ni idea de su estado anímico real. Llevaba más de un mes mandando un email diario para saludarla y ella respondía que todo marchaba bien, nada más. No tenían ninguna comunicación directa, así que cuando William Campbell se le había acercado en una sala de espera del hospital, y le había explicado que estaban todos muy preocupados por ella, casi le había dado un infarto.

William, con su caballerosidad y serenidad habitual, lo había abordado directamente y a solas, unos días después de haber operado a su madre en el St. Vincent's Hospital. Él, que había traspasado todas sus competencias para intervenir a Laura después de que su cardiólogo se negara, había aparecido sin avisar, con el hacha de guerra enterrada, y le había pedido que hablaran de Sashi, algo que le agradecería el resto de su vida.

—Físicamente está bien, pero anímicamente no. No sé exactamente lo que ha pasado entre vosotros, solo sé que habéis roto y que ella quiere llevar el embarazo sola, sin embargo, creo que debes saber lo que pasa, porque al fin y al cabo se trata de tu hijo.

—¿Sashi no está bien? —lo había mirado con los ojos muy abiertos y William se le había sentado al lado respirando hondo—. No me ha dicho nada, no he notado nada, a diario nos comunicamos y...

—En las videollamadas se lo noté el primer día, la conozco muy bien, se hace la fuerte, y lo es, pero creo que esto la ha superado. Creo que este no era el momento más oportuno para volver al parque, pero ya sabes como es, se quiso ir igualmente y está pagando las consecuencias. Sophie cree que es una depresión, Kim también, y estamos todos muy preocupados. Llevamos semanas presionándola para que regrese y ha decidido hacernos caso, pero primero tiene que dejar atado lo de su proyecto y eso está tardando demasiado. Si no viene esta semana, iré a buscarla.

—No, no te preocupes, iré a buscarla yo. Muchas gracias por decírmelo, no tenía ni idea.

—Sashi es la chica más alegre y optimista del mundo, mi madre solía decir que ilumina todo lo que toca, y creo que esta es la primera vez en mi vida que la veo tan hundida, ni siquiera la muerte de mis padres la dejó tan abatida, supongo que también tiene que ver con el embarazo, pero... en fin...

—No te preocupes, me hago cargo. Iré a verla y me la traeré lo antes posible. Gracias otra vez por decírmelo.

—¿Puedo preguntar por qué la dejaste ir sola en Darwin?

—No la dejé ir sola en Darwin, ella decidió marcharse y no podía impedirselo, es una persona adulta.

—Mi mujer dice que nuestros temas pendientes, toda esa mierda referente a mi padre, a nuestra relación personal, a las tensiones, a la pelea en casa de Oliver... ya sabes... Sophie opina que todo eso ha afectado a lo vuestro, que por eso habéis roto. Yo no sé nada, pero si es así espero que lo arregléis. Por mi parte estoy dispuesto a firmar la paz y a reconducir mi relación contigo si eso a ella la hace feliz. Tanto si decidís seguir separados, como si decidís vivir juntos, tendréis un hijo en común y solo por eso, te doy mi palabra de honor, no volveré a enfrentarme contigo.

—Hay un poco más de fondo detrás de nuestra ruptura, pero agradezco tus palabras, William, y por mi parte digo lo mismo.

—No tenemos que ser hermanos, ni siquiera amigos, pero si hacemos un esfuerzo, creo que podemos mantener una relación mínimamente cordial.

—Estoy de acuerdo.

—También quiero que sepas que soy perfectamente consciente de que el comportamiento de mi padre hacia ti fue imperdonable, de hecho, sigo sin entender que algo así pudiera salir de él. No me cabe en la cabeza y me cuesta creerlo, pero el afectado eres tú y tienes todo el derecho del mundo de sentir rencor hacia él. Comprendo que tu madre...

—Mi madre es la principal responsable de mi animadversión hacia John Campbell, su propio orgullo herido, su rencor y su falta de generosidad han condicionado la imagen que yo pueda tener respecto a mi padre biológico, pero huelga decir que él, conmigo directamente, tampoco se esmeró en mostrarse como un buen padre.

—Lo sé, Oliver me contó lo que pasó cuando tenías dieciocho años e iba a nacer Jackson, y solo puedo decir que no me sorprende, a mí me hubiese dicho exactamente lo mismo.

—¿Tú crees?

—Claro. Me hubiese dicho lo mismo y hubiésemos terminado discutiendo y peleándonos, pero sé que dos días después ya estaría olvidado, algo que contigo no fue posible por vuestras circunstancias, pero estoy seguro de que te habría acabado apoyando. Él era así, muy exigente y muy recto, pero al final se le pasaba todo y primaba su buen corazón. Era un buen tipo, Alexander, y me duele en el alma que no hayas llegado a conocerlo.

—Más me duele a mí.

—Lo sé y lo siento —se levantó y miró la hora—. Tengo que irme, pero ya que hemos hablado, quiero aprovechar para pedirte disculpas si en algo te he ofendido. Siento mucho mis malos modos o mi constante actitud a la defensiva, no es muy propio de mí, pero...

—Lo mismo digo —él se levantó y le ofreció la mano—. También lo siento. No tengo nada contra ti, tío, solo es que representas un montón de fantasmas de mi pasado y a veces es difícil controlarlos.

—Lo comprendo perfectamente, ahora espero que tú también comprendas que para mí no es nada fácil oírte hablar tan mal de mi padre...

—Lo entiendo muy bien, igual que entiendo que Jackson se ofendiera profundamente al oírte hablar bastante mal de mí delante de Sashi —Lo interrumpió y él frunció el ceño—. Ya que estamos hablando, tenía que decírtelo.

—¿Disculpa?, ¿cuándo?

—Cuando nació tu hijo.

—Madre mía, ¿por eso se ha distanciado tanto de nosotros?

—Sí, traté de quitarle hierro al asunto, pero fue inútil.

—Vaya, lo siento muchísimo. Dile de mi parte...

—No, por favor, si tienes algo que decir, díselo tú, prefiero que mi hijo pelee sus propias batallas.

—¿Sabes qué? —Le dijo sonriendo antes de salir por la puerta—. Eso es justamente lo que hubiese dicho nuestro padre.

Después de aquella charla insólita, única y no provocada por ninguno de los dos, se había sentido mucho mejor, más entero, muy fuerte con respecto a todo, sobre todo con respecto a Sashi, y había decidido coger un vuelo, volar al Kakadu National Park, tomar las riendas de una situación que se les estaba escapando de las manos, y traérsela de vuelta a casa.

No pensaba permitir que ella siguiera sufriendo o pasándolo mal, antes prefería pegarse un tiro, así que había empezado a mover todos los hilos para viajar a Darwin de inmediato. Una tarea bastante complicada, hasta que Oliver se había enterado y lo había solucionado en cuestión de horas.

Lástima que ella había sido más rápida y había regresado a Sydney sola y sin avisar.

—Hermano, ¿has notado el viraje? —Oliver se desplomó en su butaca y le guiñó un ojo—. Ha pedido los permisos y ya vamos de vuelta a Sydney. Llegamos al Bankstown Airport en setenta minutos.

—Muchas gracias, tío. Eres el mejor.

—Igual que tú, macho. Ahora espero que sepas aprovechar este regalito del universo, porque ha sido cojonudo.

Lo miró muerto de la risa, pidió algo de comer antes de enzarzarle en la prensa del día, y Alex lo observó con una sonrisa en la cara, porque Oliver Watson Campbell, la fulgurante estrella del rugby australiano, era un tipo realmente estupendo. Un hombre generoso, divertido, cariñoso y adorable. Un hermano que había llegado a querer sinceramente, y un gran amigo.

Exactamente setenta minutos después estaban aterrizando en el Bankstown Airport, el aeropuerto para vuelos privados de Sydney, donde a pie de pista un coche los estaba esperando para llevarlos a casa. Alex encendió el teléfono móvil bajando la escalerilla del *jet* y en seguida le entraron cientos de alertas, las miró por encima, las ignoró todas, porque no había ninguna de Sashi, y caminó detrás de Oliver hasta su coche, pero antes de llegar a montarse la azafata lo detuvo llamándolo a gritos.

—¡Señor Campbell!

—¿Qué ocurre?

—Hay un aviso de que a usted lo esperan en la terminal.

—¿Cómo?, ¿por qué?, ¿hay algún problema? —preguntó Oliver y ella negó con la cabeza.

—No lo sé, no creo, solo nos dicen que lo están esperando.

—Ok, no te preocupes, hermano, debe ser Jackson. Luego te llamo y muchas gracias por todo.

Abrazó a Oliver, se despidió de todo el mundo, cogió su maleta y se fue andando hasta la elegante terminal de llegadas. Entró allí pensando en Jackson, que desde que su madre le había regalado un coche de segunda mano no hacía más que buscar excusas para usarlo, y caminó por uno de los pasillos un poco distraído, llegó a una salita donde no había nadie, giró hacia la calle y se topó de bruces con Sashi.

—¿Sashi?, ¿qué haces aquí?

—Jackson me dijo dónde y a qué hora llegabas, y he pensado en venir a recogerte.

—Ok, muchas gracias, ¿estás bien? Menuda confusión, si no llegáis a coincidir en Westfield... ¿Estás bien?

Repitió viendo como se le llenaban los ojos de lágrimas, y como se cruzaba de brazos, y dio un paso atrás para observarla con atención. Estaba preciosa, vestida con unos vaqueros muy ceñidos y una blusa blanca, el pelo largo suelto y ondulado, los ojos negros muy brillantes. Aún no se le notaba el embarazo, pero resplandecía de una forma muy especial, y quiso estirar la mano y abrazarla, pero se contuvo y respiró hondo.

—¿Qué ocurre, Sashi?

—Nunca pondría a nadie por delante de ti —susurró intentando serenarse y él parpadeó—. Los afectos no tienen una vara de medir, yo quiero a William, a Sophie, a mis tíos, a mis padres, a mis amigos, incluso a Oliver y a Jackson, los quiero a todos, pero tú eres el amor de mi vida. No hay nadie más por encima de ti, jamás elegiría a nadie por encima de ti, nunca lo haré, te doy mi palabra de honor. Solo necesito que lo sepas.

—Cielo...

—Te amo, no sé si te lo había dicho, o si no te lo había dicho lo suficiente. Yo te quiero, tú y nuestro bebé lo sois todo para mí y espero, si me dejas, demostrártelo el resto de mi vida.

—*Moonlight*...

—Soy leal, soy fiel a las personas que quiero, a mis ideales y a mis principios. Soy de afectos firmes y sobre todo soy coherente. Alguna vez no estaré de acuerdo contigo, pero eso no significará que no te quiera o que prefiera a otras personas por encima de ti, eso no ocurrirá jamás, porque es imposible. Nadie te querrá nunca como yo te quiero, espero que no lo olvides ¿De acuerdo?

—Lo mismo digo.

—Vale —se enjugó las lágrimas con la manga de la blusa y luego lo miró—. No sé qué ibas a hacer a Darwin, pero lo agradezco muchísimo... necesitaba con toda mi alma saber que aún te sigo importando.

—Por supuesto que me sigues importando, *Moonlight*.

Se le acercó, la sujetó por el cuello y la abrazó con todas sus fuerzas, mucho rato, llorando también, hasta que ella lo apartó para mirarlo a los ojos.

—Como dice Jackson, creo que nos hemos comportado como un par de críos y lo hemos hecho todo mal, pero estoy dispuesta a arreglarlo si tú me das otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad?, yo iba a Darwin a pedirte otra oportunidad de rodillas, *Moonlight*.

—¿En serio?

—Por supuesto, cielo. Por mi culpa hemos llegado a este punto.

—Por culpa de los dos.

—Lo único importante ahora es aceptar que ya no podemos separarnos. Podemos intentarlo, discutir, pelearnos e incluso romper, como intenté yo hace un mes, pero es inútil. Yo te amo, los dos nos queremos y no deberíamos, nunca más, hacer el idiota y darnos la espalda.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

—Entonces, ¿nos vámonos juntos a casa?

—Por supuesto, vamos —Le dio un beso y la agarró de la mano para salir a la calle—. Y esta vez es la definitiva, Sashi Campbell, no pienso volver a dejarte escapar.

EPÍLOGO

—Bip...bip... bip...bip...

La alarma del móvil sonó muy alto y Sashi saltó, aunque no se levantó, porque no era su teléfono y porque, afortunadamente, no era ella la que tenía que madrugar.

Se movió un poco, cogió la mano de Alex, que la tenía sobre su vientre, y se la besó hasta que él gruñó, se apartó de ella y salió de la cama a regañadientes.

—¿Qué hora es?

—Las seis, sigue durmiendo, *Moonlight*.

—Sí...

Cerró los ojos para retomar el sueño, algo que no le costaba nada desde que había cumplido los seis meses de embarazo, y se puso una almohada entre piernas, porque una molestia aguda en el nervio ciático apenas la había dejado descansar. Respiró hondo y se acarició la tripa pensando en que aún le quedaban tres semanas así, tres semanas hasta el nacimiento del bebé, y que más le valía tener paciencia, respirar y tener paciencia, no tenía otra alternativa.

—Cielo, me voy... —Alex se acercó a la cama unos minutos después, oliendo a gel de ducha, desodorante y *aftershave*, se le sentó al lado y le acarició la tripa antes de besarla en la boca—. En cuanto acabemos te aviso ¿Estarás bien?

—Perfectamente, no te preocupes.

—Ok, te quiero —Se inclinó para besarle el vientre y ella le acarició el pelo—. Alexander, cuida de mamá y pórtate bien.

—Te quiero, cariño, ve tranquilo y mucha suerte.

—Vale, luego te llamo. Te quiero.

La besó otra vez y salió a toda prisa de la habitación, Sashi lo siguió con los ojos y pensó en lo guapo que era, más aún cuando se ponía el traje y la corbata, como ese día, que tenía un juicio contra dos antiguos socios a los que había demandado por apropiación indebida.

El pleito llevaba meses esperando la vista y al fin los habían citado, en pleno verano y con todo el mundo de vacaciones, pero ya estaban en ello y sus abogados pretendían zanjarlo todo esa mañana. Luego les quedaría esperar la sentencia, pero ese día pensaban dejarlo atado delante del juez, que era precisamente lo que quería resolver Alex antes de que naciera el bebé.

Últimamente toda su vida giraba entorno al bebé. Desde que se habían reconciliado su relación de pareja era prácticamente perfecta, intensa y feliz, pero por encima de todo estaba el pequeño Alexander, que llenaba sus proyectos, sus sueños e ilusiones. Ambos estaban locos de amor por el niño, por él se habían apresurado a vivir juntos, porque querían crear el nido perfecto para su hijo, y por él su trabajo se había ralentizado, porque a los siete meses, contra todo pronóstico, había decidido retirarse, tomarse un descanso y disfrutar de su embarazo, y después del parto, de los primeros meses del bebé a tiempo completo. Podía permitírselo, se lo había ganado tras doce años casi sin vacaciones, y todo el mundo la había apoyado en su decisión, así que había dejado todo en suspenso para concentrarse en lo importante, y se sentía realmente feliz.

Tampoco es que hubiese podido seguir atendiendo a marsupiales u otro tipo de pacientes con su barriga de embarazada, era consciente de sus limitaciones, por lo tanto, pasar a la retaguardia había sido un paso natural y el mejor en ese momento, y desde entonces se había dedicado a descansar, hacer deporte, yoga, clases de parto sin dolor, a nadar o dar paseos con Alex, con Liz,

con Sophie y con William, que estaban volcados con ella.

También estaba aprendiendo a cocinar. Sophie, que además de ser una gran artista era una cocinera de primera, lo mismo le había enseñado a hacer una paella, que la había ayudado a pintar y a decorar la habitación del bebé, y toda esa actividad la tenía muy distraída, tanto, que a veces ni se acordaba del trabajo, ni de sus proyectos profesionales, y aquello era una verdadera gozada.

En noviembre había dejado Maroubra Beach definitivamente y se había instalado con Alex en Cremorne Point. Su casa era mucho más grande y más cómoda, tenían la ayuda de Juani, que era una mujer estupenda y muy atenta, y a ella le había parecido la opción más lógica, aunque estaban pensando en comprar algo nuevo más cerca de William y Sophie, seguramente en Point Piper para empezar los dos de cero, en una casa elegida por ambos... pero eso sería más adelante, después del nacimiento de Alexander, cuando todo estuviera más tranquilo y asentado.

Llegado diciembre, con sus siete meses de embarazo, ya estaba completamente integrada en Cremorne Point, con Juani y en la vida de Alex, y las navidades habían llegado con sorpresa añadida porque las habían pasado por primera vez todos juntos en casa de Oliver, que se había esmerado en organizar unas fiestas espectaculares para la familia. La nochebuena, Sophie, William y Sean, la habían pasado con los padres de ella, pero la navidad y la nochevieja sí habían estado todos juntos en Mona Vale, y tanto Alex como Will habían dado ejemplo de tolerancia y cortesía.

Era obvio que nunca iban a ser amigos íntimos, apenas se dirigían la palabra, pero habían aprendido a comportarse con cordialidad y educación. La tensión había disminuido muchísimo entre los dos y había conseguido relajar el ambiente para los demás, y todo gracias a una charla “secreta” que habían mantenido en el hospital cuatro días antes de su reconciliación con Alex, y de la que ninguno quería hablar.

Ni Sophie, ni Oliver, ni Jackson, ni ella, nadie sabía exactamente de lo que habían hablado. Lo único que tenían claro es que William le había contado que estaba preocupado por ella y que eso había motivado que Alex intentara ir a buscarla a Darwin, pero, aparte de eso, nada, y ya se había cansado de preguntar, se conformaba con verlos actuar como dos seres humanos civilizados, con eso ya tenían bastante, y no pensaba seguir presionando.

Su vida, por lo tanto, estaba funcionando con bastante armonía. Nada era perfecto, ni inmejorable, por supuesto, todo podía ir incluso mejor, como la nula relación con Laura, la madre de Alex, a la que él no trataba y a la que todo el mundo le recomendaba mantener lejos, pero aparte de eso, podía sentirse muy afortunada.

Se llevaban muy bien, se querían con locura, estaban formando un hogar. Se sentía una mujer plena, al fin tenía su propia familia, un hombre sexy, apasionado, fuerte y maravilloso al que amar, y un bebé a punto de nacer. No se podía quejar, y tampoco pensaba hacerlo.

—Hola, Juani, buenos días —Entró en la cocina y la saludó en castellano intentando secarse el pelo con una toalla.

—Hola, Sashi, ¿qué tal estás hoy?

—No sé, un poco revuelta, he pasado una noche rara, me duele mucho la espalda. Ni la ducha me ha aliviado, y eso que me he puesto los chorros... ¿Qué? —Se calló al ver la cara con la que la estaba mirando y ella entornó los ojos.

—Tienes la tripa muy abajo, yo creo que el bebé está colocado.

—¿En serio? —Se puso delante de un cristal y se miró de perfil—. Un poquito sí, igual de adelante.

—Yo creo que hoy o mañana te pones de parto.

—No me digas eso, que Jackson tiene que volver de Escocia —Le sonrió y se fue a la nevera a buscar un zumo—. Mi primo viene ahora con la cuna, creo que lo voy a invitar a comer. ¿Cómo lo ves? Alex no saldrá de los juzgados hasta tarde.

—Podemos hacer ensaladas y unos buenos filetes. ¿Trae al niño?

—Sí, está solo con él, Sophie está en Camberra por la exposición que inaugura esta noche. Lo de las ensaladas y la carne me parece perfecto, Sean puede comer un puré y lo que le apetezca.

—Muy bien, mira —Se le acercó para enseñarle el móvil y un pequeño tirón en el costado le anunció una ciática en toda regla, respiró hondo y miró las fotografías que tenía de Jackson—. Jackson me ha mandado unas fotos de la nieve en Edimburgo. Tiene pinta de no querer volver a Australia.

—Está loco con eso de pasar tiempo con Duncan Harris, su músico favorito, que es íntimo amigo de Ewan, por eso no quiere volverse ahora, pero ya se aburrirá, dos meses en Escocia son más que suficientes.

—No sé yo, dice que igual puede hacer el próximo curso en alguna universidad de allí, ¿crees que es posible?

—Claro que es posible, William lo hizo, pero no te preocupes, seguro que vuelve dentro de dos semanas.

—También me cuenta que liga un montón y que lo tratan estupendamente, supongo que estar con su familia paterna debe ser una verdadera maravilla.

—Sí, es que son increíbles, y la tía Fiona está como loca con él porque dice que es igual que su hermano.

—¿Tanto se parece a su abuelo?

—Pues sí, se parecen mucho. Los ojos, la altura, la voz, todos los hombres Campbell tienen esos ojazos y esa voz. William es el único que tiene los ojos oscuros, como su madre, pero el timbre de voz es exacto... anda... hablando del rey de Roma...

Le dijo viendo llegar a William en su 4X4 y se levantó para ir a saludarlo, puso el pie en el suelo y una descarga eléctrica le paralizó la espalda, respiró hondo, miró a Juani y ella movió la cabeza.

—Te vas a poner de parto hoy o mañana, Sashi, esa es una contracción. Quédate quieta, yo voy a ayudar a tu primo.

La dejó sola en la cocina y salió para ayudar a William con Sean y con la caja donde traía la cuna que habían mandado a hacer para Alexander, y ella se aferró a la encimera esperando otro dolor parecido, pero no llegó, así que salió al jardín para ocuparse del niño mientras William y Juani llevaban la cuna hasta la habitación del bebé.

Sean, que, a su año y medio, estaba precioso, lleno de energía y no paraba de andar, le ofreció la manita para que lo llevara a caminar por el jardín, pero otro dolor la detuvo en el acto y decidió volver a la casa. Entró en el salón y sintió el latigazo definitivo a la altura de las caderas, llamó a William a gritos y se apartó del niño sintiendo como rompía aguas en medio del recibidor.

—¿Qué ocurre? —Él llegó corriendo y la miró de arriba abajo.

—He roto aguas y llevo tres contracciones en quince minutos.

—Vale, no pasa nada, tranquila. Juani, por favor, ¿puedes quedarte con Sean? Llamaré a mis suegros para que vengán a recogerlo, yo me llevo a Sashi a la clínica.

—Claro, ven, chiquitín, ¿quieres comer algo? —Juani cogió al niño y miró a William a los ojos—. La canastilla está en el armario de la entrada, voy a por su maleta.

—Muy bien, gracias. ¿Sashi?, ¿cielo?, mírame y respira tranquila.

—Tengo todo a medio hacer, faltan cosas que meter en la maleta. Juani... ohhhhhhhhhh, ¡mierda! —Exclamó al sentir la cuarta contracción y se agarró a William muy fuerte—. Llama a Alex, está en los juzgados, no tiene el móvil operativo, pero alguien tiene que avisarle. No pienso dar a luz sin él.

—Vale, ya nos ocupamos nosotros.

—¡No!, no pienso parir sola. Dame mi teléfono.

—No vas a parir sola, estoy aquí.

—Tú no eres él...

—No, pero soy médico, ¿recuerdas? Tranquila. Vamos...

—¡No!, no pienso ir a la clínica sin Alex.

—¡Sashi! Sé que estás sufriendo una revolución hormonal estratosférica, que te duele y estás asustada, pero calma y relax, ¿ok?, localizaremos a Alexander y, mientras tanto, te voy a llevar a la clínica y lo esperaremos allí. Gracias, Juani.

Cogió la maleta y la canastilla, se despidió de Sean y la agarró por la cintura para meterla en la parte trasera del coche. Ella se puso a reclamar sus cojines y su música de parto, y él regresó a la casa corriendo para buscarlos, muy de prisa, pero ella empezó a desesperarse porque las contracciones no se detenían y supo, fehacientemente, que iba a dar a luz de inmediato. Había asistido a demasiados partos, de otros mamíferos, pero partos al fin, y sabía que estaba a punto de caramelo.

William aceleró camino del centro, llamando por el manos libres a su doctora, a Alexander, a Sophie, a Liz, a Oliver y a Kim, y todos contestaron menos Alex, y se echó a llorar como una cría, sollozando porque no quería hacerlo sin él, hasta que a Will se le ocurrió llamar a su oficina y fue entonces cuando Marion la tranquilizó diciéndole que iba a sacarlo personalmente de los juzgados.

—Vamos, Sashi...

En la recepción de la clínica la estaban esperando dos enfermeras muy amables que la llevaron en silla de ruedas hasta su habitación y allí la obligaron a ponerse una bata, e intentaron que se metiera en la cama, pero ella no estaba por la labor de hacer ningún caso, y se quedó de pie, con el suero en un brazo y aguantando los envites de las contracciones sin intención alguna de dar a luz sin el padre de la criatura.

—Cielo, acuéstate —Le dijo la doctora Bruckheimer una eternidad después, entrando en la habitación con los guantes de látex puestos, y ella negó con la cabeza.

—No, no voy a empujar sin Alex.

—Sashi, por el amor de Dios —William la miró con las manos en las caderas y ya bastante hartó, y la ginecóloga lo miró a él con atención.

—¿Doctor Campbell?, ¿qué tal?, creo que hemos coincidido en algún congreso, y operó a un neonato de los míos hace un par de años en su hospital.

—Hola, sí, ¿qué tal está?

—¡Madre mía! —se quejó ella, doblándose de dolor y los miró con cara de asesina—. Sigo aquí, ¿eh?

—Sí, cariño y por eso te vas a acostar, tengo que ver cómo va la dilatación y llamar al anestesista si hace falta.

—No voy a ponerme la epidural. La naturaleza es sabia y todos los animales parimos igual, a mí no me pone química, se lo he dicho un millón de veces.

—Ok, ¿me dejas comprobar qué tal dilatas?

—Dilato estupendamente, estoy genial, solo duele una barbaridad. William, por favor, llama otra vez a Alex...

—Tenemos una mamá rebelde, muy bien —bufó la ginecóloga mirando a la enfermera con cara de resignación y ella frunció el ceño.

—Solo estoy esperando al padre, en cuanto llegue dejaré que me haga lo que quiera. Conozco mi cuerpo, conozco el proceso, soy veterinaria, ¿sabe?, sé tanto de anatomía como usted, y sé que aún puedo esperar.

—No, Sashi, creo que el bebé ya ha coronado y si no te subes a esa cama, lo tendremos que recoger del suelo.

—¡Sashi!...

Alex entró corriendo en la habitación, sin corbata y sacándose la chaqueta, y en cuando la miró a los ojos un alivio inmenso le inundó todo el cuerpo y se echó a llorar. Él la acunó contra su pecho besándole la cabeza y la llevó hasta la cama mientras William, que también parecía más aliviado, se despedía de ella con la mano para dejarlos a solas.

—Lo siento mucho, *Moonlight*... he venido en cuanto Marion llegó al tribunal. ¿Estás bien?... ¿está bien? —Preguntó a la doctora y ella asintió acomodándose con un sillín pequeñito entre sus piernas.

—Todo va perfectamente, rapidísimo para una primeriza. ¿Qué tal, Sashi?, ya tienes a tu hombre al lado, ¿podrás empujar para mí?

—Siiiiiiii.

Se dobló empujando, porque no lo podía contener ni un segundo más, y sintió el abrazo de Alex y la presión descomunal que dio paso a otra contracción, a un empujón más y al tirón definitivo del bebé saliendo de su cuerpo.

—Eres una campeona, cielo, no has tardado nada. Es increíble —sonrió la doctora dejando que el padre cogiera al niño y le cortara el cordón umbilical antes de ponérselo en el pecho, y ella se desplomó en la almohada agotada y feliz.

—Mira, Alexander, mira a mamá.

—Hola, mi vida, hola, cariño, eres precioso.

Le besó la cabecita perfecta y lo acunó revisándolo entero, contando deditos, orejas y piececitos, levantó los ojos y vio los azules de Alex llenos de lágrimas.

—Es un cachorrito perfecto —le dijo llorando también y él sonrió abrazándolos muy fuerte.

—Tú sí que eres perfecta, *Moonlight*. Te quiero, creo que es imposible que te quiera más.

—¿Qué?, ¿dejamos entrar al doctor Campbell, Sashi?, el pobre está de los nervios allí fuera. Es tu hermano, ¿no?

Preguntó la doctora al acabar el trabajo de parto y Sashi miró a Alex sin decir nada. Él se apartó de la cama y asintió poniéndose las manos en las caderas.

—Es su primo, pero es mi hermano, dejémoslo entrar, se lo merece después de la mañana que ha pasado.

—Sí... —susurró ella feliz, sonriendo y estirando la mano para acercarlo por la camisa y darle un beso en la boca—. Gracias. No sabes cuánto te quiero.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas.

Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano. La SERIE ESCOCESES, dedicada a cuatro escoceses del siglo XXI, ANDREW, DUNCAN, EWAN y KYLE, y la SERIE AUSTRALIA, que nos cuenta la historia de tres hermanos que se conocen tras la inesperada muerte de su padre, y que incluye los libros WILLIAM, ALEX y OLIVER.